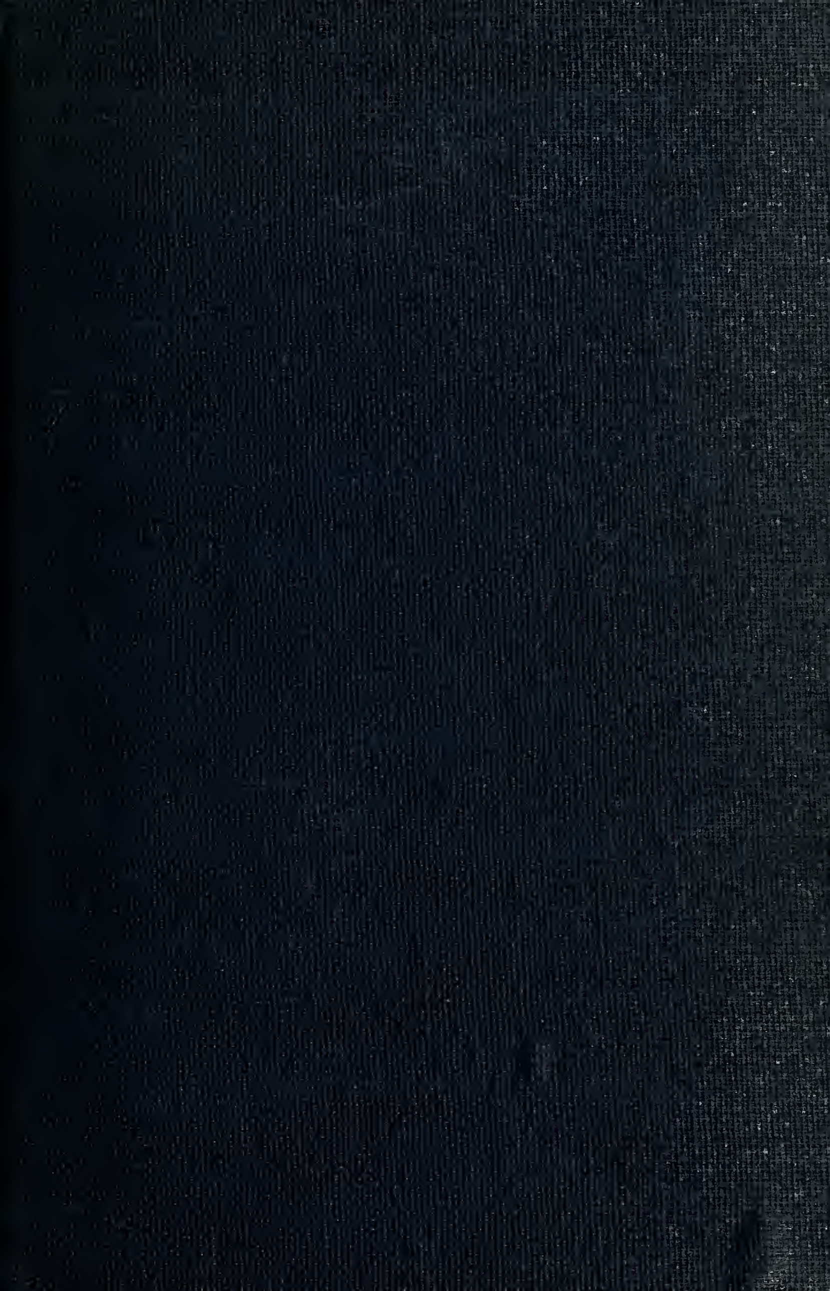


OBRAS COMPLETAS

DE

EMILIA PARDO-BAZÁN

CONDESA DE PARDO-BAZÁN

TOMO 21

EMILIA PARDO-BAZÁN

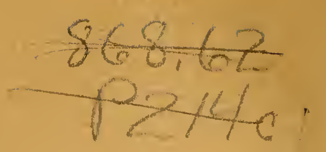
CONDESA DE PARDO-BAZÁN

OBRAS COMPLETAS.—TOMO 21

CUARENTA DÍAS EN LA EXPOSICIÓN



MADRID
V. PRIETO Y COMPAÑÍA, EDITORES
Pontejos, núm. 8.



Establecimiento tipográfico, Campomanes, 4.



CUARENTA DÍAS EN LA EXPOSICIÓN

I

QUINCE HORAS DE PARADA Y CATEDRAL

Me despedí de los amigos marinedinos en el Burgo, bonita estación al margen de la ría; y apenas hubo empezado á deslizarse por los rieles el tren, comprendí que Cervantes se equivoca cuando dice que la mayor fortuna de los reyes es ser servidos por sus iguales. Mis improvisados mozos de estación del Burgo, en su celo, me habían puesto dentro de la red, en lugar de la maleta *necessaire*, otra de igual forma y dimensiones, henchida de ropa de niño. Sin más percances sino que en Ponferrada vocearon *El Imparcial*, y al comprarlo lo que me dieron fué *El Noroeste*, de Marineda, llegué á León, donde había resuelto quedarme. La paternal solicitud del numen que preside el arreglo de los itinerarios de los trenes españoles

quiere que los viajeros procedentes de Galicia—esa bella Cenicienta—tengan que detenerse, para su mayor descanso, la friolera de más de quince horas antes de enlazar y seguir á la frontera francesa. Por esta vez, en León las invierto; el pueblecito de Baños, con sus antigüedades visigóticas, no me atrae á costa de una caminata bajo un sol de Castilla, más que justiciero, vengador.

Para gobierno de los viajeros recomiendo el chocolate de Astorga, y el de León también. Sólo en estos dos puntos se puede tomar algo que no sea teja molida ó almagre ahumado. La fonda de la estación legionense es acaso la mejor de toda la línea, y armonizan sus jardines con el lindo panorama que se extiende á orillas de los ríos, cuyas aguas rodean á León como ancha cinta azul, y cuya frescura le cerca de verdor. Las inverosímiles agujas de la Catedral y la suntuosa y dorada mole de San Marcos destacándose sobre un cielo turquí y entre alamedas de chopos y chopas, negrillos y acacias, son de admirable efecto decorativo. Fuí derecha á la Catedral, deseando ver adelantada la restauración de esa maravilla salvada de ruina inminente. Hace seis años, preguntando yo por el ingreso de la Catedral, díjome un pilluelo, señalando á la derecha: «Cuando encuentre una puerta que tiene el letrero *no se permite la entrada*, por allí entra usted». Todavía existen el mismo letrero, y la misma puerta, y la misma costumbre. Entré sin obstáculos, y me paré en la nave, sorprendida. ¿Habéis visto hacer exca-

vaciones, sacar un objeto cubierto de tierra y moho, limpiarlo y descubrir algún primoroso bronce ó mármol antiguo? Así la Catedral, libre de su andamiaje y casi de los pegotes y postizos que la desfiguraban. Es la basílica de León la más aérea, la más inmaterial de las españolas. Calada enteramente por inmensos ventanales de vidriería, acertadamente dijo de ella Caveda que, como un farol, no tiene más metal del preciso para sostener los vidrios, la Catedral de León no tiene más piedra que la indispensable para engastar los rubíes, esmeraldas y amatistas de sus vidrieras mágicas.

Los arquitectos que se han sucedido en la obra de restauración se postran ante sus compañeros de la Edad Media, y se declaran incapaces de realizar semejantes prodigios. Resolvieron un problema; es increíble que resista al paso de los siglos esa filigrana. Me lo hizo observar don Gumersindo de Azcárate, á quien encontré en la Catedral, y que se constituyó en *cicerone* mío: no hay en el edificio adorno que no contribuya á su sostenimiento, y no sólo los graciosos arbotantes que ostensiblemente lo refuerzan, sino los pináculos, las alimañas y caprichos que en apariencia lo decoran, concurren á tenerlo en pie, á consolidar su esbeltísima fábrica.

Ya faltan pocas vidrieras por colocar. Yo no quería creer que bastantes de las colocadas sean antiguas casi del todo; parecen flamantes: ostentan aquel brillo y viveza extraordinaria de colorido que tendrían cuando en los siglos XIII

y XIV estrenaban las Catedrales, según la frase de Musset, sus blancas virginales túnicas. Y es que el tono apagado de las vidrieras viejas se debe sencillamente á la *pátina*, á la capa densa del polvo secular.

Me lo aseguraron en la fábrica de vidrios de colores donde se restaura y completa la vidriería. ¡Qué total ilusión de Edad Media esta fábrica, con su modesto horno y sus estancias tranquilas, y sus balconadas de artesonado techo, pegadas á la Catedral, cobijadas á su dulce sombra! Si los que me enseñaron la fábrica y la dirigen vistiesen sayo y peinasen largas guedejas, me creería en los tiempos en que fué ideada la vidriera ingenua que estoy mirando, donde una mendiga de rota túnica se vuelve hacia el cielo, llena de fe y de resignación, exclamando: *Señor, yo pobre.*

Los vidrios de colores vistos en la fábrica, con sus cercos de plomo, aparecen opacos, sombríos. Nadie creerá que son los mismos fulgurantes de luz, irradiando gloria celestial. Simbólicos, como todo en las Catedrales, sólo adquieren su transparencia divina y sus cambiantes fantásticos al elevarse más allá de la tierra.

Vi fabricar los vidrios, y me enteré del procedimiento, que no ha variado, ni puede mejorar, por mucho que la química progrese. En esto de los vidrios de color nada tenemos que añadir á lo que sintieron y crearon generaciones dotadas de instinto artístico superior al nuestro. Lo más honroso que puedo decir de los ac-

tuales maestros vidrieros de León es que logran imitar exactamente y remendar, sin que se note, los vidrios viejos, y que si no visten sayo y bonete de orejeras merecerían vestirlo, y si no llevan guedejas, son dignos de llevarlas.

La tarde la dedicamos al Museo, de reciente creación, instalado en el edificio de San Marcos. Habíanme dicho que este rico monumento, prisión del autor de los *Sueños*, acaba de ser destinado á depósito de sementales. Por fortuna, se equivocaron, pues aun cuando en efecto, la cría caballar se ha acogido á San Marcos el Santiaguista, no se apoderó sino de varias dependencias. El Museo ocupa el claustro y salas bajas. Abunda en fragmentos romanos, sepulcros, estelas, lápidas y mosaicos de grecas trenzadas, y luce, como más preciadas joyas, el célebre Cristo bizantino, de marfil, y una cabeza de San Francisco, de madera, montada en una especie de maniquí que figura medio cuerpo con sayal.

Fué el padre de don Gumersindo de Azcárate quien recogió esta cabeza del arroyo, en mitad de la calle, en los días de la exclaustración, cuando las turbas profanaron el convento. El cuerpo se ignora dónde habrá ido á parar. La cabeza es de esas esculturas españolas enérgicas y realistas, que impresionan hondamente. Las pupilas brillan y parecen húmedas, gracias al esmalte vítreo que las cubre. Los labios se diría que van á moverse y pronunciar palabras. La expresión es vehemente, casi sobrenatural. Acostada esta cabeza en una cama, á

media luz la alcoba, un médico pensó ver en ella el sello de la agonía, de una agonía humana, y mandó que se llamase al confesor con urgencia. Salcillo no haría nada más viviente que la testa del San Francisco del Museo de León.

Cerrando los ojos la veo aún, ahora que el tren asturiano, á la caída de la tarde, me lleva hacia Venta de Baños para seguir en el expreso con rumbo á Francia. ¡Voy en busca de algo que se parece tan poco á estas antiguallas hermosas! Voy hacia la vida moderna, hacia las últimas revelaciones de la industria, de la ciencia, de la realidad... Y no sin melancolía—porque el pasado vive tenazmente en mí—veo borrarse del horizonte las finas siluetas de los largos chopos.

II

NO SÓLO MADRID ES CORTE

Aquel mismo numen que vela con solicitud, según decíamos, por el destino de los viajeros en las líneas del Norte, ordenó y dispuso—una estación antes de llegar á Venta de Baños, donde se cambia de tren—otro cambio, como ensayo sin duda. Nadie contaba con tan agradable sorpresa; éste dormía, aquél tenia abierta la maleta de mano y desparramados los enseres. Cada quisque antecogió sus pertenencias como pudo, gruñendo (hay gente muy gruñona) y hala, al otro tren. Lo que más indignaba á las víctimas era ver que había coches privilegiados y exentos Parece inútil añadir que el reservado de señoras no fué de éstos; ¡qué había de ser! La pequeña concesión á la galantería y al decoro de las viajeras de primera (las de segunda y tercera ya sabemos que ni tienen derecho á disfrutar de la una ni á guardar el

otro) siempre se hace á regañadientes; el coche que lleva la tablilla es el hijastro.

De Venta de Baños salen con corta diferencia de tiempo tres trenes de lujo: el Sud, y dos expresos. En el primer expreso me metí para seguir á San Sebastián. Iba conmigo en el reservado una rubita muy joven, casi niña, de aire candoroso. Me sorprendió verla viajar por su cuenta y riesgo, y más cuando al cruzar algunas frases, el acento me probó que no era extranjera. Estoy tan habituada á que en España las mujeres no viajen sin escolta, dueña y rodrigón, que miré con interés á aquella criatura, protegida por la misma inocencia escrita en sus azules ojos. Recordaba yo, con involuntaria sonrisa, otro episodio de otro viaje: á la salida de la estación de Madrid, un caballero de algunos sesenta, empeñado en confiar á mi custodia á su esposa, no mucho más joven, que viajaba sola por primera vez; ¡tremenda hazaña, arriesgadísima aventura!—La niña casi se disculpaba, pedía excusas por haberse atrevido á romper con la costumbre, obligada de la necesidad. Al ver que alguien la aprobaba, sonrió alegre y reconocida.

Desde el amanecer hasta llegar á San Sebastián, experimenté la impresión de no haber salido de Galicia, una Galicia en que el caserío fuese más pulcro y las fábricas numerosas. La frescura de los ribazos cubiertos de flores silvestres, de las hondonadas donde corre el agua y de las montañas frondosas, se metía por las ventanillas regocijando el alma. No existe tie-

rra más semejante á la mía, ni raza más diferente.

Quedóse la rubita en Zumárraga, donde la esperaban su madre y su hermano, y seguí yo hasta la corte veraniega. Lo primero que vi en el andén de San Sebastián, fué la conocidísima cara de mi primo, el Alcalde, Conde de Torremuzquiz, que no me esperaba á mí, pues no es adivino, sino á don Francisco Silvela. El Presidente se bajó de su salón, tan correcto, reposado y atildado, como si no acabase de sufrir lo que más deslustra y desplancha: una noche en camino de hierro. El Alcalde abandonó al Presidente para cumplir conmigo los deberes del afecto y de la hospitalidad, y á las dos horas comencé á hacer la vida de todos los veraneantes: boulevard, paseo en la Concha, tertulias en terrazas de hoteles, noche en el casino, baile, y al otro día ni más ni menos. Se me olvidaban en la cuenta las sesiones de pastelería francesa, donde se encuentra á la *crema* enterita, y los toros.

En mi camino hacia la Exposición, San Sebastián es descanso, y descanso muy agradable, porque lo hermosea la amistad y porque este pueblo es limpio, bonito, alegre y culto; y si en el Casino ofrece los solaces de la vida ultracivilizada, con ribetes de extranjería, en sus deliciosos alrededores hay el sabor rústico y aldeano, para mí irreemplazables. No me ocurre decir más de San Sebastián, mil veces descrito en crónicas periodísticas. Lo que observo—y no seré tampoco la primera á observarlo; Ar-

turo Campión, el insigne escritor vascongado, lo fotografió en precioso artículo—es el contraste entre la clase popular de la corte de verano y de la de invierno. Aquí la gente humilde no grita, no jura, no alborota, no canta, no requiebra, no se empuja, no se pelea, como en Madrid. Hay paz en las anchas calles, y aun á la puerta de la Plaza de Toros se desarrollan tranquilamente los acontecimientos. Dentro, y durante la lidia, no se oyen muchas barbaridades. Esa hostilidad indefinible contra los bien vestidos y los presuntos ricos, fenómeno constante en Madrid, no se indica en San Sebastián. Será el carácter y será también el convencimiento de que la forastera y bulliciosa multitud que se agita en el Casino y la Concha es una lucida finca, un río de plata.

En el Casino se juega á unos juegos hipócritamente infantiles; la bolita, los caballitos... y en estas niñerías se pierde y gana con facilidad una porrada de dinero. No me escandalizo, ni me he escandalizado jamás. Hará muy mal quien juegue lo que no tiene ó necesita para vivir; quien pueda ó quiera derrochar, en cosas más inmorales derrochará libremente y no se asustará nadie. ¿Qué interés tiene la sociedad en que el dinero se esté parado y no cambie de dueño y crie moho? La palabra perder no significa, en este caso, sino cambio de dominio. Soy tan poco jugadora, que ni aun entiendo la marcha de casi todos los juegos; no comprendo ese goce, si lo es. Pero no me explico la razón de que otros goces más discutibles, como por

ejemplo, el de ver destripar caballos, sean permitidos, y sobre este del juego pese una represión violenta. Menos se jugaría si se leyese y estudiase y pensase más. La ley eficaz contra el juego debe llevarla dentro el individuo. De ningún sabio ni filósofo he leído que jugase. En los presidios se juega. Los ociosos juegan. Es vicio de haraganes.

Ya casi me arrepiento de la digresión. Habrá quien crea que defiendo el martirio de la célebre oreja de Jorge. Por mi que la dejen en paz. Más emocionante que estirar esa oreja cuyo lóbulo, como las barbas del Emperador Barbarroja, ya podrá dar tres vueltas cumplidas alrededor de una mesa bien ancha, es impulsar la rueda de la máquina política. Noble juego me parece y propio de espíritus activos y con vuelos de águila, como el de don Francisco Romero Robledo, en cuyo hotel paso la tarde. Domínase desde allí la mejor vista de toda la Concha, y se recibe de lleno la saludable brisa que envía el abra, cautiva entre montañuelas. Al anochecer, estas montañuelas color de tinta y suavemente redondeadas, parecen los dos senos gigantescos de colosal esfinge tendida panza arriba, destacándose sobre el purpúreo fondo del Poniente.

Y en la terraza de Romero Robledo se charla mucho; la tertulia está completa; la conversación se matiza, se adorna, chispea, como pronto chispearán los fuegos artificiales en el Casino... El que escuchase, engolosinado por la esperanza de sorprender intriga, cabildeo,

conjura, al menos maledicencia sabrosa que le diese la oculta clave de lo más serio de la comedia político-social, saldría bien chasqueado. Romero, con su gravedad andaluza y su dicción primorosa de orador, habla de toros, recuerda y echa de menos los tiempos del gran *Lagartijo*, tiempos áureos, que pasaron para no volver. Ya no se verá torero así en el mundo: y Romero suspira, entre bocanada y bocanada de humo del veguero.



III

DE SAN SEBASTIÁN Á PARÍS EN BARCO DE VAPOR

Bastantes veces se han narrado las peripecias prosáicas de los viajes en tren botijo; mi paisano Luis Taboada agotó sus característicos donaires al referir eómo se embanastan treinta donde apenas caben diez, y cómo entreasoman las víctimas bajo las cestas y las botas de la merienda, menos estrujadas que las personas. Los caricaturistas refrescan el tema cada verano, y dibujan con salero esas ventanillas erizadas de líos, mástiles de guitarras y cabezas humanas sudorosas: la espuma botijil.

Hora es ya de contar las tribulaciones y molestias de los trenes de lujo, que llevan amplios salones, elegante mobiliario, cocineros, comedor, tocador, ventiladores, camas, servicio; en una palabra, los múltiples refinamientos de la civilización actual.

Digo, pues, que dispuse irme en el Sud, y que me acomodé en él con la ilusión de un viaje delicioso. No había que madrugar ni que trasnochar: á las nueve de la mañana, salida de San Sebastián; á la misma hora, próximamente, de la noche (sabe Dios qué hora será ésta en el nuevo horario de las veinticuatro), llegada á París. Dentro, cuanto exige el sibaritismo: fuera, la vista deleitable del paisaje francés, de los bien cultivados campos, de los graciosos hoteles y quintas, y de las sombrías y resinosas Landas, con sus pastores zancudos. Para completar la impresión favorable, tenía delante de mí, sobre la mesita, en el ángulo del salón, el fresco y aromoso ramo de flores que una amable dama acababa de ofrecerme á mi paso por Irún.

Sólo reparé con disgusto que el Sud no lleva reservado de señoras. Preguntando en la estación de San Sebastián por qué este tren de lujo no cumple lo dispuesto en el reglamento, me contestaron que el Sud es, en cierto modo, un tren extranjero que cruza por España; respuesta que me indujo á sospechar si ya nos habrán invadido los ingleses ó alguna otra nación fuerte y tragona. ¿Extranjero un tren mientras hace retemblar nuestro suelo? Y dado que fuese extranjero, en tanto que corre por España debe acatar la ley española. Acaso el origen de que falte reservado de señoras en el Sud sea la creencia de que entre gentes que adquieren billetes tan caros y se permiten tanto *confort*, no existe nadie capaz de una descortesía. Bara-

to diploma de buena educación el que se compra por unas cuantas pesetas de suplemento.

Pasada la benigna Aduana de Hendaya, rompió á andar el tren con extraordinaria velocidad. Al principio era hasta agradable su marcha vertiginosa y aquel desfilar del paisaje, que recordaba las vistas parpadeantes de un cinematógrafo. Casitas coquetonas, chalets de bermejos ó grises tejados, fábricas, iglesias, jardines y huertas confundían sus formas y colores en la deslumbrada pupila. El caserío pintoresco de San Juan de Luz, las villas espléndidas de Biarritz asomaban sonriendo, exhibiendo su encanto, como para incitar al viajero á detenerse y gozar los atractivos de las playas de moda. Duró esta bonanza hasta más allá de Bayona, un poco antes de Dax. De pronto, una sacudida violenta, brutal, estremeció el tren, me hizo creer que descarrilábamos. Casi inmediatamente otra, y muchas consecutivas, como si los rieles, nerviosos, escupiesen las ruedas.

Todas las oscilacione, todos los tumbos que pega un barco cuando hay mar de fondo; el movimiento de balance ó cuneo, el cuchareo—expresiva palabra insustituíble—el salir los objetos despedidos contra las paredes, el no poder tenerse derechas las personas, se juntaron para causarnos á los tripulantes y pasajeros de aquel expreso la ilusión de una travesía en horas de tomenta. Aquello no era ferrocarril, sino vaporcillo. El verdor de la campiña se convertía en el glauco matiz de las olas,

batidas por las paletas de la hélice. «Esto durará hasta Burdeos, por el estado de la vía», nos dijo el camarero cuando se disponía á servir el almuerzo. Y el estribillo de unos versos de Juan Richepín, en su tomito *El mar*, acudió á mis labios. «*Tanguis, tanguons; roulis, roulons.*» Efectivamente, acababa de rodar de la mesa el cubeto del hielo, proyectando á lo lejos con furia los blancos cristales.

Imposible atravesar la comida. La penosísima, intolerable sensación del mareo del mar, que empezaba á producirse; la danza de los objetos columpiados ó botados; los repentinos saltos del tren, quitaban el apetito y cerraban la garganta. Sin duda habían contado con eso al servir el almuerzo justamente en el trozo de camino más sembrado de escollos. Me levanté llena de angustia, buscando aire, no muy fácil de encontrar en el Sud, que respira por aberturas al lado del techo. Pero si van cerrados los vidrios, en cambio van abiertas algunas puertas al extremo de los pasillos, y á no ser por mi cortés y excelente compañero de viaje el Marqués de Angulo, agregado militar á la Embajada española en París, pude verme impensadamente precipitada á la vía, pues el tren seguía bailando un baile fantástico, corriendo á toda la presión que las calderas pueden resistir.

Apenas salvada de este peligro, acababa de dejarme caer en una butaca, cuando el tren brincó más alto, y la butaca, que no estaba sujeta, se disparó contra el tabique de los depar-

tamentos. Del lance saqué una contusión en la frente y una leve herida en la mano. Cuando me presentaron el clásico vaso de agua y me colocaron la también clásica tira de tafetán inglés, me eché á reir. ¡Soñar un viaje tan cómodo y encontrar una tan azarosa travesía! ¿Y qué importaba la holgura del camarote, el *restaurant* á bordo, los blandos muebles, tanto aparato de *confort?* Sentí nostalgia, ya que no de las galeras, siquiera de los venerables trenes mixtos, que con majestuosa calma van deteniéndose en cada estación veinte minutos.

Disipado el mareo, pero sin haber tomado más que una taza de *consommé* en todo el día, vi aparecerse las luces de la estación de París, y me bajé en el *Quai d'Orsay* (porque ahora, sépanlo aquellos que emprendan la navegación, el tren continúa más allá de la estación de Orleans, y deja en el centro de París á los viajeros). Encontré coche sin gran trabajo, á pesar de las huelgas de cocheros y la aglomeración de gente que la Exposición produce, y á las diez de la noche estaba instalada en el hotel, pensando que los únicos viajes cómodos y seguros son los que se hacen en tierra firme, de la butaca á la cama—siempre que la butaca no tenga ruedas y se desboque.



IV

A LA PUERTA

Ya piso esta Exposición tan discutida, tan diversamente juzgada: para los unos, fracaso ruidoso á la faz de toda Europa; para los otros, brillante fecha en los anales de Francia, llave de oro con que cierra el siglo. Vengo á ella sin prevenciones de ninguna clase, dispuesta á mirarla despacio y á aprenderla cuanto sea posible, prefiriendo desde el primer instante hacer resaltar su carácter educador antes que sus atracciones de feria y de espectáculo cosmopolita. Vengo á ella con la fe en el progreso que siempre me alentó y que las desdichas de mi patria han exaltado, y una impresión grave y gozosa á la vez me sobrecogerá cuando cruce la Puerta monumental, más discutida que la Exposición entera.

Pero antes de cruzarla, conviene decir algo sobre el hospedaje y la vida de París en estos

momentos. Exageración habrá en lo que ahí se cuente de la carestía de París; sin embargo, verdad es que los alojamientos, casas amuebladas y fondas, han triplicado sus precios. No son únicamente los grandes hoteles, como este del Louvre, en que habito, los que han dado el salto á triple altura: todos, hasta los más mezquinos y arrinconados, acatan el convenio del gremio, adoptado antes de que la Exposición se abriese. Los de tercero y cuarto orden aprovechan para dormitorios los saloncitos que antes destinaban á que los huéspedes leyesen periódicos y recibiesen á sus visitas; no hay chirivitil en que no pongan una cama, y si esto es así ahora, en Agosto, el mes de relativa *cebolla*, el mes que mucha gente pasa á orillas del mar, ¡qué sucederá cuando en Septiembre y Octubre se descuelgue aquí media España y medio mundo!

Porque observo que entre los idiomas que se oyen resonar, el español es el que domina. No serán españoles todos los que lo hablan; existe un gran contingente hispanoamericano; pero al fin es nuestra lengua la preponderante en la torre de Babel. Aquí están los viajeros españoles con su continua nostalgia de España y de las costumbres y modos de ser de *allá*; con su humorístico denigramiento de lo que *acá* se practica; con su ingenua alegría al encontrar un compatriota, ni más ni menos que si fuese caso raro y nunca visto; con su menguada paciencia para estudiar y mirar, y su pronto ingenio para definir lo que ven con una frase

aguda y fresca; con los defectos y cualidades del carácter nacional, en suma, que la comparación patentiza. Es indudable que este año se queda en Francia buen golpe de dinero español.

Lo único que se ha puesto por las nubes es el hospedaje: á poder dormir en la copa de los árboles, haríamos el gran negocio. He conversado con uno de los obreros que pensiona la Diputación de Madrid (el hijo del famoso *Chino*, á quien tanto conocemos las aficionadas á abanicos antiguos bien restaurados), y supe que él y sus compañeros lograron la buena dicha de habitar un casa que, yéndose al campo, les dejó libre su dueño. Por un precio inverosímil están esos inteligentes obreros más anchamente alojados que nosotros, los parroquianos de los hoteles de lujo.

En los *restaurants* dicen que es de un quince por ciento la subida, y que este pequeño recargo está destinado á recompensar á los mozos y mozas por su trabajo extraordinario, abrumador. Verdad será lo del aumento del quince, aunque difícil de comprobar, pues nadie va á acordarse de si otros años valía sesenta ó setenta y cinco céntimos una chuleta. En realidad, encuentro justo este recargo, que no es como el de los hoteles, un alza arbitraria, destinada á que algunos afortunados realicen ganacias fabulosas.

Fáciles y baratos son, en cambio, los medios de comunicación, y á la Exposición, como á Roma, se va por todas partes. El que quiere

gastar sin duelo, toma un coche de punto por un franco cincuenta. Es el derroche, porque á precios que oscilan entre quince y veinticinco céntimos se pueden emplear los ómnibus, los tranvías eléctricos, el ferrocarril metropolitano subterráneo (acaba de abrirse al público hará unos días) y los numerosos y encantadores vaporcitos moscas, que surcan el Sena y dejan á los viajeros en la Exposición misma. Ya hay algo en que digo á boca llena que la Exposición no es un fracaso. El incesante movimiento de París está compensado y repartido por mil vías (1).

Para los que viven en barrios cercanos á la Exposición, hay el coche de San Francisco. Ir á pie á la Exposición, desde mi hotel, por ejemplo, no es ninguna hazaña. Aquí no hace calor ahora. Lo hizo, dicen que terrible, allá á mediados de Julio; las gentes se caían, congestionadas, asfixiadas, en las aceras. La tormenta, que encapota el cielo, ha refrescado el aire; la lluvia, no muy insistente, á ráfagas, ha sentado el polvo, y se disfruta hoy de una temperatura deliciosa, primaveral: la que podía soñarse.

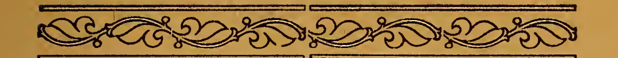
A la puerta estamos ya del inmenso recinto, en la plaza de la Concordia, llena de estatuas y de fuentes. Sobre el firmamento gris, deco-

(1) Al corregir este libro rectifico el concepto. Las comunicaciones eran fáciles en Agosto, porque relativamente no se encontraba París atestado. En Septiembre acudió más gente, y no se podía vivir, ni tomar coches, ni ómnibus, en especial á la salida de la Exposición.

rada con mástiles de flotantes banderolas, flanqueada por dos columnas ornamentales de igual elevación que ella, destácase la original obra de Binet, como avisándonos de que en esta Exposición hemos de encontrar dondequiera y desde el principio el *estilo moderno*. La puerta reúne los caracteres del novísimo estilo, próximo ya á invadir y transformar todo el arte. En ninguna parte como en este monumento se revelan las corrientes asiáticas del modernismo. La puerta recuerda las construcciones peculiares de Siam, la caprichosa arquitectura indochina, y la figura de mujer que la corona, y que representa á la Villa de París, lejos de asemejarse á las parisienses activas y vivarachas, más se parece á una princesa de Bizancio, en hierática actitud, con larga túnica y mitra oriental. Los franceses se burlan de ella, especialmente porque está vestida de invierno en verano.

Lo que recomienda á esta puerta es su anchura, el desahogo con que permite entrar en la Exposición por treinta y dos boquetes á la vez. Alaban los entendidos la manera de sostener la cúpula que ha ideado el arquitecto—sistema no empleado jamás — sustentándola en tres arcos que forman un triángulo equilátero. En el friso un bello relieve muy alabado, una procesión de obreros, conmemora el *Trabajo*, el numen que aquí se invoca, la deidad que preside estas fiestas humanas. Pero la hermosura de la puerta no se ve de día. Hay que admirarla de noche, cuando los enormes cabujones que

la tachonan se iluminan interiormente y resplandecen como el manto de una emperatriz bizantina; cuando las dos columnas monumentales que la flanquean se convierten en cetros de amatistas y topacios, y en su cima fulguran los grandes focos eléctricos, dirigiendo movibles rayos á alumbrar la proa del barco de Lutecia, que, con el gallo galo, blasona orgullosamente el frontón. Mágico ingreso, puerta sideral, constelación arrancada á los cielos para representar cómo la labor obscura y constante de la tierra se transforma en claridad refulgente. Crucemos esa puerta cuajada de astros—ahora que está apagada—y entremos por la amplia calle de viejos árboles (ni uno solo se ha arrancado para construir la Exposición), y guarnecida por doble fila de estatuas y grupos de mármol y bronce.



V

GOLPE DE VISTA

A distancia prudente, no acosando al público como se hace en Madrid, se sitúan cerca de las puertas de la Exposición los revendedores de billetes ó *tickets*. Son los *tickets* un papel moneda, que se cotiza en Bolsa con altibajos: el precio oficial es de un franco, pero hay días en que se compran á veinticinco céntimos, y se cree que al final de la Exposición valdrán á cinco. Yo podría prescindir del *ticket* si solicitase el pase de periodista. No lo hago merced á esa pereza española ante el ahorro pequeño, de la cual me reconozco inficionada. Era preciso fotografiarse en casa de Nadar, y supongo que llenar algunas fórmulas en la Comisaría. Me quedo de simple mortal, y un viejo de aspecto pobrísimo y limpio, uno de esos mendigos decentes de París, me vende un puñado de *tickets*.

Adentro. La Exposición es demesurada, interminable. No me preguntéis los kilómetros que mide; lo que sé es que no se acaba nunca. Miro el plano y me asusto: el recinto se extiende desde el Congreso y los Inválidos, hasta la plaza del Trocadero, y se ensancha desde la avenida de la Motte Picquet hasta la de los Campos Elíseos. De antemano, al considerar que es preciso recorrer tal extensión, los pies hormiguean y duelen las junturas. Y de antemano, asimismo, se adquiere el convencimiento de que es imposible ver más de una cuarta parte de esta inmensidad, diez ó doce veces mayor, y acaso me quedo corta, que la de 1889. Son calles y calles, avenidas y avenidas, palacios, palacios, palacios, pabellones sin cuento, jardines sin número.

La primer labor que aquí debe realizar el que quiera no aturdirse, es la que preconizaba don Francisco Silvela: la selección. Ver únicamente lo que nos interesa; dejarse resueltamente lo demás. Nos engañamos á nosotros mismos figurándonos que vamos á sacar algo en limpio de visitar, por ejemplo, la instalación de ingeniería ó la del alumbrado. Adviértase que todavía, con ser tan vasta el área concedida á la Exposición, le ha venido estrecha, y ha tenido que procurarse en Vincennes un enorme anexo para dar cabida al material de caminos de hierro, maquinaria, automóviles, aerostáticos, sport, cultivo forestal, salvamento, ciudades obreras, alimentación económica... ¡yo qué sé! Confunde y marea considerar la suma de es-

fuerzos, la inventiva, el cálculo, el sudor, el fósforo cerebral que representa una Exposición de esta importancia. Y sin haber principiado á recorrerla, observo ya que en ella—á diferencia de las anteriores—el contingente industrial y científico no predomina, absorbiendo el artístico.

A fines del siglo, el Arte reivindica sus derechos, y aparece con todo su valor y su significación profunda en la vida. Dedicados exclusivamente al arte están los dos magníficos y bellos palacios *grande y chico*: Museos son la mayor parte de los pabellones nacionales; de museos en pequeño están salpicadas las secciones. La industria se muestra artística. Hasta la parte científica parece impregnada, saturada de arte. También la Naturaleza se ha impuesto: la jardinería, la horticultura, la arboricultura, ocupan en esta Exposición lugar que nunca ocuparon. Así se explican las proporciones que reviste: el solo incremento de la industria y de la ciencia, en diez ó doce años, no alcanzaría á tanto por gigantesco que fuese. Es que se han compensado los elementos; es que la *Suma antropológica* está completa.

El Santo Tomás que la ha escrito se llama Alfredo Picard. Yo no quiero omitir su nombre. Ya se encargará la posteridad de olvidarlo. Para mí, Picard es todo un genio organizador. Le caben en la cabeza las multitudes y las matemáticas. Picard procede de la Politécnica y de la Escuela de Caminos, que aquí dicen de *Ponts et Chausseés*. Se batió antaño con los

prusianos y ahora ha vuelto á batirse. Encargado de la liquidación de la Exposición de 1889, se le encomienda la friolera del arreglo de la de 1900...; cogerles la delantera á los prusianos, *parbleu!* ¡Pues no quería Alemania ser ella quien hiciese la Exposición de fin de siglo! El bloqueado de Metz, Picard, no lo consintió—. En *cuatro horas* trazó el primer proyecto, el Indice de la *Suma*. No le habían dado más plazo... Se hace lo que se puede. Y al día siguiente, salió en la *Gaceta* el decreto de convocatoria...

La teoría de que en cada momento crítico surge el hombre que se necesita, parece confirmada con la aparición de este Comisario general á quien no conocía nadie, y que ha sabido poner en marcha el vasto mecanismo, el tinglado formidable de la Exposición. Es verdad que en España la teoría falla; que á nosotros nos *salta* siempre, no lo que necesitamos, sino lo que por el eje nos ha de dividir. Pero no seamos envidiosos, y regocijémonos de que haya sujetos como este Picard, tan capaces, tan idóneos y con la sesera tan en orden. Y no navegó Picard en ninguna balsa de aceite. Encontró contradicciones, conspiraciones, cruzadas, intrigas, calumnias, objeciones del miedo, de la rutina y de la mezquindad. Abierta y todo la Exposición, la conjura sigue; no hay defecto que no le pongan. Es elegante y bien visto alzar los hombros, mofarse de la *Feria*, llorar el dinero que en ella se gasta; la oposición llega al extremo de que ayer un periódico sostenía que á los visitadores de la Exposición nos defraudan y nos

roban, porque no sé cuál Virgen gótica ha sido retirada del Palacio chico, y devuelta á la catedral que la envió... ¡Cuando pienso en todo lo que voy á ver por 35 céntimos, perdono la Virgen gótica al Comisario!

Sí, créalo el Comisario: se la perdono de buena gana. Sería, á lo más, una letra capital en el texto de la *Suma antropológica*... Leeremos todos los capítulos, y nos resignaremos á que falte una M deliciosamente perfilada de oro y azul.

¿Por dónde empezar la lectura del voluminoso infolio? No se pregunta. ¡Claro es que por España! A parte del impulso natural que hacia la patria nos lleva, esta ocasión es tan solemne y señalada para nosotros, que una especie de interés dramático va envuelto en la visita, al parecer indiferente y de puro recreo, de un pabellon ó de una sección industrial española. Veremos cómo ha respondido al llamamiento la veterana de los tercios de Flandes, la rendida y despojada y maltrecha nación peninsular. *Esto*, bien mirado, es de más cuenta que *aquéllo*. *Aquéllo* fué una ocasión terrible, enfermedad aguda y breve; *esto* es lo de cada día, lo que á la larga constituye el vigor y la salud. Francia, que también sufrió hace un tercio de siglo hondas heridas, supo cómo se restañan y curan. A la vista está; no puede dudarlo nadie que siente el pie en la Exposición. Debo, pues, suponer que España habrá sacado fuerzas de flaqueza, y comprendido que este es caso de honra y primer peldaño del edificio de su rehabilitación. Espero en las fuerzas nacionales.



VI

UN POCO DE ARQUITECTURA

Entre tantos aspectos brillantes y originales como presenta la Exposición, sobresale el arquitectónico. Parece que la arquitectura de nuestro siglo empieza á despertarse animada y viva, sacudiendo dos tiranías que la abrumaban: la del estilo oficial y la de la ingeniería, y rompiendo las cadenas *de hierro* de esta última, que en 1889 dominó por medio de la galería de máquinas y la torre Eiffel.

Aquella fué Exposición de ingenieros, ésta de arquitectos. No es sólo la puerta monumental la que revela nuevas tendencias y aspiraciones; en varios edificios, y señaladamente en los Palacios de la Explanada de los Inválidos, se ve ya campear el novísimo estilo, con dejos bizantinos y orientales y recordando á menudo el énfasis y la opulencia de nuestros churrigueristas. Ya sé que un purista tendría mucho que objetar al nuevo estilo arquitectónico de la Ex-

posición, y diría de tanta arcada, fenestra, logia, cúpula, cupulilla, galería, minarete y aguja, las pestes que nuestros entendidos del siglo XVIII de las obras de Tomé, Ricci y Barnuevo; pero si en nombre de la augusta sencillez del Partenón se condenan construcciones desenfrenadas y lujosas, tampoco hemos de canonizar las frías y descarnadas en que sistemáticamente se ha albergado hasta hoy la producción industrial.

Hay que notar que en estos vastísimos edificios de la Explanada de los Inválidos, destinados á la Industria y que yo llamo, por lo escarolados y rizados que son, *los Palacios de alfeñique,* era preciso vencer muchas dificultades: evitar la monotonía, entretener la vista, desplegar el esplendor y fausto que aquí se ostentan en los más mínimos detalles, aludir al objeto y destino de las construcciones, evitar el eterno hierro, el eterno vidrio y la mascarada gótico-moderna, y en resumen, crear algo alegre, bonito, decorativo, en cierto modo teatral. Se ha conseguido plenamente.

Pensando cómo serían las perspectivas de Tebas y Babilonia, las calles de esfinges y las colosales escalinatas que reconstruyen en el papel los asiriólogos, se cae en la cuenta de que ahora estamos viendo cosas semejantes, ya contemplemos desde los Palacios el puente de Alejandro III, ya desde el final del puente la prolongada línea suntuosa de los Palacios. Si por las ruinas de una ciudad antigua adivinásemos algo parecido á las grandezas de la Exposi-

ción, á los Palacios del Campo de Marte especialmente, no se encontrarían palabras con que expresar el asombro. La perspectiva de la Explanada es maravillosa al ponerse el sol, cuando en lo más distante á que alcanza la vista fulgura, como en apoteosis de gloria, la dorada cúpula de los Inválidos. No es casual; el efecto está buscado y obtenido con arte supremo y con un sentido simbólico propio de algún arquitecto de la Edad Media. Enlazadas las ideas que representan estos monumentos, son estrofas de un mismo poema á la gloria de Francia y á su doble misión guerrera y civilizadora. Los Inválidos, con todo lo que evoca el nombre de Napoleón I; el puente, emblema de la alianza franco-rusa y de las esperanzas que sostiene; y los Palacios, dedicados especialmente á la Industria, á las actividades de la paz, por las cuales Francia, vencida, desvíada de su cauce, minada, mantuvo su puesto entre las grandes naciones. Los ojos gozan del incomparable espectáculo, y el alma percibe su significación; que no bastaría reunir construcciones más ó menos ornamentales, si esas construcciones nada dijesen.

El puente de Alejandro III se empezó hará unos cuatro años. Colocó la primera piedra el Zar aliado de Francia, Nicolás II. Nada más hermoso que el atrevido arco único, de acero, de más de cien metros de longitud. Inmenso como es el arco, reclama estribos fortísimos y los tiene; hay quien cree que los más fuertes del mundo. Una cara del puente está consagrada á la guerra, la otra á la paz.

Al efecto majestuoso del puente contribuyen, en primer término, las arrogantes columnas, de 17 metros de altura, que adornan las dos extremidades. Las coronan bellos grupos, y descuellan los de Fremiet, el autor de la encantadora *Juana de Arco* á quien diariamente saludo, al salir de mi hotel, en la Plaza de las Pirámides: dos Pegasos de dorado bronce, que la mano delicada de una ninfa contiene en su ímpetu de lanzarse al cielo. Cuando el oro se apague las esculturas ganarán.

Aquí, en este París tan culto, encuentro prodigada la escultura, y así como sería interminable tarea la de reseñar los monumentos nuevos que descubro al recorrer los parques, *squares* y plazas, tampoco se acabaría la lista de las estatuas alegóricas, grupos y frisos de alto relieve, expresamente modelados, vaciados y fundidos para la Exposición. Sólo en el puente de Alejandro III veo, además de los deliciosos juguetes de Fremiet, los Pegasos, otras varias obras escultóricas, la *Francia de Carlomagno*, los grupos muy notables del *León y el niño*, la *Francia contemporánea,* los *Genios acuáticos*, otra *Francia*, la de Luis XIV, el río *Neva*, y qué sé yo cuantas ninfas y driadas de los ríos franceses y rusos. Tanto encargo á los escultores debe de ser parte á que Francia los tenga excelentes, y los tiene en efecto: nadie ignora los nombres de Barrias, de Rodin, de Fremiet, de Dalou.

Si en los Palacios de Industrias, en el puente, en otros edificios de la Exposición, se des-

arrollan conceptos de belleza arquitectónica hasta hoy no expresados en Francia, el clasicismo elegante, con finuras de *rococó* y reminiscencias greco-romanas, inspira los dos palacios dedicados al Arte. Estoy prendada de uno de ellos: el *Petit Palais*, donde se aloja el arte retrospectivo. Es el tal edificio una monería, y no le llamo así por lo relativamente reducido de sus dimensiones, sino por lo justo, proporcionado y armonioso de su disposición y traza, y quiero escribir el nombre del arquitecto, Girault—en mi opinión un gran artista—. Consuela pensar que, á diferencia de otras construcciones cuya efímera existencia está limitada por la duración de la feria, los dos palacios que elogio sobrevivirán, y al volver á París los visitaremos otra vez.

El palacio chico no tiene línea que no encante la vista, que no satisfaga las exigencias más refinadas: tan bello es por fuera como interiormente. Sobrio en la decoración de esculturas, son las que lo enriquecen muy acabadas y finas; para mayor pureza, ni cerámicas ni mosaicos lleva al exterior el palacete, dentro sí. Hay en él un patio ideal, de columnas de granito gris rosado, con estanquitos de mosaico azul y oro, en que las nínfeas extienden sus hojas planas y abren sus cálices color de rubí. Si este patio á que aludo se descubriese en alguna soterrada Pompeya, no se desdeñarían el artista y el poeta de consagrarle páginas y estrofas.

Si se disputase el premio de arquitectura, el

palacio chico se lo llevaría. Y cuenta que la Exposición presenta ejemplares de todos los estilos conocidos; aun cuando sólo ofreciese al curioso y al observador la infinita variedad de sus construcciones, desde la cabaña malgacha y la pagoda indostánica hasta los edificios de cristal y hierro, ya encerraría un tema inagotable, una enseñanza que sólo podría obtenerse—si no hubiese Exposición—recorriendo las cinco partes del mundo.

Un aficionado se entretuvo en estudiar los tejados de los edificios de la Exposición, encantado de su variedad y simbolismo. Hay para todos los gustos. Tejado agudísimo en el pabellón de Finlandia; tejado rebajado en la iglesia bizantina, pabellón de Grecia; tejado imbricado ó escamoso en los de Suecia y Noruega; cuádruple y quíntuple tejado en las pagodas y arcos triunfales de China; tejado de mitra en la pagoda del Cambodge; cúpula bulbosa, como un turbante, en el pabellón turco; apariencia de quilla de barco blindado en el tejado militar de Creusot, que apunta su enorme cañón; aspecto de pajar en los tejados de Guinea; planicie completa en los de Argelia, á quienes aquí falta el penacho de la palmera que tanto los decora... Ya nos lo hace notar el inteligente aficionado á los estudios que pueden hacerse desde un globo: el tejado se vuelve puntiagudo según nos acercamos al Norte, plano según nos convertimos al Sur, bulboso en los países de turbante, y en las tierras donde se adora á Buda, mitrado...

Pero en la arquitectura de las construcciones de esta Exposición inmensa, aparece algo hasta hoy desconocido en nuestra Europa; nuevas formas, nuevos modos de ornamentación: ese estilo de Oriente que tiene aire imperial, y esa invasión del oro y de los colores que caracterizó la decadencia de Bizancio. No se tome á mala parte la palabra *decadencia*. Prefiero una *decadencia* con carácter y con afán de buscar rumbos nuevos, á una estancación ó una esterilidad como las que en arquitectura venimos sufriendo desde hace años.

VII

LA CASA DE ESPAÑA

Las naciones que se han prestado á realzar la Exposición construyéndose una casa (independiente de las instalaciones artísticas ó industriales que en otros edificios poseen) desarrollan al margen del Sena, frente á los palacios de Congresos de arboricultura y horticultura, y al sorprendente del Municipio de París, doble fila de edificios espléndidos ó curiosos y raros, llamada *calle de las Naciones*. La hilada que mira al río es la más importante de las dos. Tienen palacio propio las naciones siguientes: Italia, Austria, Turquía, Inglaterra, Alemania, los Estados Unidos, Portugal, Dinamarca, Persia, el Perú, Servia, Grecia, el principado de Mónaco, Suecia, Bulgaria, Rusia, Rumanía, Finlandia, Noruega, Bosnia y Herzegovina, Bélgica... y España. Fuera de la *calle de las Naciones* alzaron pabellones más

modestos, en el Trocadero, algunas potencias que no querían ó no podían respirar tan fuerte: el Japón, Egipto, China y el *Transvaal*. De todos estos edificios, exóticos en Francia, el mejor el nuestro. No compite con él sino el de Bélgica: yo creo que salimos vencedores.

Italia pensó sin duda: «Caballo grande, ande ó no ande», y se construyó un palacio desmedido, fastuoso, de estilo híbrido recargado de adornos, remedo infeliz de San Marcos de Venecia. Turquía dió un ejemplar de su estilo moderno, pintoresco y lindo. Los Estados Unidos, una construcción sobria y fría, con reminiscencias del Capitolio de Wáshington: la estatua ecuestre del grande hombre decora el pórtico. Dinamarca y Suecia se han contentado con casitas de madera; la habitación nacional, de ventanas de cristalillos emplomados y tejado escamoso. Austria, un edificio de aspecto serio y noble, atildado como un cortesano; Bosnia, un castillote feudal y militar, la residencia de un magnate bosniaco fronterizo determinado á vender cara su vida á los turcos. Hungría, una especie de iglesia románica. Inglaterra, un *manor* del siglo XVI. Persia, un palacio decorado con brillantes trozos de cerámica, revestidos de espejos al exterior sus pabellones. Alemania, un edificio que recuerda los Municipios ú *Hoteles de ville*, con su torre de reloj y sus torreoncillos puntiagudos. Mónaco, haciendo una hombrada, subiéndose en la punta de los pies para ser visto, ha reproducido la bonita torre *Santa María* y construído un notable pabellón. Grecia, renun-

ciando á alojarse en el Partenon, derecho que nadie había de negarle, reside en un templo bizantino de la época de los megaduques, extraordinariamente parecido á una iglesia vieja que existe en Avila. Servia y Rumanía también se inspiran en motivos religiosos, monasterios y mezquitas, lo mismo que Finlandia, alojada en una iglesia parroquial. Y entre tanto estilo diferente, entre tan variadas muestras de la arquitectura de todos los países, la atención y la admiración del público se ha concentrado, desde el primer día, en dos palacios, sobre todo en uno: Bélgica y España.

El de Bélgica, copia de un rico *Hotel de Ville*, es de estilo gótico del último período, con luengas ojivas, multitud de pináculos y agujas y una atrevida flecha. El de España, más sencillo, corresponde á nuestro período de mayor gloria y de intensa cultura artística y científica: el Renacimiento. No reproduce exactamente ningún monumento español, aunque se sirve de elementos que tanto conocemos y hemos contemplado en Toledo y Alcalá de Henares, y se inspira en el palacio de Monterrey, en Salamanca. El plano es de adorable sencillez: una torre saliente mirando al Sena, y en la fachada lateral de la derecha un cuerpo entrante nada más. Pero, al compararlo con los planos complicados y laboriosos ó desgarbados de otros palacios nacionales, se advierte la impresión majestuosa y serena que ha de causar el conjunto, correspondiendo la justa proporción de los alzados al plano, en la obra del hábil arquitecto.

Por donde quiera que se mire el palacio, en sus menores detalles, hasta en ventanitas semiocultas, es igualmente bello, sereno, fuerte, impecable en su estilo. Pena da que sea de yeso y tenga que desbaratarse al terminar la Exposición. Nuevo como está, frescos y con todo su realce los vaciados que lo adornan, bien reproducido el simpático tono trigueño que presta á nuestros edificios el sol, la ilusión es perfecta: creyérase que hemos conseguido trasladar aquí alguno de nuestros monumentos famosos, archivo, alcázar ó residencia ducal.

Así en lo exterior como interiormente, nuestra casa revela que el Gobierno ha querido, correspondiendo á la buena voluntad que Francia nos demostró en momentos críticos, contribuir al lucimiento de la Exposición.

Dentro, un alarde de opulencia artística sólo igualado por el de Hungría, que también se trajo un tesoro diferente de orfebrería, tesoro oriental. Nosotros hemos echado el resto en tapices. La Exposición no encierra en este género nada comparable. Es dato fijo que ninguna nación del mundo posee tapices que en cantidad ni en calidad se acerquen á los nuestros, á los de la Corona, á los de las Catedrales, á los de las casas aristocráticas españolas. No es en España donde el tapiz se ha fabricado mejor, no por cierto; pero en otras épocas, las florecientes de la tapicería, supimos hacer lo que hoy hacen los ingleses: pagar bien, y si pagar no bastaba, tomar mejor. Las paredes del Palacio de España son asombro de los inteligentes.

Allí los tapices, tejidos con oro, de la real casa, traídos de Amberes y de Bruselas, hechos por cartones de Vermayer y de Metsis; tapices que decoraban las estancias de Felipe II, de Carlos V, de Juana la Loca, de Margarita de Austria; ejemplares célebres en el mundo, como el de la conquista de Túnez, el dosel y fondo del trono del César, y el delicadísimo de Valentina de Milán. Símbolo más claro todavía de nuestro papel puramente histórico en la Feria—sobre el tono divinamente armonizado, sobre la pátina de estas tapicerías inestimables, casi lo único que se destaca son algunas escogidas piezas de la Armería: tarjas, rodelas, borgoñotas, celadas, almetes, cascos, turbantes de acero—y las maravillosas espada y daga y túnica y escarcela de Boabdil, eco del *suspiro del moro*, que aún viene á resonar en los ámbitos vacíos del Palacio, á dos pasos de la civilización ultramoderna.

Sólo encuentro en este Palacio, á la vez esplendente y desierto, una nota viva, el abanico de Fortuny, capricho delicioso del genial pintor, juguete frágil, que se diría puesto de intento para contrastar con las terribles armas de torneo y de combate, y para unir á la canción heroica y á las estrofas de conquista y de devoción que entonan los tapices, el madrigal amoroso. Sonríen las figuritas de casacón, sosteniendo su galante diálogo entre las flores y los arbustos de un jardín soñado, á la Watteau, y parecen decir que los severos góticos tapices y las damasquinas armas pertenecen al pasado,

y que hay arte nuevo. El contraste es como si lo buscase un refinado crítico.

He alabado nuestra casa todo lo que merece, y confieso que causa una impresión solemne de grandeza—, grandeza melancólica. La vida, la vida real y presente, lo que no se traduce en recuerdo ni en epoyeya, falta allí en absoluto. No cabe mayor intimidad con *lo que fué,* ni más total y desdeñoso divorcio de *lo que es*. Jamás nos hemos envuelto en nuestro manto de terciopelo y oro, ni nos hemos calado el chambergo de plumas con más romántica indiferencia.

—Hermosa casa, pero vacía—dicen unos—. Este cuarto se alquila—exclaman otros—. Han venido los carros de mudanza — oigo repetir á los españoles que vagan por aquí como almas en pena—. Y un patriota susurra indignado—: Nuestros obreros, para tomar notas, han tenido que pedir papel y pluma en el pabellón de los Estados Unidos.

¡Sino Eeterno de spaña! En el Palacio nuestro, el Palacio del pasado, sólo encuentran atmósfera propia Carlos V y Boabdil...



VIII

LA CASA DEL TRANSVAAL

Esta y la de España—incluyamos también la de China—son las que encierran un drama histórico que nos les pasa inadvertido á la mayoría de los visitadores. Esta y la de España se completan por su misma oposición.

Mientras España con su arrogante palacio campea en lo más brillante y aristocrático del recinto, el *Quai d'Orsay*, y en punto céntrico de la calle de las Naciones, el Transvaal, modesto y sin jactancias, arrinconado casi, se refugió en el Trocadero. Y sépase que el Trocadero es la leonera de la Exposición. Allí ha ido á parar, si no lo que zozobra, al menos todo aquello que no tenía colocación airosa ni fácil, principalmente lo ultraexótico. No es que falten en el Trocadero curiosidades, como la Exposición de arte retrospectivo japonesa; es que domina la nota colonial, las instalaciones de

países relegados á los confines de la tierra, que por un instinto de orgullo, heredado de los romanos, calificamos de *bárbaros* y *salvajes*, aunque á alguno se le pueda ocurrir devolvernos la cortesía.

Revueltos y apiñados conviven en el Trocadero esos japoneses llenos de brío, que en todos los terrenos *vienen pegando*, y esos chinos mañosos y reposados, semejantes á precoces viejos, tengan la edad que tengan; esos egipcios que más parecen murcianos ó valencianos, y que despliegan, al extender las telas bordadas de oro, la visión luminosa del Oriente, y esos indios de ojos largos y tez anaranjada, y esos javaneses alojados en un templo búdico, única representación que aquí han enviado los Países Bajos; esos negros que hacen centinela, inmóviles, arma al brazo, ante el poderío colonial francés, y esos rusos asiáticos que con la paciencia y el amaneramiento de artistas del siglo XI, iluminan sobre fondo de oro las santas *iconas;* esos colonos portugueses, de Cabo Verde, las islas Azores y la Madeira, que dejan á disposición del público abiertos los sacos de cacao para que cada cual se lleve la cantidad que se le antoje, y esos isaguas de Argelia que tragan brasa y se cortan las mejillas á vista del curioso; esos tunecinos que sirven en sus zocos un café denso y negruzco, y esos haitianos pescadores de perlas; tantos pueblos, en fin, diversos, raros, que nos muestran lo mejor que pueden y saben, su arte, sus industrias, sus moradas, sus creencias, sus

diversiones, y que, no obstante, dicen poco ó nada á nuestro espíritu, después de recrear los ojos con la nota pintoresca. La emoción misteriosa, el sacudimiento de las fibras, la explosión de humanidad y de cólera hermosa sólo se experimenta en los edificios é instalaciones de la República transvaalense.

Frente por frente á las colonias inglesas—contraste y símbolo debido á la casualidad—, no lejos de aquella estatua de la Reina Victoria, que ha sido preciso defender y resguardar porque diariamente se leían en su pedestal inscripciones dignas de Pasquino ó Marforio, aparece el Transvaal, que ocupa buena porción de terreno, y aun no toda la que quisiera; mucha más había solicitado. El arte, con sus dulces refinamientos; el lujo, con sus egoístas sugestiones de molicie y vicio, se hallan proscritos de la exposición boer. Yo le llamaría á esta sección la sección espartana. Sólo respiran en ella el acatamiento á la ley del trabajo y el amor á la libertad.

Recordemos las incomparables tapicerías de oro y seda, las armas damasquinadas y nieladas que decoran el palacio español, y consideremos el sencillo palacio transvaalense, no falto de elegancia en su traza, exclusivamente consagrado á lo útil, y fiel demostración de lo que produce la comarca. Allí vemos que ese país, desconocido hasta que le echó la zarpa el codicioso leopardo, está cruzado de ferrocarriles y posee una instrucción pública esmerada y general. Todo está presentado con ese método

y esa clasificación científica que revela la seriedad de la intención. No se ha buscado el color local ni la extrañeza. Las curiosidades cafres, los ídolos, el original piano hecho con calabazas y trozos de madera, vinieron para enseñar, no para asombrar ni divertir. Ningún pabellón más limpio que el del Transvaal. Proscrita la suciedad que de *pátina* se disfraza. Bruñida, clara, aséptica, ha pasado por él la civilización.

Cuando pensamos que al país lo despedaza una guerra, guerra tan larga que ya no preocupan sus vicisitudes, guerra de invasión, la más perturbadora, casi imaginamos soñar al encontrar tanto orden, tan arreglada muestra de la marcha que se sigue en la paz. La realidad, sin embargo, la realidad triste, salta á los ojos en la salita del piso bajo, destinada á las recepciones oficiales. Imposible dar un paso; la muchedumbre se atropella, y mientras los demás pabellones se hallan medio desiertos, aquí se hace cola un cuarto de hora largo. Y no es que estas paredes encierren ninguna maravilla artística ó científica, que de esas está llena la Exposición; no es que se admire ningún invento colosal, ni ningún alarde de riqueza fabulosa. No es ni siquiera que regalen chocolate, refrescos ó bizcochos... La multitud se empuja, ansiosa de contemplar un busto de yeso. Verdad que ese busto, ancho de pectorales, enérgico y rudo de facciones, reproduce la cabeza del Presidente Krüger.

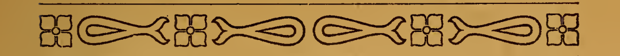
Llegado por fin nuestro turno, nos paramos

delante de la efigie. El delegado del Paraguay, don Matías Alonso Criado, que me acompaña, se descubre respetuosamente. Alrededor ondea ese murmullo sordo, exaltante, de indefinible entonación musical, que traduce la simpatía y el entusiasmo. El busto desaparece entre ramos de flores y coronas, las coronas y ramos se ocultan bajo una nevada de tarjetas, la mayor parte escritas, cubiertas de frases de ternura, elogios, esperanzas, protestas, maldiciones, contra el *perro grande*, Rhodes... Hay cartas dirigidas al busto; hay poesías; hay cuanto inspira á una nación como Francia el sentimiento de la justicia y la indignación ante el abuso de la fuerza.

Del Palacio pasamos á la granja boer. Humilde granjita, con sus paredes de tierra, su sala-cocina, sus pobres lechos, sus groseros utensilios. Nadie visitaría esta rústica vivienda, perdida entre los centenares de bonitas y ricas construcciones que en la Exposición sobran, si el nombre mágico de *boer* no la realzase. Y es lo cierto que no hay manera de revolverse allí: ni un momento cesa la aglomeración de visitantes. Si cabe, mayor es en la granja la efusión de simpatía. Como que en una de las habitaciones, sobre una repisa de madera, convertida en capilla por la piedad, campea el retrato del Coronel de Villebois Mareuil, muerto gloriosamente al servicio de la causa. Los norteamericanos le llaman, en encomiástica dedicatoria de su homenaje, «el Lafayette del Africa del Sur.» Y las flores embalsaman el aire,

y se hacinan las coronas de perpetuas, y el gentío se pára mostrando veneración. Nadie ríe, nadie se encoge de hombros. Aquel lugar es sagrado.

Al Transvaal pertenece también la sección donde puede verse cómo se extrae, lava, trabaja, funde en barra y acuña en monedas el mineral aurífero... Ahí duele, dirán los ingleses; por ahí viene la muerte, diría Echegaray. A no haber aparecido en el país boer «los tesoros que encierra en cada entraña,» no se cebaría en él la mayor codicia de la Roma moderna. Hay drama, sí, en la Exposición, al parecer tan apacible, del Transvaal. Esas minas subterráneas, donde el cafre arranca el oro en su ganga nativa, saciando nuestra curiosidad, son el comentario del busto abrumado de flores, envuelto en cartas y tarjetas que componen un himno. Por eso las minas entristecen el corazón, lo oprimen de angustia, y por eso el colosal brillante, el mayor del mundo, que hace soñar á los parisienses—el brillante boer—, me pareció, al verlo en la sección de joyería, una enorme lágrima cuajada en las pupilas de un titán por el dolor de la pérdida de la independencia—, el mayor bien de la vida para los titanes.



IX

LA ALIMENTACIÓN ESPAÑOLA

Dime lo que comes y te diré quién eres. Después de haber visto la casa de España, enterémonos de lo que presentamos al mundo en materia de productos alimenticios. Del alimento se forma la sangre, y de la sangre la energía. ¿Qué comemos los españoles? Oigamos la respuesta de nuestro pabellón de alimentación, que próximo al de Andorra y Liberia, y confinando con el de Austria, acabo de encontrar ahora mismo.

Si atendemos á sus dimensiones, habrá que creer que los españoles comemos dos veces más que los otros pueblos. Si al lujo y suntuosidad de la instalación, se inferirá que comemos mejor y más suculentamente que ninguno. En efecto, nuestra *alimentación* ocupa doble espacio que cualquiera de las restantes, y se aloja en un fastuoso edificio de arquitectura

árabe, el cual, salvo pormenores, quiere reproducir nada menos que la Alhambra. Aunque las demás naciones siempre aluden en el decorado de sus departamentos á los caracteres nacionales, no veo que tengan el arranque de edificar un palacio *ad hoc* para lo que comen. Nosotros sí; ¡vaya! y alicatado y policromado y dorado y artesonado; con todos los requisitos y sacramentos.

En cambio no anduvimos pródigos de sillas. Dos hay por junto en toda la sección. Cualquier pabelloncito francés, de cinco metros de ancho, encierra cuatro sillas ó bancos—pero no somos franceses, y no en balde cultivamos la tradición estoica de tratar al cuerpo lo peor posible—. Adviértase que esas dos sillas, perdidas en el vasto recinto de la Alhambra alimenticia, no son para el público. Yo ocupo una por amable tolerancia del guardia, á quien pertenece de derecho.

Si se sacasen rigurosas consecuencias de lo aquí presentado, deduciríamos que España bebe seco y fuerte y apenas come. Vinos y sidras, aguardientes y anisados, predominan en la sección. Aparece, casi á la entrada, la alegre sidra de Vereterra, con su mocita praviana empingorotada sobre el tonel, que brinda al público, engañadora, una copa de la forma de las del Champagne. Le hace la competencia otra sidra asturiana, de Colunga, bien presentada en una cristalera Luis XV. Esta sidra se ha venido con agravantes: se ha traído su gaitero, que toca en el Trocadero giraldillas,

rodeado de indígenas y *pays chauds*. Después: Valdepeñas, Arganda, Jerez, Jerez, Jerez, en diversas instalaciones; el vino nacional, el vino del sol, el que reanima con su fuego á los moribundos y á los reos en capilla. El pabellón de alimentación española está reservado para cubas, pipotes y toneles; es una bodega. Y cuenta que no han expuesto muchas de las casas más conocidas, de marcas acreditadísimas. Noto la ausencia de González Byass, de Riscal, de Mudela, de Martínez Rivas, y creo que tampoco Misa anda por aquí. No sé si se habrá escondido entre barrica y barrica para burlarme.

El Conde de Segovia presenta su Jerez en bonito pabellón blasonado; los hermanos Díez obtienen un efecto decorativo sorprendente con pintar en la cubierta de las barricas el escudo de España. Los anisados y escarchados revelan cierta coquetería en el modo de agrupar las botellas. Tiene carácter muy español esta industria del anisado; no conseguimos descollar en otros licores, y no sé por qué, en tierra de cominos y cerezas, no se perfeccionan el *kummel* y el *kirsch;* pero nuestros anises son buenos y baratos. Por aquí anda el clásico *mono* y otras marcas más ó menos famosas y que se parecen bastante, dicho sea sin ofender el amor propio de cada productor; mas son innumerables los que faltan. Noto claros en las filas.

Lo mismo pasa con los aceites, artículo en el cual podríamos, á poco que se estudiasen los

procedimientos de depuración y refinación, no tener rival ni en Marsella ni en Italia. Así y todo, hay botellas de aceite que parecen oro derretido y transparente como el cristal. Por cierto que el pabellón de Lacave, de Sevilla —exposición de aceites y aceitunas—se ha llevado con justicia el premio de la instalación. Es un edificio gótico diestramente formado con botellas de aceite, sin otro material más que el alambre y algún listoncillo para que no se desbarate la armazón. Obra de arquitecto, el pabellón de Lacave llama la atención de todos: es de las instalaciones lindas y originales de la sección tercera. Además, se ha establecido en el pabellón de Lacave la *degustación* ó prueba del producto, y allí puede el público saborear las aceitunas, como se saborea en las secciones francesas mucho de lo expuesto. Supongo (no he visto la bizcochería) que es Lacave el único á practicar este sistema; hay expositores españoles que no sólo no establecieron la *degustación*, sino que, por colmo de recelo, enviaron las botellas vacías.

Estas aceitunas gordales y tiernas, tan diferentes de las que suelen presentarse en los restoranes de París; algunas conservas, pocas; los jamones del alto Pirineo, tan bien acondicionados y presentados, y algunos salchichones y longanizas de Vich; y ya está la lista de golosinas de la sección. Hay muestras de habas, arroz y garbanzos, todo ello en corta cantidad y sin que revele la importancia de estas producciones, la riqueza de nuestro suelo y la va-

riedad de sus frutos en la diversidad de sus climas. Tan desahogada y espaciosa y esplendorosa la Alhambra, como reducido y exiguo lo que encierra. Si nos juzgan por lo que aparece, se creería que España no sólo come mal—fenómeno cuyas causas he visto acertadamente estudiadas en un artículo de *El Español*—, sino que no tiene que comer, cosa ya muy distinta, pues la base de alimentación es en España excelente, aunque la preparación de los alimentos deje mucho que desear. Ello es que, bueno ó malo lo que comemos, aquí falta todo ó casi todo.

Ni pasas, ni higos, ni almendras, ni avellanas, ni dátiles, ni limones, ni naranjas, ni melones, ni manzanas, ni pavías, ni uvas, encuentro, al menos en cantidad apreciable; y no se diga que estarán en la sección de Horticultura, pues en ésta, adelantaré, que no hemos expuesto nada. De los productos de la leche—quesos, manteca, requesones — únicamente hallo una muestra asaz original y curiosa: los trabajos en mantequilla, hechos á mano por doña Micaela Aparicio, de Madrid. La prolija y paciente labor, tan efímera como las estatuas y bustos de nieve, es en su género obra de arte, y se exhibe con marco y detrás de cristal, en cuadros pendientes de la pared. No parece sino que nos advierten esos cuadritos: «La manteca en España no se come: tan escasa anda, que se cuelga para que la admiren.»

Nuestras carnes supongo que están representadas simbólicamente en las lanas merinas

de Avila; pero salvo los ya citados salchichones, ni rastro de los sabrosos embutidos españoles, las sobreasadas, las butifarras, los rellenos de lomo de Extremadura. Ni dulces, ni turrones, ni peladillas, ni el azafrán, ni las chufas, ni la castaña, ni la bellota, ni el espárrago, ni la fresa, ni latas de pescado y mariscos, ni tanta variedad como lisonjea el gusto y atestigua la fertilidad del suelo y de las costas de España. Ni los escabeches, ni los azúcares; y me sorprende que falte esta producción, base de tan floreciente como reciente industria. Tampoco he dado con los chocolates. Conservas pocas. Café y cacao, que aún nos quedan en nuestras colonias africanas, ni un grano para señal. Tal es mi extrañeza, que dudo si habré visto bien, y he de recorrer otra vez todo lo que á nuestra alimentación atañe, para rectificar si es preciso.

Es, pues, nuestra instalación alimenticia como nuestra casa Palacio: muy grande, muy bella, pero medio vacía; más vacía que la casa aún, puesto que en la alimentación no cabe suplir lo presente con recuerdos históricos, ni podemos exponer las castañas pilongas que comía Don Pelayo, ni los cañutillos de suplicaciones con que entretenía el flato Alonso Quijano el Bueno. Quien no nos conozca, ó nos conozca por el *Lazarillo de Tormes* y otros estudios del hambre nacional en los tiempos de antaño, argüirá que en España se ayuna ahora lo mismo que ayunaba el escudero, último amo de Lazarillo. En cambio, recordando el cuadro in-

mortal de Velázquez, nos tendrá por devotos de Baco, pues sólo verá pirámides de toneles, barricas, botellas, un gigantesco botellón; lo cual será injusto, pues en ningún pueblo hace el alcoholismo menos estragos.

¿Por qué tan vacía esta soberbia Alhambra? ¿Debe achacarse á apatía de los expositores ó á poca eficacia del Gobierno, que no lo ha facilitado todo? En países como España, donde el impulso viene siempre de arriba (según me hacía observar ayer Mauricio Spronck), el Gobierno tiene que cargar con el mayor tanto de culpa en todo lo malo que sucede. Acaso no se ha excitado lo bastante el celo de los siempre perezosos expositores, persuadidos de que el buen paño se vende en el arca. Pero resulta que hemos venido aquí á indicar que todavía duran las hambres calagurritanas y las epopeyas de la tripa vacía cantadas por la literatura picaresca.



X

RECTIFICO-RATIFICO

No quise, como decíamos ayer, que se riese el diablo de la mentira, y volví á nuestra Alhambra de la alimentación, por si encontraba rastros de lo que echaba de menos. Debo reconocer que algo había, aunque bien poco: hoy acerté con dos cristaleras, una de Salvador Balaguer, de Lérida, que presenta en tarros peras, hongos, guisantes, tomates y espárragos, y otra de Joaquín Llovera, que se ha traído peladillas, almíbares, almendrones, batata, naranja, casca, dulces secos. No sé si en el catálogo figurarán más expositores que estos dos únicos representantes de la fertilidad de nuestras huertas, vegas y planas de tanta lozanía, de tanta bendición de Dios como, á pesar de sequías y *despoblados*, cae sobre España en primavera para que la sazonen el verano y el otoño.

En la minuciosa requisa di con unos embuti-

dos de Pamplona muy estropeados ya, dos ó tres muestras de harina, pimentón y pimiento molido de Murcia, y aunque no logré echarles la vista encima, dijéronme que existen dos muestras de garbanzos: de Villanueva de Avila y de Arévalo. ¡Olé! Tropecé con la sal, la sal legítima en tarros, y naturalmente, de Cádiz. Sal no nos falta aún, ¡que caramba! No iba á faltar todo.

Descubrí también el chocolate, empeño no tan fácil como parecerá desde ahí, porque, si bien son cuatro los expositores, me aseguraron los vigilantes de la sección que sólo uno remitió verdadero... ¿pondré cacao?, no lo pongo; allá el jurado lo decida; en fin, verdadera pasta, cuyos componentes no me toca analizar; y los demás enviaron—aparte de las muestras destinadas á que las cate el jurado—unas libras imitadas en madera, para la exhibición pública: procedimiento que me recordó cierto pavo de palo, muy rozagante, que solía figurar en el banquete de *Lucrecia Borgia*, en el teatro de Marineda.

Todo lo que hay de chocolates españoles se reduce á unas cuantas libras arrinconadas, sueltas y en desorden. Somos, sin embargo, según fama, la tierra clásica del chocolate. Yo creo que en este ramo, con algo de buena voluntad, hubiésemos quedado á considerable altura. Mis afirmaciones de ayer son exactas; cuando productos que constituyen gran riqueza se presentan así, es lo mismo ó peor que si no se hubiesen presentado. Hay que recordar el

vuelo, el perfeccionamiento, la importancia que esta industria de los chocolates va adquiriendo en otras naciones, y fijarse en la propaganda del célebre chocolatero Menier, que es una de las curiosidades de la Exposición.

En resumen, España sólo ha expuesto vinos y aceites, y aun en ese capítulo no está completo, ni medio completo siquiera, el cuadro, á pesar de que en él figuran desde la tradicional mistela hasta el flamante vinillo espumoso, imitación del de Francia. Y más que los huecos y agujeros que hacen una red de la sección alimenticia, nótase el vacío de la indiferencia, de la apatía, el profundo agujero donde lo dejamos caer todo para que se lo lleve el diablo.

Deseosa de alabar iniciativas, fuí á la bizcochería española—que así la nombran en los planos—. Pero, ¡ay! desde luego comprendí que aquel pabelloncito mudéjar, anexo á nuestra sección alimenticia, donde tan sabrosos bizcochos se fabrican á vista del consumidor, y donde mujeres tan solícitas y pulcras los despachan calientes y olorosos á millares, no era cosa de España. El dueño es un francés, que posee tres fábricas: una en París, otra en Burdeos, otra en Rentería; esta última tendrá por objeto inundar á España de bizcochos sin pagar derechos. ¿Por qué se ha acogido en París á nuestra sección este industrial? Creo adivinarlo. Nosotros hemos solicitado mucho terreno, tirando de largo, por costumbre, y aun después de construir la Alhambra, nos ha sobrado bastante. Para resarcirnos un poco, habremos

subarrendado, y como el terreno á España pertenece oficialmente, era forzoso que el bizcochero francés se colocase, según me dijo una de las expendedoras de bizcochos, bajo el pabellón español.

Anexo era también á la sección española el edificio en que se alojaban las aguas minerales y la electricidad. Este palacete, de no mala traza, que según noticias nos costó bastante dinero, que Francia nos indemnizará, quedó falseado por la ruptura de una cañería, que inundó buen trecho del Campo de Marte, allá en los comienzos de la Exposición. Percances así ha habido algunos, y sería maravilla que faltasen, dada la premura del tiempo y la inmensidad de la obra. El pabellón, resentido, se apuntaló para que no acabase de desmoronarse, y el material se trasladó á otro edificio, por respetos á la clasificación sin duda, pues en la Alhambra hubiese cabido aun siendo diez veces mayor.

No sabiendo encontrar el refugio de las víctimas de la inundación y resuelta á no dejar de ver las aguas minerales, alquilé un sillón de ruedas y me hice conducir, no sin que el conductor se volviese tarumba preguntando, pues tampoco él estaba enterado de hacia dónde caía el asilo. Por fin acertamos y vi lo que España ha remitido á título de muestra de su riqueza minero-medicinal, la mayor acaso que existe en el mundo conocido, la más variada, la más portentosa. Sólo hay dos instalaciones un tanto lucidas, y la mejor, la importante, aun

después de haberla maltratado el agua, es, naturalmente, la de Mondariz. Donde pone mano el dueño de ese balneario adelantadísimo, colocado ya á igual altura que los del extranjero cuando están muy altos, y siempre en progreso, cada año más perfecto, se adivina lo que sería España, si fuesen patrimonio de todos los alientos y arranques de Peinador, y el afán de estudiar la vida europea para emularla y si es posible sobrepujarla. La instalación de Mondariz, de talla y adornada con pinturas alusivas, ofrece además un notable álbum de propaganda regalado, ni más ni menos que se hace en la instalación de Carlsbad.

La otra instalación algo importante, si bien inferior á la de Mondariz, es la de Rubinat; y con Rubinat, Mediana de Aragón y Montemayor de Cáceres, creo haber completado la lista de los expositores de aguas minerales españolas, por lo menos de los que exponen de manera que el público se entere. Y si hay productos que requieren exhibición, como las aguas minerales ninguno. Obsérvese en las secciones extranjeras si entienden esta verdad y practican esta máxima. Los balnearios alemanes presentan planos en relieve, dioramas, panoramas, fotografías á cientos, bibliografía médico-hidrológica, estadísticas, álbumes, retratos, itinerarios, mapas... y, sin embargo, son manantiales ya conocidos en el Universo. Nosotros, que poseemos un tesoro ignorado, fuentes de salud y de riqueza desconocidas, nos contentamos, si nos dignamos exponer, con enviar unas bote-

llas, y el rótulo y la explicación en castellano, para que lo entiendan los españoles, que castellano hablan, aunque no todos. ¿Se admirarán del mal humor que traigo después de recorrer las secciones españolas?

Obligada estoy á decir la verdad, y conozco que al decirla tal vez no logre sino crearme enemigos. El concepto vulgar pero general del patriotismo es que lo español debe alabarse incondicionalmente y que no necesitamos ni estudiar, ni aprender, ni variar, ni dar un paso hacia adelante. Con estarnos quietos y enseñar á regañadientes la cienmillonésima parte de nuestra producción, no modificaremos el concepto que de nosotros se haya formado después de recientes desventuras.

Y mientras nosotros guardamos la inmovilidad de la esfinge sobre la arena del desierto, otros se agitan, otros no pierden ripio. Que los yanquis nos hayan quitado á Cuba, y ya exhiban por suyos los vegueros y los habanos, malo; que hayan hecho otro tanto con Puerto Rico, y envíen café y piñas, peor; que aplicando el procedimiento á Filipinas, puedan enviar abacá y sándalo, retepeor; pero que sin conquistar todavía la Península tengan aquí en su sección la naranja de Valencia, por nosotros omitida, lo mismo que tantas cosas... eso sí que no acierto á calificarlo. Naranjas, pasas, almendras, higos secos—los frutos más españoles—los envían, producidos en su suelo, y admirablemente acondicionados, y con rótulo en que aparece el nombre español, los Estados Unidos.

Antes de continuar la ojeada á España y enterarme de cómo andamos en industria, guerra y marina y arte (tiemblo), descansaré, por si allí me aguardan nuevas decepciones. Dirán que me entretuve demasiado con los alimentos, sobre todo cuando de toda la sección no se saca para una comida, sino para una merienda á lo sumo, y desde luego, para una juerga con manzanilla y Málaga á pasto. Y es que esperaba encontrar allí lo mucho, lo exquisito que da nuestro suelo y madura nuestro sol y riegan con su sudor nuestras atrasadas, pero laboriosas, infatigables clases agricultoras. Ha sido un desengaño. Más pronto se consigue ahí que un hombre se haga pedazos trabajando y se caiga muerto sobre el terruño, que persuadirle á remitir algo de lo cosechado para honra de su patria y esperanza de los que deseamos verla renacer.



XI

VENDIMIARIO

Para olvidar las desazones recibidas en nuestra Alhambra, para ahogar en vino las penillas, una visita á los pabellones del Champagne. Hay que considerar estos pabellones como la nota esencialmente francesa de la Exposición; como el espíritu que la anima y corre por sus anchas venas infundiéndole ligereza y alegría, engendrando dorados sueños. No asociéis la embriaguez al Champagne. La embriaguez es pesada, torpe, estúpida, camorrista, grosera; provoca la burla de los que están serenos. El Champagne burbujea, espumea, sonríe, eleva á grados de mayor espiritualidad la vida toda; el cerebro se llena de oro derretido, la imaginación campea libre; las ideas, siempre inmateriales, se hacen sutiles como el éter; los pies parece que se despegan de la tierra; los talones tienen alas, y no pesa el vivir. Sensación

que sólo podría definirse diciendo que el Champagne, en corta cantidad, nos redime de la materia. Es el vino del alma.

Es además el vino nacional de este gran pueblo ameno, que jamás cae en las lobregueces de la literatura y del arte del Norte, aunque caprichoso y hospitalario las apadrine. Es un vino latino, mediterráneo, presentido por Horacio, por Tíbulo, por Petronio. Bebida de poetas, carcajada inteligente del romanticismo francés, es la ironía de Musset, el aticismo de Merimée, lo fino de Francia, la chispa áurea que brilla en el ojo malicioso y provocativo del gallo galo. Sí: el que ignora á Francia la adivina en su néctar orlado de encaje de espuma.

Este concepto del Champagne se expresa en la arquitectura del pabellón situado en el enorme palacio del Campo de Marte, en el emplazamiento de la antigua galería de máquinas, y construído por el sindicato del comercio de vinos de Champagne para su Exposición colectiva. Figuráos una cristalera, silla de manos ó carroza Luis XV, y os representaréis este pabellón de un *rococó* sensual, como si quisiese decirnos que el Champagne fué el vino de aquellas cenas del siglo XVIII, rebosantes de ingenio y de intelectualismo, y en que por última vez acaso fraternizó el alta aristocracia francesa con los altísimos entendimientos de filósofos y sabios.

Tan buena maña se han dado, que en el pabellón el industrialismo se oculta. Sólo aparece la elegancia natural y seria de una casa que ya

de antiguo sabe recibir y sabe tratar bien. El pabellón tiene dos pisos, pintados de colores muy claros, que recuerdan los tonos de la espuma al sobrarse de la copa. Decoran el primero dos grupos escultóricos de vendimiadores, y corona el segundo otro grupo de *genias*, de hermosas mujeres, que bajo la influencia del *Champagne* se escorzan y flotan nerviosas, casi enloquecidas de gozo, sosteniendo en el aire una gran botella, cuya espuma se derrama en oleadas, y cuyo corcho, que acaba de saltar, se ve proyectado á lo más alto que alcanza la vista bajo la bóveda. A derecha é izquierda de este grupo dos remates, formados de un lado por la antigua copa ó *flute*, del otro por el ancha copa moderna, pagána del todo.

Dentro del pabellón se *degusta* ó cata el Champagne. Criados de gran librea, de calzón corto, lo sirven en bandejas de plata. La copa cuesta un franco, y no es milagro si á este precio se bebe allí el mejor Champagne de las mejores marcas francesas. Cada día del mes corresponde á un individuo del sindicato, y ya es sabido que el día 6, por ejemplo, no se prueba más marca que la de la viuda de Clicquot. Numen protector del templo del Champagne, retuerce sus opulentas formas la estatua de *La Viña*, obra del escultor Etcheto. En estos países muy civilizados la industria es fuente de prosperidad para el arte, y chocolateros, perfumistas, bodegueros, peluqueros, encargan y pagan bien á los maestros estatuas y cuadros alusivos á sus empresas industriales.

En la planta baja del pabellón se realizan, á vista del público, las complicadas y prolijas operaciones de la elaboración del Champagne, que no puede ser un vino barat . Claro es que no vemos el cultivo ni la vendimia sino en el bonito diorama del piso alto; pero presenciamos el embotellado, previo el azucarado; el encorchado, la colocación de las botellas en la bodega, la aparición de la espuma, que coincide con la primavera, como un brote de savia amorosa; la posición de las botellas cabeza abajo, para que las agiten diariamente por espacio de tres meses, á fin de reunir el poso, que se quita por medio del frío, helando la botella, juntándose las impurezas en un pequeño témpano que se forma en el cuello, y haciendo saltar por virtud de ácido carbónico el tapón y el témpano á la vez. Y entonces, al vino en estado *bruto,* sin azúcar (que se va transformando en ácido carbónico y alcohol), se le añade almibar de azúcar cande, se vuelve á corchar con el mejor corcho español del alto Pirineo, se le pone el alambre, y se reviste la botella de su carta blanca ó dorada y de su cápsula reluciente. Siempre está atestada de curiosos la cueva del Champagne en la Exposición.

Este vino, que en opinión de una anciana señora, que fué muy amiga mía en París, la condesa de La Châtre, es una falsedad (la Condesa era cosechera en el condado de Champagne, no vendía, gastaba la cosecha en su mesa y con sus amigos, y elaboraba el vino al estilo de antaño, sin mezclas ni composiciones), cada día

es más solicitado en el mundo, á pesar de lo cual sus productores no cesan de anunciarlo, como si nadie lo conociese. De 1850 acá, la exportación del Champagne francés ha subido desde ocho millones de botellas anuales hasta la formidable cifra de veintinueve millones. Calculando por lo bajo, son cerca de ciento cincuenta millones de francos anuales *de ganancia*.

No todas las grandes marcas se han acogido al pabellón sindical. Hicieron rancho aparte dos casas muy conocidas: Moet y Chandon, y Mercier. Mercier es baratero; fabrica clases inferiores y regala una copa á quien la pide. La cola formada ante el pabellón de Mercier asusta. Moet y Chandon no desmiente su abolengo. El pabelloncito es una monería. Comprende piso bajo y alto, y en éste un jardín pensil, en el aire, delicioso de frescura, con su suelo de arena y sus plantas naturales y sus enredaderas que lo convierten en cenador. Está á disposición del público, lo mismo que el saloncito Luis XV, con sus auténticos muebles antiguos de tapicería de Aubusson y sus primorosas mesas consolas doradas, de talla; pero he notado que por la influencia de los sitios en el hombre, este pabellón de Moet no atrae á la muchedumbre, á los rurales que invaden la Exposición en tropel, llevándose bajo el brazo la botella de morapio y en los bolsillos la mal oliente merienda fría. Es un rinconcito de buena sociedad, la cual, discretamente, evita echar á perder el rico mobiliario, y admira los autógrafos regios

expuestos en vitrinas, el lindo y simbólico grupo del *Vino y el Amor*, que decora la chimenea, las colecciones de catavinos de plata, estilo Pompadour y María Antonieta—todo lo artístico, delicado y señoril de este lugar. Y se confirma, con el aspecto del pabellón de Moet, lo que dije del Champagne, que es el vino que menos acción ejerce sobre los sentidos, el vino espiritual, que el Campoamor de hace treinta años hubiese ensalzado en una dolora semejante á la del café...

«O es cosa que piensa, ó es
materia que hace pensar...»

Pensar precisamente, no. Más bien lo que los italianos llaman *fantasticare*. Estos palacios, en cuyas cuevas la fermentación cumple su misterioso oficio, son en su parte alta la encantada residencia de la fantasía.



XII

UNA DEDADA DE MIEL

Habiendo tomado aliento y hecho la señal de la cruz, me dirijo á las secciones de la industria española, á ver cómo andamos por ahí y si nos luce más el pelo. Se oye repetir donde quiera, que de pocos años á esta parte y especialmente después de la guerra, crece nuestra industria y se abre para España un porvenir. Algo de esto latirá, algo de esto debe de percibirse en la Exposición.

Empiezo por las industrias artísticas. La primera que me sale al encuentro es la de ese pueblecillo de Eibar, consagrado enteramente á la labor del hierro y del acero y á la fabricación de armas, y que ha conseguido tener su estilo propio, inconfundible, del Renacimiento en el dibujo, en los procedimientos semioriental, pues he visto en el bazar turco y en la sección de Bosnia algo que se le parece, y que pro-

cede de las tradiciones de Damasco. Eibar y Toledo sostienen el pabellón, y esta industria, que propendía á amanerarse, se presenta aquí con espontaneidad, rompiendo el yugo de sus tradiciones.

Cada escaparate que van abriendo para que yo lo vea, encierra alguna novedad, alguna obra maestra digna de elogio. Y los escaparates son muchos y bien surtidos. Así hubiese concurrido toda la producción española.

Me aseguran que se venden poco los trabajos de Eibar. No me sorprende; la venta es escasa en toda la Exposición, á despecho de los aparatosos letreros que ostentan varios objetos y que los declaran vendidos un centenar de veces. Nada importa, sin embargo, la venta del momento; trátase de anunciar y propagar las industrias, de que den fe de vida ante el mundo. Anunciar y exponer, es el secreto comercial.

No todos los productos del estilo Eibar proceden del laborioso pueblecito. En Barcelona fabrica, por ejemplo, la casa Beristain, que presenta una riquísima arquilla de acero damasquinado de oro. En la instalación de Vilaplana, de Barcelona también, veo un plato que representa á San Jorge, de efecto muy grato en su colorido, porque no domina el oro, generalmente prodigado en este género de trabajos: el tono general es obscuro, casi negro.

Llaman la atención los trabajos de una mujer, doña Felipa Guisasola, de lo más delicado y bien concluído que existe en esta sección. Nicolás Garrido, de Toledo, exhibe una monu-

mental navaja, de las dimensiones de un alfanje, cuya hoja empavonada reproduce la vista de la Catedral. El dije que cuelga de la navaja monstruo es otra navajita diminuta. El triunfo, como siempre, en el ramo de hierro y acero, es para Zuloaga. Se ha llevado el primer premio, y muchos de los objetos que presenta han sido adquiridos á precios considerables.

Dos mil francos pagó el Museo de Luxemburgo por un elegante cofrecillo. Por un pebetero dió dos mil seiscientos el Museo de Arte decorativo de Stuttgart. Las cajitas chicas, joyeros, guardasellos, portaoros, también están vendidas á Museos y á particulares. Observo dos procedimientos nuevos en Zuloaga: la incrustación de plata sobre cobre, y el fondo de oro con la incrustación de hierro—lo contrario de lo que se venía haciendo hasta hoy, pues el hierro se incrustaba de oro—. La plata sobre cobre da tonos muy suaves; es preferible á la combinación del oro y el hierro. Lo único que no me agrada de estos objetos de Toledo y Eibar es que tienen mala vejez. El nielado y el incrustado desaparecen y se borran con el uso. En puños de bastones, relojes, gemelos, en todo lo que se usa se nota el pronto deterioro.

He observado que los Museos de Arte decorativo extranjero adquieren mucho; sobre todo, lo que representa una dirección nueva, ó presenta bien marcado el sello de la tradición. ¿Existen en España, donde el arte decorativo antiguo reviste tal importancia, esos Museos?

Confieso que no lo sé. Pero obsérvese lo que significa que ciudades como Stuttgart se gasten miles de francos en un ejemplar de arte español contemporáneo. Así adquieren los alumnos de las Escuelas artísticas completa cultura, el conocimiento de las formas del arte universal.

De Zuloaga no debe olvidarse el gran reloj, ya famoso, soberbia y grave pieza de Museo, en que hay reminiscencias italianas. Un artífice español, Francisco Santos, expone otro reloj muy bello, de joyería, y un marco no menos lindo, con piedras de colores; trabajo llamado de *ensaladilla*. Antonio Oliva, de Barcelona, se trajo sus sorprendentes imitaciones de objetos antiguos, que pueden dar un chasco á cualquiera; sobre todo las efigies relicarios de madera pintada, dorada y estofada. En este ramo de la imitación reconocida, pública, que no aspira á engañar á los inteligentes, no creo que se pueda llegar más allá que este industrial español. No me resuelvo á llamar imitaciones, sino reproducciones fieles, ejemplares modernos de objetos antiguos, los muebles españoles y mudéjares, de incrustación, conocidos por muebles de Granada, que presenta Bermúdez de Castro. Con una instalación de la platería de Martínez, donde reina una aparatosa y vistosa custodia gótica; con los productos de asta, ballenas y peines, y la interesante exhibición de juguetería en metal, de Roca y Farriols, de Barcelona, habría terminado mi reseña de la parte alta, si no debiese reservar para lo últi-

mo, *pour la bonne bouche,* la exposición del fundidor Masriera.

Fundir parece la cosa más sencilla..., y es, en realidad, operación en extremo difícil, y de la cual pende el lucimiento de la obra escultórica en metal. En la Exposición, los países donde no se sabe fundir—son los más—presentan estatuas y bustos ignominiosos. Italia ha llegado en este particular, como en otros muchos, á la completa decadencia. Sus reproducciones de esculturas clásicas son *santi*, pero no *boniti*, sino groseros é informes. Los fundidores artistas de la Exposición, Masriera y los japoneses, que dominan el método de fundir á cera perdida.

Mediante este procedimiento que Masriera acaba de explicarme minuciosamente, se consigue que los detalles, la última inspiración del artista, la huella genial de sus palillos ó de sus dedos acariciando en el barro, no se borre al fundir. Hay igual diferencia entre la fundición á cera perdida y la de molde, que entre el cuadro original y libre, y la copia ramplona é infiel.

Ved esa admirable reproducción del *Carlos V*, de Pompeyo Leoni; ved ese *toro*, de Ortiz; esos otros *toros* tan fieros y movidos, de Benlliure; esas reproducciones de obras ya populares del mismo artista, como el *Monaguillo*, el *Trueba;* esos *leones*, de Wallmitjana; esos gentiles caprichos de Tasso y de Atché, las chulas, las toreras, las modistillas, y observad qué *blando* y qué *sólido* á la vez el bron-

ce en manos del gran fundidor, digno de pertenecer á la dinastía de artistas que se llaman los Masrieras. Dentro de la Exposición, lo repito, y probablemente fuera, no tiene más competidores serios que los japoneses, maestros de la fundición del bronce. Verdad que Masriera ha estudiado á los japoneses, y cazado en sus cotos. No son sino indicios de japonismo los lagartos, lagartijas, saltamontes, cangrejos y langostas reproducidos del natural, obra de escultores de tanto sentimiento como Tasso ó de Masriera hijo; caprichos inspirados por el naturalismo niponés. ¿Cómo negar la influencia del arte del Japón en el moderno europeo? Es demasiado visible y profunda. A veces, antes que influencia, parece sugestión; idea que, además de guiar la mano y subyugar los sentidos, se insinúa en el alma. ¿Quién no lo creerá así al ver lo más notable del envío de Masriera y una de las joyas de la Exposición: las preciosas vidrieras ideadas por Masriera hijo — de tal palo tal astilla—que el catálogo describe modestamente diciendo: «Aurora y ocaso: dos puertas con dos rejas de hierro forjado y bronce fundido á cera perdida.» El estilo moderno, signo vital de esta Exposición, corriente oxigenada que por ella circula, no ha dado de sí mejor testimonio que estas vidrieras, llenas de jpoesía y de nerviosa sensibilidad. En ellas el aponismo es algo *espiritual;* nada de imitación servil, ni aun de diestro é ingenioso *pastiche* (como, verbigracia, el jarrón de la langosta).

Difícilmente se describen. Hay en ellas *músicas*, melodía que se adivina aunque no se oiga; y una misteriosa gracia, un sentimiento de la fresca dulzura de la aurora y de la tierna melancolía del ocaso, que es *cantabile*. Hay simbolismo natural: hay, además, un dibujo de suma elegancia, una composición maestra. Piden por ellas cuatro mil francos. Creo imposible que las encantadoras vidrieras vuelvan á España.

Consecuencia que deduzco de mi visita á la sección de industrias artísticas. Podríamos haber enviado más, mucho más; pero ha venido algo bueno. No salgo de aquí tan contrariada, quizás porque temía mayor decepción. Sépanlo los muchos españoles que me escriben acerca de estos artículos, y á quienes no respondo por falta de tiempo, pero que aquí irán encontrando respuesta á sus indicaciones. No caen en saco roto.



XIII

SEGUIMOS EN ESPAÑA

El mal camino andarlo pronto. No dejemos ya las secciones españolas, y visitemos, en el descomunal Palacio del Campo de Marte, nuestra clase 86: hilos, tejidos, ropa. Para nosotros ha sido conveniente el sistema de clasificación científica adoptado aquí. Si los productos de cada nación se presentasen juntos, como otras veces, y nuestra Exposición se viese reunida toda, y se comparase á la de otras naciones, resaltaría más aún la pobreza de nuestros envíos. El tener que buscarnos en varios sitios disimula algo nuestra desnudez, sin llegar á cubrirla, por supuesto.

No hemos andado menos generosos y rumbosos que para los alimentos, para la industria de los tejidos. A aquéllos dedicamos una Alhambra; á ésta un soberbio claustro, quizás reproducido de algún edificio monumental de Va-

lladolid—no afirmo la procedencia—; un claustro gótico florido, con reminiscencias de lo que en Portugal se llama *estilo manuelino*; cosa magnífica. Gran derroche también de banderas y trofeos. Y al mirar lo que hay detrás de tan aparatosa fachada, recuerdo las litografías románticas de Parcerisa, donde suele verse á un aldeano guisando su humilde pitanza en majestuosa chimenea ojival cargada de hojarasca, imaginaría y blasones, ó á unos chiquillos desarrapados jugando á la rayuela al pie de un sepulcro de paladín ó de una portada incomparable. Es mucho patio para tan poca industria. Eso sí: tocante á instalación, les hemos puesto á todos la ceniza. O somos, ó no somos.

Lo primero que diviso—ejemplar bien característico—es la vitrina de un sombrerero. ¿No habéis reflexionado acerca de la importancia del sombrero en nuestra tierra y el cariño que al sombrero profesa el español? Buena ó mala, el sombrero nos da sombra. Consideremos esta vitrina, que tiene su filosofía, que es un *documento social*. Recorreréis las instalaciones de los grandes pueblos que van al frente de la civilización y no encontraréis sombreros tan majos y de tan alta categoría, expresada por penachos, borlas, moñitos y dorados á porrillo. ¡Qué llorones tan marciales y espléndidos, de inmaculada blancura, en espera de que los agite el aura de la gloria! ¡Qué borlones de seda, copiosos, desparramados, semejantes á enormes flores verdes, rojas y amarillas, destinadas á proclamar la dignidad de la ciencia! ¡Qué

sombreros apuntados con orla de espuma, hechos un ascua de oro, símbolo de los desvelos y honores del funcionarismo! Y al lado—conmovedora indicación de la igualdad ante el sombrero—¡qué relucientes chisteras de lacayo con los galones y la cucarda solemne! En esa vitrina se resume nuestra vida nacional. Falta únicamente la clásica montera del torero, y el flexible cordobés del chulapo. Verdad que estas dos coberteras no pertenecen al mundo de las jerarquías oficiales. Son la España indómita en su propio jugo.

Me separo de nuestras cabezas y miro nuestras sombrillas y abanicos, artículos genuinos también. Al curiosear este escaparate, las parisienses darán crédito á la leyenda según la cual todas las españolas corren enloquecidas á la Plaza de Toros á embriagarse de sangre. Sombrillas amarillas y encarnadas; abanicos con episodios de la lidia; carteles en seda, de la corrida, por supuesto, es lo que abunda y se mete por los ojos en las instalaciones abaniqueras de Valencia y Barcelona. Y en España se fabrican bonitos abanicos. Algunos ejemplares veo, eclipsados por la torería, que confirman mi aseveración. Nuestra industria abaniquera española, sobre todo en las clases baratas, es interesantísima. Yo he pasado horas muy entretenidas viendo fabricar abanicos de olivo, ébano y sándalo. Ahí está el profesor Serra, cuyo escaparate madrileño no me dejará mentir. Serra imita y reproduce con inteligente fidelidad modelos antiguos. ¿Por qué no

ha expuesto Serra? A poco que se hiciese, los abanicos españoles se impondrían, por su gracia y su módico precio. Debían haberlos fabricado aquí mismo, á vista del público. Tendrían una salida extraordinaria. Todo el mundo querría llevarse un abanico español, pues todavía dura su fama, como dura la del chocolate.

En realidad, por lo aquí expuesto no se sospecha cuál puede ser nuestra industria. Recordando un viaje que hice por Cataluña y Vizcaya, y en que vi fábricas y establecimientos á centenares, muy notables algunos, me pregunto si todo aquello era soñado, ó si obstáculos semejantes á los que denuncian personas que, con motivo de estos artículos, me escriben, se han interpuesto impidiendo que se vea y conozca el trabajo español. No seremos de las primeras naciones industriales; pero somos más, mucho más de lo que aquí parece. Naciones diminutas, y hasta hace poco atrasadas, nos dan ejemplo. Grecia, Mónaco «en su roca» nos sobrepujan fácilmente.

Algunas lanas de Gerona; muestras de pasamanería; escasos tejidos; dos ó tres instalaciones de lencería y ropa blanca confeccionada, entre ellas la de Aurigemas, de Barcelona, donde se surte de mantelería, pañuelos y camisas la Guía de Forasteros, y andan como Pedro por su casa los blasones y las coronas heráldicas; bordados mecánicos de Saravia, de Santander; alpargatas de San Sebastián... y ya no hay cosa mayor que agregar á la lista. Debo añadir que ciertos bordados merecen men-

ción especial, y no sé por qué están aquí y no en la sección artística. Son labores de mujer, pero no adolecen del defecto que generalmente se censura en las obras de la aguja ó del palillo: el mal dibujo, la falta de gusto y de arte. Encuentro, sobre todo, un bordado á realce, blanco, que no tengo palabras con que elogiar. No puedo citar el nombre de la autora, porque no logro encontrarlo, á pesar de un minucioso registro. Este primor es anónimo. Está en un marco algo alto, y en sitio no muy visible. Desde lejos creí que era una porcelana delicadísima, un ejemplar de Wegdvood descarriado en la sección española. Representa á la Aurora en su carro. Manos de hada tiene quien lo labró.

Descubro bordados en pelo, testimonio de la paciencia de la mujer reclusa en su hogar, y bordados en seda y en hilo, indicios de aptitudes que en Francia se cotizan, y en España rara vez se aprovechan, estragándose en aplicaciones á inutilidades como relojeras, bolsitas, zapatillas, tirantes y otros objetos anticuados, feos y hasta ridículos. La demostración de que el español sirve para todo cuando quiere, es la instalación de un zapatero, lo mejor de nuestra industria en ropa, lo mejor también en su género de la Exposición. Aunque sea por los pies, en algo ocupamos el primer lugar. Calzado como el de Villarejo, de Bilbao, no se ve por ahí, con tanto como hay expuesto de zapatería en la sección interminable de la ropa.

Es calzado de lujo, de todo lujo. Los precios para señoras oscilan entre cincuenta y noventa

francos; para hombres, entre cincuenta y doscientos. Cerca de mil reales un par de botas, aunque se llamen «Chantilly,» es cifra que hará estremecerse á los padres de familia españoles. *l'est raide*, he oído decir aquí mismo á los franceses. Villarejo va á establecerse en Madrid, y ya verán ustedes cómo ocurre que todos los zapateros de la villa y corte cifrarán su orgullo en imitarle... la tarifa. Exorbitante la encuentro, pero incomparable es el calzado. Parece que este zapatero y fabricante de hormas desentierra y retribuye con desusada munificencia á los mejores oficiales de obra prima. Muchos son españoles, aunque no faltan extranjeros. El sistema de Villarejo consiste en exigir poca labor, pero labor perfecta, aplicando á la fabricación de este calzado de lujo el principio de que transcurrido cierto número de horas de trabajo, el obrero, rendido, ya no hace más que echar á perder la obra.

Ante el escaparate de Villarejo terminó mi visita á la sección industrial. Obscurecía, y la penumbra, apagando los colores toreros de las sombrillas y los abanicos, y confundiendo los tonos de los bordados de seda, hacía parecer más vacío, más desierto el claustro romántico. Los guardias de abajo hablaban á gritos con los de arriba, por el gusto de cruzar frases en español. Uno deabajo recomendaba á su compañero el programa de ciertas fiestas de capital de provincia.

—¿Qué hay en ese programa?—preguntaba el guardía desde lo alto. ¿Es bonito?

—¡Precioso!—respondía su interlocutor—. Hay... hay la Plaza de Toros, y hay un toro, y un torero.

—¡No, que habría un catedrático!—pensaba yo al alejarme.

XIV

ROPA VIEJA

DEL vastísimo recinto de la Exposición, el pedazo monstruo es el Campo de Marte. Sus dos desmedidos edificios principales avanzan hacia la Torre Eiffel, cubriendo una extensión que así á bulto calculo en dos kilómetros y medio de longitud y más de un kilómetro de anchura. En ellos se alojan la agricultura, la alimentación, la mecánica, la electricidad, las industrias químicas, la ingeniería civil, los transportes, la educación, enseñanza, letras, ciencias y artes, la minería y metalurgia, y por último, la *ropa*, no el *traje*—(el *traje* tiene un palacio que le pertenece exclusivamente y merece capítulo aparte)—la *ropa* tan sólo. Y de la *ropa*, de la buena ropa que se gasta aquí, voy á decir algo, espumando la materia... porque es tan importante esta sección, que podría dedicársele un libro.

Francia ejerce influjo universal, amén de otras razones, por razón de la ropa. A hacerse ropa viene á Francia mucha gente. No es milagro que la ropa (hilos, tejidos vestimenta) ocupe tanto espacio y sea tan preciosa y elegante. Tampoco es extraño que se agolpe aquí la multitud, atraída por motivos diferentes de los que hacen que se estruje ante el busto de Krüger, en la casa del Transvaal. Las mujeres acuden á la ropa como moscas á la miel, extasiadas ante los escaparates seductores de los modistos célebres.

Organizada esta sección con el método científico que preside á las demás, contiene el Museo centenal, ó sea la indumentaria durante un siglo, y va mostrando, antes que la prenda hecha ya, las materias que la componen y las fases porque atraviesa. Preceden á los tejidos de Lyon la seda en capullo, en rama, en madeja ú ovillo; á los corsés, la ballenería; al calzado, los cueros; á la ropa blanca, el hilo y los encajes, y al sombrero ya armado, las armazones, fantasías y plumas. Es la génesis y análisis del objeto, que nos preparan á comprenderlo; sistema que considero acertado desde el punto de vista del estudio, y que, por medio de los innumerables museítos salpicados aquí y allí, modifica el aspecto de la Exposición, convirtiéndolo de industrial en artístico, y enseña que también lo de hoy ha de ingresar mañana en los dominios de la curiosidad y del arte.

¡Y qué efecto produce á veces una prenda de ropa antigua, conservada en cristalería! Aquí

están los sombreros, un siglo de sombreros. Acabo de ver la cofia, de encajes amarillentos, que acaso cubrió los cabellos rubios de la princesa de Lamballe, y encuentro un gorro frigio, rojo, con su escarapelita tricolor—un gorro auténtico del 93. La impresión de realidad histórica que produce este gorro *usado* es fortísima. Acaso el dueño paseó en una pica el corazón sangriento de la amiga de María Antonieta—. Observo que la gente se interesa más por los sombreros que por ninguna otra parte del traje. Ni el calzado, ni el abanico, ni la ropa blanca, que encierra tan íntimas revelaciones acerca de nuestras bisabuelitas, atrae y divierte como los sombreros. Muchos logran un triunfo de hilaridad. La silueta del sombrero pasado de moda es lo más cómico que existe. Bien lo sabía Rosell, de festiva memoria, que se iba al Rastro á enriquecer su colección de sombreros ridículos.

Algunos veo impagables. La enorme bimba peluda que lleva Goya en un conocido retrato; el grave *bolívar* á que alude Balzac tantas veces; el desmesurado *cabriolet* ó calesín que oculta completamente el rostro de las parisienses de Gavarní, y sólo deja asomar un rebelde tirabuzón; la sentimental *pamela;* el político turbante *al Trocadero*, de terciopelo granate, con su española redecilla de oro; la *canoa* que inicia las transformaciones de la capota; el sombrero de ala ancha y enormes plumas de las increíbles; la *marmota* ó dormilona de la Emperatriz Josefina... De estos tipos, modificados con el

chic y el gusto aquí rebosantes, van saliendo las formas que cada año impone la moda y acata el mundo entero. Lo que ahora provoca alegre y burlona carcajada, dentro de dos meses, algo disfrazado, lo usarán las mismas á quienes oigo reir.

Después del sombrero, lo que más se desfigura, al anticuarse, es la sombrilla. Ignoro por qué, mientras el abanico conserva eterna juventud y gana seguramente con el tiempo, la sombrilla adquiere la ridiculez peculiar del año de la nanita. Lo cierto es que hay en el Museo de la indumentaria sombrillas de caricatura, chinescas, con fleco, escaroladas, de cucurucho, de medio melón, sombrillas extraordinarias. ¡Y las medias y los guantes! No me parece conveniente ni factible indagar si las piernas y brazos de las señoras son ahora de una forma distinta que entonces; pero el caso es que lo parecen. Esas medias tienen hechura de tubo; esos guantes no señalan la muñeca. En cambio, una riqueza deslumbradora. Hay guantes de malla roja bordados y flordelisados de plata; los hay de piel avellana en que no se ve la piel bajo el oro. Los hay de riquísimo encaje auténtico; los hay con el brazo hecho de flores de seda. Las medias están cubiertas de arabescos ó caladas y afiligranadas. Al lado, las ligas, con sus broches de pedrería, y los corsés, pespunteados, rancios ya de color, pero rígidos aún. Expone una señorita una colección de hierros, y en ella vemos con terror que figuran corsés: verdaderas armaduras, sólo de me-

tal, y de la forma más opuesta á la del cuerpo femenino: entrantes donde éste hace saliente, y viceversa; corazas militares, plano el pecho, bombeado el talle hacia la cintura. Un instrumento de suplicio.

¿Por qué en el Museo de indumentaria figura una cristalera que contiene rica colección de campanillas de metal? ¡Ah! ya caigo. Estas campanillas representan siempre una dama; la forma de la campanilla la hace la falda, más ó menos hueca, y en la colección aparecen reproducidos con minuciosa fidelidad los trajes, peinados y tocados de cien años; son campanillas-figurines con intenciones caricaturescas; son obritas de arte. Y es que en este Museo no falta nada que pueda dar idea de cómo se ha vestido en el siglo. Desde las riquísimas series de botones, hebillas, diademas, broches, cinturones, peinetas, alfileres, brazaletes, bolsillos, gemelos de teatro, lentes y gafas, hasta las de figurines y grabados alusivos al vestir; desde los ornatos de iglesia y los casacones de tornasol y los trajes de corte, hasta el *deshabillé* de indiana, allí está todo: innumerables páginas de abierto libro en que se pueden estudiar las variaciones del gusto, más influídas de lo que parece por la literatura y la historia.

Ideas históricas despiertan aquellos atavíos de corte de la época de *Madame Sans Géne*, con su talle por el sobaco, su cuello alto de encaje de oro, su caudalosa cola-manto de raso amarillo con guirnaldas de laurel; ideas históricas los ferreruelos y los calzones cortos y los espadi-

nes de la Restauración, atavío que usó Víctor Hugo para su entrevista con el monarca; ideas históricas, los abanicos con letreros políticos y canciones subversivas, entre ellas uno consagrado á satirizar á la Compañía de Jesús; ideas históricas, los chales semejantes al de la Tirana en el lienzo de Goya, y los primorosos zapatitos de raso blanco que usó la Duquesa de Berry cuando era feliz y amada.

Faltan uniformes militares; supongo que los veré en la sección de guerra, que también tendrá su Museo. Son uniformes civiles esos que revelan á las claras el poco uso y el ningún garbo de los funcionarios que los lucieron. En cambio, las prendas del traje femenino están todas llevadas y traídas, y suavizados sus colores por el tiempo.

Recorriendo el Museo, y sin decir de él gran cosa, he llenado estas páginas, y necesito otras tantas para pasar desde las sederías de Lyon á los escaparates de la tentación magna de la mujer: las instalaciones de Doucet, Redfern, Laferriére y Worth.



XV

ROPA NUEVA

Tiemblen los bolsillos y encójanse, si pueden, para no dejar que fluya su preciosa sangre (la española, como sabemos, sufre; es decir, cuesta; es decir, pierde, un 30 por 100 más que la de todas las naciones). Frunzan el ceño y apresuren el paso maridos, padres y hermanos (caritativamente pensando, no se me ocurren otros lazos de parentesco). Estamos en el golfo de la moda, salpicado de islitas del archipiélago de la seducción. Aquí no se escucha el acelerado *tiqui, tiqui* de las máquinas; aquí la luz acaricia sedas, encajes, plumas y flores. Aquí ponen su silla y se disputan el lauro los modistos célebres, pontífices de la vanidad y dictadores del trapo. Y el trapo es una fuerza social, funesta para quien se arroja, con los ojos cerrados, en su torrente. En cambio, ¡cuánta prosperidad, cuánta vida para la industria y tam-

bién para el arte, por medio del trapo! ¡Cómo han acertado los franceses al apoderarse de esta especialidad y cultivarla y hacer de ella el más lucrativo ramo de exportación!

El Imperio de la ropa nueva, como el Museo de la ropa vieja, se alberga en el Palacio del Campo de Marte. Hablé de dos Palacios, y realmente es uno solo, que parece un ciento, con dos alas que ni las de un cóndor, unidas por un cuerpo, cuyo corazón es la descomunal sala de fiestas. En el ala derecha la ropa y sus variadísimos accesorios.

Tengo que rectificar asimismo lo dicho de las máquinas. Ruido de máquinas se oye: verdad que estamos aún en el departamento donde se fabrican y exhiben las formas de sombreros, los patrones, los maniquíes de modista, los mil accesorios de la ropa nueva. En esta sección tienen sus quioscos los figurines y periódicos profesionales. Los hay sólo para modistas de sombreros (aquí por antonomasia *modistas);* los hay sólo para ropa blanca; los hay que, en bonitas acuarelas, únicamente publican las creaciones de los autores ilustres, de los sastres augustos. A la vez algunos figurines venden modelitos de trajes y patrones para cortarlos. Filas de mangas de tamaño natural (este año las mangas es la parte del traje femenino que está en crisis) ofrecen á las señoras económicas recursos para no estropear tela en los arreglitos caseros. Y así lo reza el rótulo: «No echéis á perder la tela. Patrones seguros.»

Adonde quiera que os volváis, se tiende un

brazo y os emboca una tarjeta: la obligada *carte de la maison*. Sin pestañear, trabajan entre el bureo de la gente las obreras pespunteando á máquina las palas del calzado, cosiendo la paja de los sombreros ó planchando el castor. Los maniquíes lucen sus correctas formas de engañifa, algodonadas y cubiertas de raso.

Desde esta altiva colmena me dirijo á las sederías, gloria de la industria francesa y de Lyon sobre todo. Aquí sí que, por encima de la industria, revolotea el arte. Admiran los dibujos y los cartones de las telas brochadas. Dibujante de verdad tiene que ser quien reproduce, con sus tonos y sus múltiples formas, la obra de la Naturaleza. Los más bellos rasos y tisúes son variaciones sobre el tema de la planta y de la flor. Lilas con follaje sobre fondo blanco; pensamientos sobre gris; lirios, ninfeas, azucenas, rosas, crisántemos... el canastillo de Flora, volcado.

A veces, en imitaciones felicísimas de los graciosos caprichos del Pompadour, el delicado canastillo, los lazos, el cayado de oro, realzan el cuadro floreal. Una tela hay de color firmamento, en que las estrellas de plata y los matices rosados casi imperceptibles recuerdan la hora del amanecer. En varias telas campea el *estilo moderno*, tan adecuado para la decoración, tan flexuoso de líneas, que tanto partido sabe sacar de un tallo ó de una hoja. La influencia japonesa y el gusto asiático se patentizan en otras. No ha decaído la sedería de Francia, como decayó la fábrica de tapices los

Gobelinos, muy deslucida, por cierto, en esta Exposición.

Empiezan las vitrinas de la ropa nueva. Se oyen exclamaciones de mujer, el *¡oh!*, el *ravissant* y el *délicieux*, con que las francesas desahogan su entusiasmo. Las extranjeras no pierden ripio, pero no alzan la voz; temen, sin duda, parecer lo que en Madrid se conoce por *isidras*. Miro á la multitud, y noto el contraste entre su pergeño y las vitrinas asombrosas. Nunca se ha vestido en París con mayor sencillez y modestia que este año, por lo menos en la calle. Sombrero, el marinerito de paja con cinta negra, que cuesta 75 céntimos, y que usan indistintamente los hombres y las mujeres, las matronas y las niñas. Uniforme, la blusa de algodón y la saya de lana obscura. Hay sus excepciones, pero contadas. Y este ejército femenil que ha sacrificado la coquetería, es el que rodea las vitrinas, se las come con los ojos, y entona el himno triunfal de una moda reservada para los poderosos ó los antojadizos de la tierra.

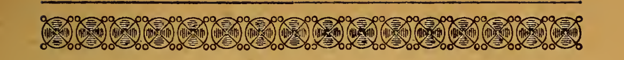
Veo una encantadora vitrina donde se agolpa la gente—completamente azul *pastel*—. Chaquetas de paño, abrigos largos, faldas bajeras, trajes de baile—todo es de ese suave matiz—. Al lado, otra vitrina, enteramente color de lila. Después encuentro la cristalera de una casa para mí desconocida, pero donde hay trajes sobremanera lindos; por supuesto, los lucen bien modeladas figuras de cera. Uno de los trajes de esta casa Boué es un sueño: de raso azul

bajo con guirnaldas de diminutas rositas, y velados enteramente el traje y las guirnaldas de rosas por una funda de encaje de oro pálido incrustado de otro encaje crema. El intríngulis de trajes así no consiste más que en lo seguro de la tijera y lo fino y armonioso del colorido. No siempre aciertan en esto los mismos grandes creadores. En el traje que describo, las rosas de bulto, adivinadas al través del encaje, dan tonos casi aéreos: una concha de nácar entre neblinas.

Nadie exigirá que pase lista á lo que contienen las demás vitrinas de los modistos supremos. Seis hay, por lo menos, que se imponen: Redfern, Doucet, Laferriére, Félix, Worth, y en pieles y abrigos, Storch; acaso en justicia también debiera nombrar á Raudnitz. En una inmensa vitrina exponen todos reunidos, además de las vitrinas especiales. Worth, el más surtido y lujoso, aunque para mí no sea el de mejor gusto, ha hecho modelar en cera una escena de modistería: el momento en que dos damas, revestido su traje de corte, de cola infinita y manto que nace en el hombro, terminan de ataviarse, y se disponen á salir para algún *drawing-room* de la Reina de Inglaterra. Porque Worth es el proveedor oficial de las testas coronadas y princesas de la sangre, y el anuncio de su casa, que me entregan, parece el almanaque de Gotha. ¡Cuánta *yankee* ultramillonaria y *snob* se dejará el vellón entre las tijeras del modisto sólo por codearse, en sus libros de caja, con *Her Royal Highness* la Princesa

de Gales ó con S. M. la Emperatriz de todas las Rusias!

No se sustrae la moda á la ley general del gusto artístico en su época. Estas amplias vitrinas, atestadas de opulencia, y al parecer sometidas sólo al capricho, están dentro de las corrientes que he señalado en la arquitectura, y pueden señalarse en la pintura, la escultura, la cerámica, la decoración, el mobiliario moderno. El bizantinismo y el naturalismo idealista inspiran á los Redfern, Doucet y Worth. Ved esas túnicas de majestuosa caída, enrejadas de perlas, recamadas de perlones, sobrecargadas de turquesas, bordadas de oro y plata; ved esas pellizas que recuerdan la dalmática y la capa de coro; contemplad esos nevados armiños, esas estolas que llegan á los pies; comprobad esa tendencia á la línea rígida y prolongada, á la imitación de los ropajes de las efigies, y decidme si no han pasado por ahí el Bajo Imperio, Teodora y el mosaico de Rávena. Mirad después esos trajecitos de hipócrita simplicidad, candorosos, idílicos, las batistas en que abren su cáliz el lirio y la ninfea; observad cómo se reproduce lo natural con amorosa dulzura... y encontraréis ahí la decoración moderna por excelencia, el nuevo estilo. La moda no es algo arbitrario. Por eso merece considerarse como importante manifestación social y artística.



XVI

CADA CUAL HABLA DE LA FERIA...

A la hora en que derraman fulgor los focos eléctricos, se encienden las iluminaciones y la concurrencia se acomoda en sillas y bancos para ver los juegos multicolores de las fuentes luminosas—que ya no son ninguna novedad, pero siempre tienen partido—me cupo en suerte oir la plática de dos españoles, de los innumerables que andan por aquí, y que, siguiendo la costumbre general en nuestra patria, no hablaban bajo.

Quejábase el uno de la carestía, de las socaliñas, de lo que representa la estancia para un padre con dos hijos, y anunciaba su propósito de regresar á España al día siguiente, huyendo de las sugestiones de esta Exposición, donde es imposible dar paso sin sangrar el bolsillo.

—Todo se vuelve gastar—repetía. Hay mil menudencias que parecen baratas y derriten los francos insensiblemente. Tanto teatrito y tanta *atracción*, como les llaman ellos á esas mojigangas, á la sordina, cuestan un sentido. Un franco parece una peseta, pero son ciento treinta céntimos, ¡ojo! A diestro y siniestro no ve usted más que *guiñoles*, fantoches, bailes extravagantes, marionetas, estereoramas, mareoramas, cineoramas, panoramas y toda casta de *ramas;* y suelte usted franquitos, y salga usted de allí hecho un bausán, sin haberse enterado, y á veces pasándose el primer susto... Figúrese usted lo que me sucedió en la Gran Rueda.

No sé quién me tentó á meterme en el demontre del artilugio ese, una noche que los muchachos se habían quedado viendo bailoteos de flamencas ó de salvajes, allí al ladito. A distancia, la rueda se me figuraba una O mayúscula; de cerca... ¡vamos!... es mucha rueda de queso... Menudo biciclo el que las tuviese así. Más alta cuatro veces que la chimenea de vapor. Si no es que me dió fatiga volverme atrás, con el billete tomado me retracto y no entro en los malditos cangilones de la noria; digo, en los vagones. Pero, ¿qué pensaría aquel francés del despacho? Ya me miraba escamado, y empleaba un tonillo burlón al porfiar que subiese, que ni sentiría molestia, ni había miaja de peligro.

—Y tenía razón—afirmó el español segundo.

—Razón, razón... Aguarde usted un poco,

compañero. Pues señor, al cangilón: nos enchiqueran, nos cierran con llave, y la rueda empieza á girar, y subimos, subimos. Iban conmigo solamente en la jaula dos hombres, de trazas no muy católicas, que habían bebido algo más que agua. En seguida emprendieron conversación y empezaron á preguntarme si yo era turco. Ojalá, que las turcas las tenía bien á mano. Se me sentaron uno á un lado y otro á otro, y cruzando los alientos vinosos, me dijeron que aquel coche que iba por los aires era el sitio más solitario de la Exposición toda, y que si un mal intencionado quisiese quitarle á alguien el reloj y la bolsa y después echarle por la ventanilla, no vendría á estorbarlo ningún agente... Esto era cuando ya nos encontrábamos á la altura de un vigésimo piso, en el espacio, y los árboles del bulevar, debajo de nosotros, parecían macetitas de albahaca.

La verdad: un sudor se me iba y otro se me venía. Cuando ya directamente los tíos aquellos me preguntaron qué me parecería á mí si á un turco (emperrados en hacerme turco, quieras no quieras) lo arrojasen á medir la distancia hasta abajo, saqué fuerzas de flaqueza y respondí que tampoco estaría mal que un francés se cayese del firmamento, ayudado por un turco. Entonces se rieron á carcajadas, y uno de ellos me dió la palmadita en el vientre, que equivale á las nuestras en el hombro. A todo esto, el vagón, llegado á la cumbre, empezaba á descender. Bajábamos, bajábamos hacia los

tejados... Ya llegábamos á los cuartos pisos... ¡Gracias á Dios! ¡Bendito sea el santo suelo! A tierra por fin...

—Pero, ¿eran malhechores los borrachos?

—No... Me parece que no. Debían de ser unos guasones pesaditos, y muy hombres de bien. Se despidieron cordialmente, ofreciendo visitarme cuando fuesen á Constantinopla. Sólo que... póngase usted en mi lugar. Hasta me admira que en la Exposición, donde entran todos los días de doscientas á cuatrocientas mil personas, no haya ni hurtos, ni quimeras, ni palos, ni cenflictos de ninguna clase. Como robar, se roba, pero es con anuencia del robado. Los francos y los céntimos se marchan solos del bolsillo. Fonógrafos, estereóscopos, cinematógrafos, automáticos donde suelta usted el perro grande y sale una tontería, un horóscopo ó un chorrito de esencia... En fin, diabluras... Engañabobos y sacadineros.

—¿Y qué diría usted—contestó el otro español—si supiese que yo he pasado el jueves el día entero en la Exposición, y he almorzado dentro, y he gastado en total céntimos cuarenta y cinco?

—¿De billete de á cien?

—De peseta.

—Iría usted pidiendo, como el gallego del cuento.

—Pidiendo, no; recibiendo, sí. Porque aquí sacan las entretelas, pero regalan bastantes cosas. Los libros que puede usted coger y llevarse, llenarían un estante regular.

—Oiga usted... Eso de los cuarenta y cinco... no cuela. Le habrán convidado.

—¡Qué convidar! Salí del hotel, y hala para meterme en el vaporcito rápido que se toma en el *quai*, frente al Louvre. Ese vapor sólo cuesta diez céntimos. Echo mano al bolsillo y me encuentro que se me había olvidado el portamonedas. En un pliegue de la tela descubro medio franco. Me daba rabia volverme. ¡Adelante! Saldremos del compromiso como se pueda. Malo será no encontrar algún paisano que me preste. Pago mis diez céntimos y me quedo con cuarenta. Por fortuna, llevaba en el portapliegos *tickets* de entrada. Me dedico á registrar el palacio del Campo de Marte. A todo esto, las doce ya, y ni rastro de amigo que me facilitase unos franquillos. Me acerco á la instalación de las leches y mantecas y me gasto quince céntimos en una rica taza de leche. No pareciéndome suficiente, me acerco al barco ese monumental del chocolatero Menier, me incorporo á la cola, y á los diez minutos tomo gratis otra taza de muy buen cacao.

De allí á la bizcochería francesa, donde obsequian con excelentes bizcochos. Ya tenemos un chocolate ilustrado, con bizcochos y leche, y todavía me quedan en el bolsillo 25 céntimos. Al *bar* automático... ¿Lo ha visto usted? *Sírvete á ti mismo*, dice el rótulo... Ni criados, ni propinas... Por 20 céntimos me larga el mecanismo una empanadilla grande de jamón. El jamón da sed, y de balde bebo agua helada. No encontrándome satisfecho todavía, vuelvo á

Menier por el chocolate número dos, y hago segunda estación en la bizcochería. Ya con esto se vive. Sentía calor, y me refresqué con un pedazo de hielo de los que ofrece al público gratuitamente la máquina heladora. El postre y el extraordinario fué la copa de Champagne que regala Mercier en su pabellón.

Entretuve el día viendo lo mucho que hay que ver allí en maquinaria y en agricultura, y en industria y en enseñanza, y después oyendo música, que nada cuesta; orquestas, canciones, órganos eléctricos, las campanas... Eso que llaman el *carillón*, que es una preciosidad. Por la tarde, cuando me decidí á regresar á París, me quedaban cinco céntimos en el bolsillo; no alcanzaban para pagar el barco. Pero en el pabellón de Moet Chandon, el cosechero de Champagne, me habían obsequiado con media docena de cartas postales bonitas, y otra media docena de bonos ó permisos para el cuco *yacht* eléctrico de la casa, que de hora en hora sale de los puentes de la Concordia y Jena. Tenía, pues, la vuelta asegurada, y por si no llevaba bien abierto el apetito, no lejos del embarcadero me sirvieron gratis un refresco con el aperitivo *Amer Picón*...

De manera que me encontré cerca del hotel á las siete, y con cinco céntimos sobrantes todavía, buscando un pobre á quien dárselos, y sin encontrarlo, porque, como habrá usted visto, los pordioseros no abundan en París. Y no queriendo entrar en el hotel con esa cantidad, me compré el número uno de *Le Petit Sou*, pe-

riódico socialista, y tuve gorro de dormir para la noche.

El primer español escuchaba en silencio. Por fin, entre incrédulo y malhumorado, hizo el comentario siguiente:

—Es usted un vivo. Mañana me agarro á usted y no le suelto.



XVII

BALZAC.—UNA BAJA

Dejando por horas el bullicio del gran Certamen—no sé llamar *Feria* á un sitio donde tanto se aprende—, voy con el célebre escultor Rodin y un grupo de devotos balzaquistas, que no bajarán de treinta, á celebrar en Ville d'Avray—donde se encuentra la posesión llamada *Les Jardies*—el cincuentenario del autor de la *Comedia humana*.

Nadie ignora que Rodin ha modelado una estatua de Balzac original y discutidísima, que tiene entusiastas admiradores y detractores furibundos. Muchos ven en ella aquel género de pujanza y grandiosidad que caracteriza la obra hirviente y volcánica del creador del *Père Goriot*. No he visitado todavía el pabellón donde se exponen las creaciones de Rodin, y sólo conozco la estatua por grabados. Admiro á Ro-

din en trabajos anteriores; hay uno soberbio en el Museo del Luxemburgo.

El breve camino hasta Ville d'Avray, contorneando siempre á París, siempre al margen del Océano de su caserío, se hace en una hora escasa de ferrocarril, y al pie mismo de la estación, en limpio restorán con su jardincillo, encontramos prevenido el almuerzo. A tomar parte en él y á asociaciarse á la demostración balzaquista, viene la batalladora y simpática *Séverine*, que veranea y aun creo que reside no lejos de Ville d'Avray, en Pierrefonds. Repuesta de la horrible operación sufrida el año pasado, la famosa publicista habla con toda la animación y viveza de su carácter. Trátase de la distinción que acaba de tributar el Estado á dos glorias femeninas — Clemencia Royer y Daniel Lesueur—, condecoradas con la Legión de Honor. Severine encuentra que esta honra, adecuada á los merecimientos de Daniel Lesueur, es muy inferior á los de Clemencia Royer, la insigne filósofa y matemática. «Para mí —decía Severine—la disminuye. Treinta años hace que merece eso y más. Si entonces se lo hubiesen otorgado, bueno. Ahora creo que prefiero á Clemencia Royer pobre, sola y casi olvidada, sin otra esperanza que la posteridad, que la otorgará justicia.»

Nos sentamos á la mesa gentes de varias naciones, y Rodin lo observa: acaso el nombre de Balzac resuena en el extranjero con eco más profundo aún que en Francia. Hay hispano-americanos, ingleses, polacos, una española,

que ustedes conocen, y frente á ella, una yanqui. Como siempre somos *dobles*—criaturas de reflexión que cubren otra criatura de instinto—, yo correspondía cortesmente á las amabilidades de la yanqui, que se despepitaba por mí, pero allá dentro la estaba dando á todos los diablos, y hasta sentía impulsos muy contrarios á la buena crianza. No pretendo justificar estos impulsos; su justificación es ser naturales.

Con el Champagne no hubo brindis. Se leyeron unos bonitos versos celebrando á Balzac y Rodin, obra de un poeta, Marc Legrand, á quien no debo alabar, porque está trabajando en hacer un poema de mi cuento publicado en *El Imparcial*, *La sed de Cristo*. Por cierto que, al noticiármelo, Legrand me preguntó si el cuento se basaba en alguna tradición ó leyenda, y hube de responderle que era todo mío, tan mío como si fuese un hijo, que se sabe bien que nos pertenece por las fatigas y dolores que nos cuesta.

No habiendo ido á Ville d'Avray para almorzar sólo, visitamos *Les Jardies*, finca sin horizontes ni belleza alguna, de la cual Balzac estaba prendado. La casita en cuyas desnudas paredes escribía con lápiz Balzac: «Aquí, un cuadro de Rafael; aquí, un espejo de Venecia», se ha venido abajo, y en las dependencias construyó Gambetta otra casita, donde murió, y que, adquirida por el Estado (á causa de Gambetta, por supuesto), se encuentra literalmente atestada de coronas fúnebres. En la reducida sala de esta morada se leyó un discurso de Víctor Hugo sobre Balzac y nos dirigió la palabra, con

soltura y oportunidad, Severine. Después hubo su poco de concierto; canto y música romántica, del tiempo de Balzac; versos de Musset. Y como si el genio del maestro, revoloteando á nuestro alrededor, hiciese surgir tipos de esos que él desentrañaba en el remolino parisiense, al regreso venía á mi lado, en el tren, una señora que se trata familiarmente con los espíritus y es nada menos que *vidente para incurables*. Como yo manifestase á esta señora la incredulidad que me aflige en estas materias, incredulidad que no han podido disipar las aserciones del ilustre Valera referentes á madama Blawatzky y los *majatmas* de la India, capaces, según Don Juan, de mil diabluras, la señora vidente me aseguró que muy pronto la vería claramente, á ella, *en espíritu*, y que si pasaba á mi derecha, sería excelente señal para mí. La rogué que pasase dos veces lo menos, porque soy algo distraída, y podía confundir la derecha con la izquierda, tomando el agüero feliz por fatídico anuncio.

. . . .

Regreso al hotel. Un telegrama acaba de traerme la noticia de que ha muerto, en nuestras Torres de Meirás, el joven artista Joaquín Vaamonde, arrebatado, antes de cumplir los treinta años, por una enfermedad que el romanticismo hermoseó, pero que vista de cerca es espantosa: la tuberculosis. Desde Junio, en que la ciencia, cruzándose de brazos, nos le envió para procurarle aire puro y condiciones que dulcificasen su agonía, los árboles

de la Granja cobijan á un moribundo torturado, que al menos ahora reposará sin sufrir.

No soy dada á inventar genios: no sé si Vaamonde tenía en sí la chispa creadora de las obras maestras. Sólo afirmo que no he conocido temperamento más artístico, ni en nadie he visto tal fiebre de esperanzas y de anhelos de gloria. Acaso era la enfermedad, latente en su organismo, la que afinaba sus nervios y exaltaba su imaginación.

En Madrid, la historia de este artista es conocidísima: se sabe cómo pasó, en un día, de la obscuridad á *estar de moda*, y cómo desfilaron ante su caballete las señoras de la más alta sociedad, las Infantas y el Rey. Era la fortuna y era el halago; pero no era lo que el artista soñaba. Nunca religioso que cree haber faltado á sus votos; nunca neófito que no ha tenido valor para confesar su fe; nunca soldado que desertó de sus banderas, sintieron los remordimientos y las amarguras que Vaamonde, renegando á cada minuto de la tarea de reproducir é idealizar caras bonitas, perlas y encajes, y aspirando—él, que con sus lápices en mano era todo distinción y finura—al arte fuerte, realista, masculino, bravío y escandalizador. Ultimamente, acaso porque la calentura le encendía las ansias de realizar su ideal, había llegado á ser en él verdadera obsesión la manía de destruir aquellos retratos celebrados por tan hermosas bocas, y que su autor calificaba con irónica dureza. Sé que logró romper algunos, bastantes. El mío lo defendí prohibiendo á Vaamonde que se

acercase á donde estaba. A mi juicio, esos retratos de damas y de niños, aristocráticos, delicados y elegantes, eran la nota peculiar de Vaamonde, por ahora. El tiempo diría si encerraba en sí otra cosa, fibra viril. Talento y aptitudes le sobraban. Unicamente la necesidad de vivir le excitaba á cultivar el retrato al pastel, con sus blanduras y sus convencionales idealismos.

Hizo explosión el mal cuando el artista se preparaba á establecerse en París, y á granjearse, con algunos retratos bien pagados, la independencia para trabajar en el estudio del famoso Dagnan Bouveret. Sus delirios de enfermo giraban alrededor de esta perspectiva. Cuando llegó el momento de mi viaje, hablé de Mondariz; no quise decirle que venía á este París tan anhelado. Con las ilusiones que engendra la tisis, creía siempre que «dentro de dos semanitas» podría emprender su rumbo hacia la gloria...

La paz y el descanso sean con él, en el humilde cementerio de mi aldea.

———

XVIII

CLASE PRIMERA

Tratemos de lo más serio. ¿No adivinan? Hablemos de enseñanza.

En el programa oficial, tan científico, de la Exposición, la enseñanza constituye la *clase primera*. Y para las naciones ó *fuertes* ó solamente *sanas*, que se encuentran en período de incremento y vigor, que en vez de decrepitud manifiestan virilidad, la enseñanza es, en efecto, el número uno, la preocupación incesante, lo sagrado. ¡Infalible barómetro! Consultadlo y no necesitaréis preguntar el estado de una nación. Si ésta aparece pujante y adelantada en la enseñanza, pujante y adelantada la encontraréis en todo: por lo menos, en camino de adelanto, en la buena ruta. Podrá tener sus complicaciones y sus luchas interiores, á semejanza de Francia: en las naciones como en los

individuos es difícil la total armonía en un momento dado de la vida y de la historia; pero siempre será nación robusta, constituída para arrostrar con firmeza las contingencias del presente y del porvenir.

La sección de enseñanza francesa é internacional se encuentra desahogadamente instalada en parte del piso alto del descomunal palacio del Campo de Marte. No tan visitada como otras secciones que entran por los ojos y divierten á la muchedumbre, la vi más cómodamente. Me acompañaba un profesor cultísimo. Boris de Tannenberg, bien conocido de los literatos españoles. Hablábamos de Alemania, que, no contenta con su instalación general, ha inundado de material de enseñanza y documentos pedagógicos su aparatoso pabellón de la calle de las Naciones; dijérase que el *Kaiser* quiere evocar la memoria de los tiempos en que se repetía «El maestro de escuela aleman es quien ha vencido á Francia».

Empieza á darnos lecciones esta sección á los desaconsejados y descarriados españoles, mostrándonos que para elevar á considerable altura la enseñanza no se necesita ser nación, ni grande, ni poderosa, ni rica. Suecia, Noruega, Dinamarca, Estados muy inferiores en población á ciertas regiones españolas, ponen la ceniza en la frente á dilatados Imperios, y, por supuesto, á la nación que yo me sé. Lo vasto y lo colmado de la instalación sueca, que es á la nuestra como un gigante á un liliputiense, dice el interés profundo, la capital transcendencia

atribuída á este aspecto de la vida humana. Las escuelas primarias suecas y noruegas son modelos de intimidad, de poesía, de ideal; matrices donde se genera una humanidad mejor.

Nótese que en esas comarcas circumpolares la Naturaleza es enemiga del hombre. Apenas hay historiador que no reconozca la influencia de las orillas mediterráneas en la civilización antigua. Los pueblos que ahora se revelan á la cabeza de la enseñanza son los últimos bárbaros, envueltos en eternas nieves ó empantanados en los melancólicos *fiords*. Por obra del clima, esos pueblos hiperbóreos se dejaban dominar del vicio más grosero, la embriaguez. En la sección sueca, donde todo está dispuesto para que el deseoso de aprender se entere á gusto, puede consultarse un libro de información completísimo, con muchos grabados, titulado *Suecia, su población é industria*, y en este volumen, publicado por el Gobierno, hallo datos acerca del desarrollo y represión del alcoholismo, que merecen notarse.

A fines del siglo pasado, el Estado sueco, que disfrutaba el monopolio de los alcoholes, inducía al pueblo á consumir y fomentaba la insania y el embrutecimiento de aquella gente, á trueque de enriquecerse el fisco. Vueltos en sí los gobernantes, se consagran ahora á desterrar el alcoholismo por todos los medios, y van consiguiendo resultados asombrosos. La estadística demuestra la rápida disminución de la cantidad de aguardiente atribuída cada año á cada habitante, desde 1850 hasta el día.

Algo semejante pasa en Noruega. Como en países de hielo y de noches que duran meses, es difícil beber sólo agua, se bebe cerveza y vino, y contra el mortífero aguardiente se hace activa propaganda. El resorte más eficaz de la propaganda es la instrucción. Conforme ésta se desarrolla, la mortalidad decrece; ya se vive seis años más por término medio en Noruega y Suecia. En la escuela, al par que los elementos de higiene, se explican á los niños los perniciosos efectos de las bebidas alcohólicas, combatiendo desde la cuna la mala inclinación nacional. En cada Concejo de Noruega un Comité de dirección escolar vigila la enseñanza primaria—fundamento, no ya de la cultura, de la existencia—. Los Municipios costean á los alumnos pobres una comida escolar diaria. Todo lo vemos representado, no sólo en fotografías, sino en reproducciones exactas de la escuela, con sus aulas, sus cocinas, sus muestras del trabajo manual de los alumnos, sus libros, sus objetos de intuición para el aprendizaje de las ciencias naturales. Allí también las fotografías directas de las piscinas escolares, ó sea del baño de limpieza dado en la escuela. Y recordé las peregrinas cosas que en España se dijeron cuando mi sabio amigo Joaquín Costa proclamó la conveniencia de que un pueblo se lave y se bañe desde la primera edad para regenerarse.

Lo menos que le llamaron fué *idealista*, en el burdo sentido de *chifladura* que se da á este vocablo, aplicado frecuentemente á las

mayores realidades, si no encajan en las casillas de la rutina española, tan comidas de orín. Cuando se piensa que estos niños pobres, más bañados y fregados que en España los hijos de muchos ricos, son del país donde á fines del siglo XVII una Reina, Cristina de Suecia, llevaba las manos tan sucias que no podía saberse si eran negras ó blancas, se comprende el camino andado. ¡Bienaventurados los que andan y no se cristalizan en sal, como la señora de Loth, símbolo nuestro!

Preocupaba á los suecos, al organizar la instrucción primaria, su fama de pueblo soñador y excesivamente intelectual, y quisieron cargar la mano en el elemento práctico. A esta idea responde, no sólo el minucioso aseo escolar, los lavabos, las bañaderas, las piscinas, sino el aprendizaje de un oficio, obligatorio para los muchachos, y el del manejo y gobierno de la casa para las niñas. Estas últimas, en la escuela, guisan un día por semana; otro van al mercado á hacer la compra y aprender á distinguir lo malo de lo bueno y á ajustar cuentas; y también se avezan á cortarse y coserse su ropa, á lavar, planchar, repasar y otros menesteres indispensables.

A pesar de la leyenda de la mujer por excelencia casera y hacendosa que creemos poseer, la verdad es, y apelo á las señoras obligadas á tomar cocineras y doncellas, que sólo por raro caso se encuentra una enterada de lo elemental de su obligación. «La chica es nueva y hay que enseñárselo todo.» Sí; con tal que lo sepa

la profesora... Porque tampoco ella lo aprendió en ninguna parte. Veo en la escuela sueca un gráfico que describe cada pedazo del buey; la carne de primera, el filete, el contrafilete... Esas chiquillas suecas sabrán así algo que yo ignoro desde mi niñez y que ya ignoraré toda la vida. Como no lo estudiase en el Matadero.... También se enseña en las escuelas á distinguir de colores. ¡Valiente cosa! dirán ustedes. Pues apenas hay español que no yerre en eso. Preguntadles el color de un vestido, y confundirán el azul con el verde y el amarillo con el rosa, y estarán en el caso de los héroes de Homero, que sólo veían tres ó cuatro colores en la Naturaleza: ni aun diferenciaban los del arco iris. Así sucede que en las tiendas de Madrid se pida, v. gr., raso granate, y lo presenten color marrón ó morado. ¿Es que no constituye una educación de los sentidos el discernimiento del colorido?

En la instrucción primaria de Dinamarca son sorprendentes las muestras del trabajo de los ciegos, sordomudos é idiotas. Hoy se piensa mucho en estos desdichados, que han celebrado aquí ahora su Congreso... por señas. Admirables me parecen las escuelas primarias inglesas, y más admirable aún el descontento que contra ellas existe en el país, por no creerlas bastantes perfectas, atendida la importancia de tal capítulo. No conozco mejor síntoma que este descontento de lo bueno, aspirando á lo mejor; el progreso es enemigo de la organización permanente, enquistada.

Los Estados Unidos, ya se supone, no se han quedado atrás. En la sala de fiestas, un cinematógrafo exhibe gratuitamente los ejercicios escolares de los yanquis. En la sección observo una idea nueva, generosa, graciosa: las bibliotecas *para niños*, sin bibliotecario, libres. En estantes, á la altura de los lectorcitos, están los volúmenes; las criaturas los manejarán á su talante, leerán, mirarán grabados, harán su capricho. Si los rompen, que los rompan. Es el juguete bibliográfico destinado á encariñar al niño con el libro. ¿No se rompen cometas, trompos, soldados de plomo, sables? Pues rómpase el libro enhorabuena. ¿Pero qué habían de romper? Lo cuidan; es *suyo*, está fiado á su custodia.

Si queréis monografías sobre enseñanza, ahí os regalarán veinte ó treinta tomos, lujosamente impresos. El libro no se regatea, no se oculta, no se estanca. Tomad y comed... Ese es el cuerpo de la enseñanza, el pan nutritivo. Y no he de omitir que cuando el guardia de la sección yanqui comprendió que yo era española, me ofreció las monografías con doble complacencia y me hizo mil ofrecimientos. Tienen orden, sin duda, de tratarnos con especial halago.

Nosotros también hemos remitido material escolar. Allí lo diviso, en un escaparate. ¿Les parece á ustedes que hablemos de otra cosa?



XIX

APRETANDO

La enseñanza primaria es más fácil de presentar al público que la superior, para que éste se dé cuenta de sus procedimientos y beneficios. El niño está todavía estrechamente relacionado con lo sensible, con los objetos, y la escuela tiene, ó debe tener, algo de regazo y algo de cuna. En las enseñanzas segunda y superior, no se muestra á los sentidos, sino á la inteligencia, el fruto de la más noble y útil entre las labores humanas, la educativa. Así sucede en la Exposición.

A ser posible insistir en ciertas cosas sin causar fatiga á los lectores, yo continuaría diciendo tanto como puede decirse, y como es apostólico decir ahí, de la instrucción primaria de los pueblos que aspiran al dictado de cultos y hasta van por ese camino en busca de la inde-

pendencia, la cual es á las naciones lo que la entera personalidad al individuo. Aprendiendo y educando se orientan hacia la libertad, Noruega, Finlandia y Hungría. Aprendiendo y educando se proponen absorber gran parte del mundo los Estados Unidos, Inglaterra y Alemania. Aprendiendo y educando aspira Francia á constituirse de un modo estable, y á vencer el mal sino actual de las naciones latinas. Por eso infunde doble interés la enseñanza francesa, con sus elementos de lucha interior.

En Francia batallan la enseñanza oficial y la enseñanza libre. La primera es indiferente en religión, ó sea laica; la segunda, religiosa, católica. No se combaten tratando de desacreditarse é injuriándose en polémicas y escritos, ó con la imposición á la conciencia en la familia, el confesionario y el púlpito: algo de esto habrá, y es natural que haya; pero, en lo esencial, se riñe á cara descubierta y con armas iguales; los numerosos establecimientos de enseñanza católica se preocupan, en primer lugar y para obtener supremacía, de enseñar tan bien como el Estado, si no mejor.

Mi acompañante en esta sección, Boris de Tannenberg, autoridad en materias de enseñanza, me hacía observar cómo *aprietan* aquí las congregaciones religiosas. Los *Hermanos*, cuyo fundador acaba de ser canonizado, son asombrosos, particularmente en las clases de dibujo y de geografía—decíame Tannenberg que, á fuer de extranjero, no es apasionado en esta cuestión. Recojo el programa de las Es-

cuelas cristianas, á disposición del público, y veo que la institución se fundó en 1860 y tiene recompensas y medallas de oro en todas las Exposiciones: en Londres, en París, en Chicago. El desdeñoso y fanático retraimiento de la vida moderna, que se confunde con la piedad en los pueblos atrasados, no es aquí consigna de las instituciones religiosas, y ya insistiré en esto al hablar de la instalación de las Misiones católicas en el Trocadero.

No se esconden los *Hermanos*, acaso porque tienen muy buena ropa. Presentan en diez clases de la Exposición. En la número 1 (la enseñanza primaria), vemos sus métodos y programas, sus atlas, sus dibujos, sus cuadros de aprendizaje marítimo, sus trabajos de estenografía, sus mapas en relieve, sus herbarios, sus libros clásicos y sus planas y cuadernos escolares. En la número 2, enseñanza secundaria moderna, uno de los ramos se titula así: «Orientación de la enseñanza secundaria moderna hacia las carreras industriales, comerciales, agrícolas y artísticas.» Los *Hermanos* preparan á los muchachos para la Escuela Central, la Escuela de Minas, la de Bellas Artes y el Instituto Agronómico; las enseñanzas especiales de estas carreras forman los programas de las clases 4, 5 y 6.

En esta última ocupa puesto preferente el estudio de la navegación; el plantel de misioneros es un plantel de marinos. La clase 14 es notable y demuestra el intenso cultivo y el puesto de preferencia atribuído á la Geografía,

la Geología y la Cosmografía. En la clase 112, toda la educación y asistencia de los sordomudos. En la 111, que se encuentra en ese inmenso foco de solidaridad y de buenas obras llamado Palacio de los Congresos y de la Economía social, los *Hermanos* exhiben sus instituciones de aprendizaje y protección de los hijos de obreros, y sus asilos destinados al mismo fin. En la 108, más instituciones benéficas, instructivas y moralizadoras, no para la infancia, sino para los obreros adultos: enseñanza, clases nocturnas, conferencias, círculos de estudio, oficinas de colocación, mutualidades, casas de familia y otros varios medios de sanear y socorrer.

Insisten en el tema, en la misma clase, en el anexo de Vincennes, donde tienen su pabellón especial las *Obras sociales católicas*. Y la clase 113, *Colonización y enseñanza indígena*, en el Trocadero, es un mundo.—Catolicismo ni amodorrado, ni pesimista, ni inquisidor. Así es una fuerza social. Porque si tantas enseñanzas, tantas actividades sólo existiesen en el papel del programa que examino, los padres más católicos, obligados por la necesidad, la de la *cara de hereje*, enviarían á sus hijos á los centros de educación laica. No hay que darle vueltas.

Estas Corporaciones religiosas, colaboradoras en la obra de cultura, encuentran ambiente. Los ricos católicos son aquí más inclinados á costear escuelas que á regalar joyas á las efigies. En la escuela está el campo de batalla.

Por la escuela se defiende el reinado de Cristo. Y según testimonios nada sospechosos, en la escuela los *Hermanos* llevan grandes probabilidades de triunfo. En la Exposición se han ganado el primer premio.

Las comunidades religiosas de mujeres no se encuentran á la misma altura. Hacen esfuerzos, con celo y con recomendables propósitos, para que la educación de la mujer no se les vaya de las manos; tienen de su parte y en su clientela á las altas clases, entre las cuales está mal visto enviar á las señoritas á los Liceos, de reciente fundación, en que la enseñanza de la mujer se va asimilando á la del hombre; pero con excelente sentido, dadas las corrientes pedagógicas actuales y el acelerado movimiento social, el influjo dominante y creciente de la clase media y la natural é involuntaria lección que de los *Hermanos* reciben las monjas, éstas comprenden que es preciso *apretar* también, que ya no bastan las laborcicas, los acericos, las romanzas y el ramo de pensamientos pintado en un plato, y procuran colocarse al nivel de las circunstancias, luchando con todo el lastre tradicional, con todos los inconvenientes de su sexo y de su estado, con mil trabas. Como síntoma de este loable afán de las monjas francesas, diré que ya en muchos conventos existe la costumbre de llamar á eminentes profesores de literatura, de ciencias naturales y de historia, para dar un curso á las señoritas.

No es más que el principio de lo que las monjas educadoras tendrán que ir haciendo, por-

que han pasado los tiempos de madama de Maintenon, y las reverencias, el arte de saludar y presentarse como conviene á una señorita de *qualité,* y la suave y cortesana mitología de *Telémaco*, no son suficientes ni aun para la dama: ¡qué diremos para la mujer que ha de trabajar en ganarse la vida!

Al fijarnos en los notables cartones de diseño de los alumnos de las Escuelas cristianas, llamaron la atención de Boris de Tannenberg dos enérgicos estudios, dos *academias* naturalistas, fechadas en Valencia y firmadas con nombre español.—«Es que también allá tienen ustedes Hermanos»—dijo el hispanófilo. Y yo, con la imaginación, veía el taller de Sorolla en Madrid, el cuadro *Triste herencia,* la soberana figura, tomada de la realidad, del natural, del *Hermano* que con solicitud se inclina, para hacer entrar en el agua á las criaturas escrufulosas, ciegas, jorobadas y raquíticas.

El *Hermano* que sirvió de modelo al artista había andado, allá en sus mocedades, por la montaña, boina en la cabeza y fusil al hombro; había calentado en su fornido pecho la víbora de la guerra civil. La fe que le impulsaba en la juventud á andar á tiros, le lleva, en la edad madura, á inclinarse afectuosamente para ayudar á los enfermitos é inválidos, á fin de que encuentren en el agua del mar salud. Esa imperiosa fuerza de la fe, transformada, iluminada, cambia la existencia. El antiguo faccioso, de bronca fisonomía, de viril musculatura, es ahora el enfermero. Y las palabras de Boris de

Tannenberg responden á mis íntimas ideas.

—Los *Hermanos*, en Francia, se han hecho simpáticos á todo el mundo. Desinteresados, francos, sencillos, celosos... ¡Muy buena gente, muy buena gente!

XX

LAS MISIONES CATÓLICAS

He ofrecido hablar de este pabellón, tan interesante para nosotros, que somos católicos y necesitamos que nuestro catolicismo, manifestándose como fuerza social, nos auxilie y nos acompañe por el camino de la rehabilitación. Ya sabemos cuánto aprietan aquí los católicos en el terreno de la enseñanza: veamos ahora de qué modo se presentan en el de la propaganda evangélica.

El Gobierno reconoce la utilidad de las Misiones, que relacionan á Francia con los países más apartados y preparan las vías del comercio. A su vez, los misioneros, estén ó no conformes con la marcha del Gobierno, se sienten, no sin cierto orgullo, franceses; parte de una patria que, ante todo, desean grande y gloriosa. La intimidad estrecha de Francia y sus co-

lonias se afianza por los misioneros también. El pabellón de las Misiones católicas es comentario de otros pabellones que acabo de visitar y que demuestran la actividad colonizadora de la nación: el admirable pabellón de Argelia, el de Túnez, los del Senegal, Sudán, Congo, Dahomey, Costa de Marfil, Madagascar, Indo China... porque, á la callada y sin alardes absorbentes, Francia va extendiendo sus dominios en Africa y Asia, y consagrando á sus colonias esa solicitud, sin la cual se afloja el lazo y al fin se rompe.

El pabellón de las Misiones, en el Trocadero, cerca del de las colonias portuguesas (Portugal tiene un pabellón para sus colonias, y por cierto muy bien instalado) es un edificio de estilo moderno, como si su misma arquitectura quisiese expresar que la Iglesia se adapta á las necesidades y exigencias de los tiempos presentes. En el piso alto, á la entrada, recibe á los visitantes, y se diría que les bendice, el retrato de León XIII, firmado nada menos que por Benjamín Constant. El público en este pabellón es el mismo público especial que ya encontré en las instalaciones escolares de los Hermanos de la Doctrina cristiana: señoras viejecitas vestidas de negro, mucho cura, algún religioso. Ante las vitrinas se oyen exclamaciones fervientes, dichos sencillos, frases de candorosa admiración. Una anciana paralítica, conducida en un sillón de ruedas, se detiene al pie del retrato del Papa, y moviendo los labios acaso reza en silencio. El Papa sonríe, con esa sonrisa intelectual,

agudísima, expresión peculiar de su rostro.
Y empieza el desfile de testimonios: fotografías, planos, cuadernos, libros, retratos, mapas, itinerarios, documentos relativos á las Cruzadas, vistas de mezquitas del tiempo de San Luis... Se pierde la cuenta de las gramáticas, diccionarios, catecismos é Imitaciones de Jesús, en cien idiomas extraños, alguno de ellos destinado á desaparecer, y del cual sólo quedará memoria por haberlo recogido los misioneros. No me refiero, claro es, al árabe, al caldeo ni al siriaco, que al fin son lenguas literarias, sino á los obscuros dialectos monosilábicos de las islas de Occeanía, ó á los idiomas desconocidos que se emplean en el Círculo polar.

A continuación labores, trabajo de las neófitas, y modelos de hospitales, dispensarios, iglesias, casas-cuna, escuelas y asilos: lo que se ha podido erigir con destino al culto ó á la beneficencia en tierras remotas. Y los productos naturales de las colonias misioneras, y los cachivaches raros y curiosos que dan idea de las costumbres. Entre éstos veo un *tenedor para carne humana*, procedente de las Islas Fidji. ¡Siniestro tridente de agudas púas larguísimas, y extraño refinamiento de caníbales pulcros, que no quisieran engrasarse los dedos! El misionero que recogió ese tenedor debió de pensar para su hábito que así pudo ser pinchada su propia carne en un festín de antropófagos... Al lado del tenedor, el elegante manto de plumas de un jefe maorí. Después piraguas, armas, reptiles, mariposas, la tabaquera de la reina

Ranavalona y el collar y el cinturón de amuletos de un brujo: cosas que en la Edad Media se quemarían, y ahora se conservan y se enseñan para testimonio de la insaciable credulidad del hombre. El espíritu de tolerancia y de ilustración, patentizado en la conservación de esos amuletos, se revela también en la colección de ídolos, de fetiches y de Budas que los misioneros no sólo presentan, sino venden: han pasado los tiempos en que se rompía el ídolo; hoy esas curiosas figuritas de Buda, con su expresión beatífica y su elevada mitra, se respetan; son arte y son enseñanza. Entre los ídolos expuestos en las Misiones, los hay hasta obscenos, á la manera ingenua é inofensiva que pueden serlo los ídolos. No por eso un pudor mal entendido ha dispuesto retirarlos. Al fin, mucho de Museo etnográfico tiene el pabellón de las Misiones.

Otra observación interesante es fijarse en cómo se acomodan y flexibilizan los misioneros para adoptar los trajes, costumbres y aires de los países en que ejercen su apostolado. Aquí contemplo fotografías de misioneros vestidos de esquimales, hechos unas focas, en el glacial país de los *Pieles de liebre*, y les veo con casco de paja y *complet* blanco, semejantes á ingleses turistas, en el Senegal y el Congo. Reparo en un altar del culto católico, en China, donde no creeríamos reverente decir misa, y sólo transigiríamos con utilizarlo para tocador. Cubierto de sedas bordadas de flores; decorado con un espejo de laca; envueltos los cirios en farolillos de iluminación,—aquel altar nos qui-

taría la devoción á nosotros. No se la quita á los chinitos vestidos de amarillo y con luenga trenza colgante que se arrodillan al pie. Y es que ese altar juguete es el oratorio clásico de China y el Japón, donde budistas y sintoístas queman sus barritas de perfume y sus papelillos dorados. Ponedle una cruz... y será bastante.

El escaparate más admirado de la sección es el que contiene la figura de cera, de tamaño natural, de un sacerdote católico chino. Al pie, en un tarjetón que blasona, para más color local, escamoso dragón verde, se lee la estadística de la propagación de la fe en ese país donde hoy se ventilan tan graves asuntos. A principios del siglo había en China cinco establecimientos de misiones; hoy existen cuarenta, y *cuatrocientos* presbíteros de trenza larga, como el que aquí se luce en efigie, elevan al cielo la Hostia. La casulla que ostenta este presbítero semeja caprichoso pañolón de Manila; su bonete, de extraña forma, es un ascua de oro; el libro que hojea, abierto, muestra los extravagantes caracteres del alfabeto chino. A nosotros no nos parece curita, sino fastuoso mandarín.

No lejos, una conmovedora fotografía en el escaparate de los Hermanos de la Doctrina Cristiana: el grupo de huérfanos recogido por los Hermanos en Trebisonda, después de las degollinas de Armenia, el año 1895. ¡Qué escenas de horror habrán nublado los ojos de esas criaturas tranquilamente agrupadas en el patio del asilo! ¡Qué voces de ferocidad, qué últimos ayes de padres y de hermanos resonarán en

sus oídos todavía! Algunos de ellos, como el niño griego de la oriental de Víctor Hugo, sólo pediría á los Hermanos, cuando le extrajeron de entre los humeantes escombros de su casa, devorada por el fuego, que le diesen pólvora y balas. Los Hermanos ofrecen á estas abandonadas criaturas instrucción y pan.

La instalación de los lazaristas tiene una nota artística; presenta libros ilustrados y objetos muy ricos de esmalte y bronce. Los franciscanos de Belén, incrustaciones de nácar. Los maristas, colecciones científicas (exposición seria y de fundamento). Y para recordar que este pabellón no encierra únicamente frutos de la actividad y del trabajo, sino de la gracia santificante, á veces encontramos el busto de un mártir ó el grupo en bronce de un franciscano y un leproso. Los dioramas del piso bajo narran los anales de la mortificación y del martirio. A la puerta, hace guardia la estatua del bienaventurado Perboyre, estrangulado en una cruz. Alrededor de la sala, cuadros de suplicio: el del vicario apostólico de Argel, atado á la boca de un cañón; el del monseñor Borie, decapitado en el Tonkin, de siete sablazos. Vemos también á las monjas de blanco ropaje curando á los leprosos, y á los oblatos y lazaristas catequizando y enseñando. Nada se ha omitido para dar idea de la dura labor del misionero, enviado extraordinario de la fe, que, sin pretenderlo ni rehusarlo, se lleva enredada en los pliegues de la túnica la semilla de la civilización y de la fraternidad internacional.



XXI

ADELANTE

Aunque no soy aficionada á esta clase de estudios, no ignoro, ni es posible ignorar, los milagros de la mecánica y de la física, que en la Exposición entran por los ojos, convenciendo hasta al más rudo y reaccionario. Marchamos, nos precipitamos, volamos hacia estados mejores. Por agradecimiento, aunque no fuese por otro motivo, estamos en el deber de echar algún requiebro á la electricidad. Es muy bueno el antiguo rayo. Nos dispensa mil favores. Nos lleva en ferrocarril; nos pasea en automóvil; en el horno dora los bizcochos que merendamos; hace andar la acera movible, que evita largas caminatas para trasladarse de un Palacio á otro; pone en acción los innumerables y potentes ventiladores subterráneos y abanicos aéreos, que refrescan el aire, quitan la sofoquina

y disipan los olores de tanto gentío; ilumina las noches con esplendores siderales de fiesta perpetua; y—condición que merece todas mis simpatías—es callada y limpia, es discreta, bien educada, no inoportuna, mientras el vapor era sucio y estrepitoso.

¿Quién podrá negar que la vida se hace más grata, más fácil, gracias á este cambio continuo? No será el que vea y compare al recorrer las secciones. Nos presentan de bulto el progreso. Las Exposiciones centenales dan enseñanza. Por ellas comprendemos cómo se vivía hace siglos, y si en arte no siempre se comprueban adelantos y hasta pueden señalarse retrocesos, el avance científico es tal, que aturde su magnitud, y ni aun acertamos á calcular las consecuencias que traerá en lo futuro.

Hemos padecido los antiguos medios de locomoción. Aún existen y funcionan en muchos puntos de España esos coches diligencias aquí presentados como tipo arcaico, que obligaban al viajero á bajarse en las cuestas arriba, y á veces á empujar las ruedas; que salían de los «puertos» arrastrados por bueyes, y echaban una semana en Brañuelas cuando la nieve obstruía el camino. Con todo, las «diligencias»—su nombre lo dice—fueron un adelanto, y, como la silla de posta de los raptos y de las fugas, en la época romántica, representaban la velocidad respecto á las sillas de manos y las literas.

Lo curioso es que estas especies arcaicas y medio fósiles, tienen siete vidas, lo mismo que los gatos. Las encontramos sobreviviéndose en

la Exposición misma. ¿En qué se diferencia de la silla de manos, llevada por robustos lacayos, el simón humano que llaman *fauteuil roulant?* En que tiene forma de sillón, y no de elegante caja forrada de damasco y pintada y dorada, y en que es de un solo caballo... digo, de un solo hombre. El modelo, el tipo del simón humano, existe ya desde el siglo XVII; era el coche portátil. Sólo que entonces el hombre se enganchaba á limonera, y muy de librea, empolvado, con tricornio, hacía oficios de un caballo que no pega coces..., al menos mientras no le desenganchan.

La litera, colgada entre sus dos mulas, andaba dos kilómetros por hora. La diligencia, enorme progreso, una legua ó dos, si no había cuestas, ni paradas, ni relevos, ni vuelcos. Aquí, en la Exposición retrospectiva de los medios de locomoción, descubro la inmensa carroza, de recuerdo para nosotros doblemente histórico, donde viajaron Fernando VII y los infantes en 1811. Cosas de ayer, como quien dice. Era esta carroza de las que llevaban á la zaga lacayos de pie con la vida en un hilo, agarrados á las correas, y necesitaban tiro de ocho poderosas mulas. Entre rueda y rueda cabe una plazuela. En el fondo del inmenso armatoste me represento al *Deseado*, entreteniendo con una siesta el mal humor y el tedio. También podemos contemplar una diligencia con su disforme *baca*, un trineo de figura de cisne, un *cabriolé*, una especie de calesín—y es triste pensar que bastante de lo aquí expuesto en clase

de *fósil,* es lo que todavía más comunmente encontramos en España, lo que sabe Dios cuándo pasará á los Museos.

Al presente, en España los automóviles son todavía una novedad peligrosa y sospechosa. Nos hemos empantanado en la bicicleta. En el mundo entero el ciclismo ya decae; se reduce á la condición de mero deporte; entra triunfante el automovilismo, y el problema del *coche propio* desaparece.

Aquí tenemos á la vista la breve historia del ciclo y la del automóvil. Nuestro siglo gasta pronto los inventos. El velocípedo es de ayer y ya no se cuenta con él, en el sentido general de la palabra. Juguete empezó y acabará juguete, como son juguetes las cometas, aunque las utilice el material de guerra. ¡Qué candoroso el *celerífero,* el cual estuvo muy en favor, y la primer bicicleta, incómodo aparato, que construyó la casa Michaux en 1860! ¡Cuarenta años nada más!... En 1885 el primer triciclo de vapor; después el primer automóvil, movido por el vapor y calentado con petróleo. ¿Quién querrá hoy meterse en él?

No es paradoja: al automóvil (cuando menos en los países de poca iniciativa y algo recelosos de la novedad ó *misoneístas*) le han perjudicado sus propios rapidísimos vertiginosos perfeccionamientos. Como se transforma de día en día, todo el mundo anda con el corte de chaleco bajo el brazo esperando la última moda. Se teme perder el dinero. Se compra un automóvil hoy, y resulta que ayer noche, sin

que nos enterásemos, había salido un sistema nuevo, diferente, superior, barato. Este niño crece tan aprisa, que no tiene jamás ropa que le venga.

Ya se ha aplicado la idea del automovilismo al viaje colectivo, y hay trenes automóviles muy acelerados. Acaso venga por aquí la muerte de los ferrocarriles. Cada quisque se organizará libremente su tren, y no tendrá que aguantar vejámenes y chinchorrerías. Irá adonde le parezca y se detendrá donde se le antoje. Nos emanciparemos de las Compañías, la tiranía más insufrible. Será de las formas hermosas y simpáticas de la libertad individual, á la cual atentan los viajes colectivistas, con su férrea disciplina calculada en ventaja de las empresas.

¿Velocidad? Aquí tenéis un cochecito eléctrico que anda un kilómetro *en menos de un minuto*. Aquí otro, cuyo *record* es de ciento setenta y ocho kilómetros *en menos de tres horas*. Ya parece suficiente, y no están contentos. ¡Más! ¡Más! Ese *más* será mañana la lentitud, la pereza, la tortuga, el caracol. El efecto que hoy causaría la dama que saliese en litera, causará muy pronto el coche arrastrado por caballos. Será curiosidad, caso de atavismo.

Pues esos automóviles que están preparando el trastorno completo de la locomoción, no son sino *una* de las aplicaciones de la electricidad. La Exposición de 1889 aún pertenecía al vapor: ésta, á la electricidad; el vapor—¡quién lo dijera!—es en cierto modo una antigualla. La ma-

quinaria aspira á utilizar sólo la fuerza eléctrica. A la caldera ha sucedido la dínamo. También á los *caballos* de vapor los disecaremos y los pondremos en los Museos. Y cuenta que las máquinas de vapor no se han estacionado, sino que han ido perfeccionándose en grado increíble. Ya no meten bulla: á un milímetro del émbolo se hace el vacío, y funcionan sin aturdir los oídos ni romper la cabeza. Me entero de que la misma máquina que hace cuarenta años representaba una fuerza de dieciséis caballos y necesitaba ser manejada por dos hombres, desarrolla hoy una fuerza de mil setecientos caballos y los mismos dos hombres bastan para su servicio. El combustible gastado decrece en igual proporción, y á cada Exposición disminuye el número de máquinas, creciendo la necesidad y el consumo de fuerza.

El porvenir sonríe, promete sobrepujar estos ya colosales adelantos. Me dicen (perdonen ustedes si en tales materias no hablo nunca por cuenta propia) que en esta Exposición se dibujan dos hechos destinados á causar una revolución definitiva (¿hay algo definitivo?) en la industria. Uno, el aprovechamiento del gas en los altos hornos, pues parece que hoy se pierden las nueve décimas partes del carbón que se quema; otro, la producción de electricidad barata. Estas novedades proceden de Bélgica y de Alemania en primer término. Sepamos á quién agradecer los bienes. ¡Electricidad barata! Es decir, ¡alumbrado, calor, fuerza al alcance de todos! Falta hace, pues, por hoy la luz

eléctrica; en Madrid al menos, es un lujo y un gasto indefinido; no obedece á la ley de proporción de otros gastos, y nos cuesta más á veces en Abril que en Enero... porque sí.

Para producir la electricidad, se captarán ríos y torrentes, se aprovechará hasta la fuerza que el flujo y reflujo del mar desarrolla, y se harán maravillas... En otros tiempos, diríamos con cierta melancolía inevitable: «Las verán nuestros descendientes.» Ahora, que en diez ó doce años se cumplen tan portentosas transformaciones, decimos con certidumbre arrogante: «Las veremos.»

XXII

MUJERES

Actualidad y alta novedad: el Congreso feminista, que ayer terminó sus tareas, cerrándolas con un banquete de más de trescientos cubiertos y tres mil brindis, en el recinto de la Exposición.

No es el primero celebrado en Francia, ni aun en el período de la Exposición misma: allá en Junio ó Julio se reunió otro, llamado de «Obras é instituciones femeninas» y representante de tendencias más moderadas: del feminismo oportunista y con restricciones. Este, que ahora se cierra, tremoló la bandera radical; titulábase «Congreso de la condición y derechos de la mujer», y ha sido el primer Congreso feminista oficialmente aceptado por la Administración, subvencionado por el Consejo municipal de París, y en consecuencia, sancio-

nado por la nación. Las feministas francesas consideran el hecho, y no se engañan, un paso agigantado hacia la realización de sus ideales.

Han enviado delegados ó delegadas á este Congreso los Estados Unidos, Rusia, Rumanía, Bélgica, el Ecuador y Méjico. No es mucho, sobre todo si se compara con la afluencia de extranjeros al último Congreso feminista de Londres en Junio del 99. Alguien habló de delegados españoles; pero sospecho que de los congresistas yo fuí el único español, y no me había delegado nadie, sino mi propia curiosidad é interés por las cuestiones agitadas en el Congreso. ¿A quien se le iba á ocurrir, en España, enviar un delegado al Congreso feminista? Ni al mismísimo diablo. Ni al Gobierno, ni á las Sociedades, ni á los Cuerpos docentes, ni... Cuando digo que á nadie ¡vamos! Si lo sabré.

Quise que constase la que llamaré mi *autodelegación*. No venía á cuento falsificar la opinión española, haciendo creer al Congreso que alguien se preocupaba ahí de tales asuntos. Por iniciativa mía creo que cien Sociedades se hubiesen prestado gustosas á delegarme; por iniciativa suya... repito que jamás. Esta participación, negativa respecto á España, fué la sola que en el Congreso tuve, pues mi objeto era callarme como una muerta y escuchar y enterarme de lo que pasa en el mundo. Aprender, informarnos, es lo prudente en los españoles cuando salimos de casa. Y en cuestiones sociales, ¡tenemos tanto y tanto que estudiar!

Por otra parte, el sentido general de este

Congreso va, no diré más allá, sino en otra dirección que mis ideas generales referentes al feminismo. Alguien se ha quejado, y no sin fundamento, de que el Congreso, en conjunto, fuese un brote de socialismo. Ya hace años he protestado de que se identifique la causa de la mujer á ninguna causa política. Conozco en Francia gente ilustradísima, y aun ilustre, y amiga del progreso de la mujer, que de este Congreso diría pestes, por culpa de su carácter marcadamente socialista. La imposición política es funesta, y extravía hasta á los feministas resueltos. Por ejemplo, en los elementos avanzados del Congreso existía una corriente adversa á conceder á la mujer derechos políticos, fundándose en que la mujer es un elemento conservador, y su votación sería favorable á los reaccionarios. El color político de que han teñido este Congreso no tiene ni la excusa de ser una habilidad estratégica motivada por una alianza, pues las mismas iniciadoras y promovedoras del Congreso reconocen que los socialistas no les han hecho, hasta la presente, maldito el caso. Lo probable es que sea el ambiente socialista que aquí se respira, y que nace en las esferas oficiales, el que se ha infiltrado en el Congreso de un modo insensible.

¿Y el aspecto de ese Congreso de mujeres? (Concurrieron hombres, pero en corto número.) El aspecto; sí, las caras, el pelaje; lo único que ahí les interesa ¿verdad? Pues, hablando sinceramente, nada de particular; ni era una reunión elegante, ni un desgreñado *club*. Había muchas

señoras entradas en años y ancianas, pero no faltaban jovencitas; había mujeres con el pelo cortado, sin sombrero y con americana de paño grueso, y otras correctamente fundidas en la turquesa de la última moda. Clase social: la mesocracia modesta. En Londres, este movimiento lo llevan las *first class ladies*, condesas, duquesas, virreinas, como la del Canadá, Lady Aberdeen; aquí no. Tampoco en el estrado ni en los bancos creo que se sentaban eminencias, ni grandes artistas, ni europeas celebridades, pues á pesar del don que tiene París de divulgar pronto los nombres, supongo que, entre las congresistas *adictas*, sólo el de Severine habrá pasado la frontera del Pirineo.

Otra insigne escritora, mi amiga Madame Blanc Bentzon, conocida también en España, y que asistía, no tomaba parte. Uno de los muchos errores en que incurrimos es creer que esto del feminismo es cosa de literatas. Entre las más celebradas de Francia, varias son opuestas resueltamente al feminismo. Algunas lo profesan muy mitigado. Aquí el feminismo lo impulsan *mujeres capaces de escribir y de hablar en público*, más bien que *escritoras*, en el sentido artístico de la palabra. Hay muchas capacidades, un nivel medio de cultura, conocimiento del asunto, convicciones, perseverancia, unión—la base de un Congreso, de varios Congresos y de una propaganda activa. Chasqueado quedaría, pues, quien esperase debates brillantes, discursos monumentales, floreos, altercados gordos, *hule*, en fin. Nada de eso. Se

discutió yendo al grano, y prescindiendo de alardes de elocuencia; se plantearon las cuestiones del modo más directo y breve, y no se riñeron batallas campales, porque la oposición era muda y el espíritu dominante muy acorde. No fué preciso romper la campanilla. No hubo tumulto. No hubo exhibiciones personales exageradas. El mismo entusiasmo del proselitismo, real y ardiente, anduvo discreto. Desde este punto de vista el Congreso de las mujeres bien podría servir de modelo á los Parlamentos masculinos.

Se dijeron cosas oportunas, y á veces ingeniosas. Una señora, aburrida ya de tanto oir que el hombre rebajaría su dignidad si desempeñase las faenas domésticas, preguntó por qué ha de ser más humillante cuidar de un asado en casa, que de varios en un restorán, y por qué es peor barrerse el cuarto que lustrarle al teniente las botas.

No se abusó, sin embargo, de la chirigota y del humorismo. Como que apenas se hizo uso. Se habló con seriedad y lisura, y de problemas gravísimos. Los *votos* adoptados por la Comisión organizadora y sometidos á la discusión y decisión del Congreso pueden calificarse de formidables.

Comprenden los salarios, la evaluación del trabajo de la mujer en la familia, la duración del trabajo, su higiene, la igualdad de los salarios (á igual trabajo, igual remuneración), el trabajo en las prisiones y establecimientos de beneficencia, la situación del servicio domés-

tico, la modificación del traje de la mujer con arreglo á las exigencias de su trabajo, la protección al aprendizaje, el descanso y auxilio para las parturientas, la moral única é idéntica para ambos sexos, la educación integral lo mismo, la educación integral de las muchachas desde el punto de vista de la función maternal que han de cumplir, la supresión de la prostitución reglamentada, la reforma de las leyes civiles relativas á la constitución de la familia, la de las leyes pecuniarias en el matrimonio, la investigación de la paternidad, la reforma de la patria potestad, la protección al niño, la admisión de la mujer á las funciones y cargos públicos, la igualdad de derechos civiles y políticos. Bien podemos decir que nada se han dejado en el tintero las feministas.

Todo lo resolvieron en el sentido más radical. Pidieron mucho, una inmensidad, para conseguir algo, lo que puedan. El Congreso desea, y quiere, que el Estado dé ejemplo á los patronos, retribuyendo igual á la mujer que al hombre; que los sindicatos femeninos elijan á las inspectoras del trabajo; que las muchachas aprendan economía doméstica, higiene y agricultura; que todas sepan un oficio; que sólo trabajen ocho horas; que cobren el domingo; que se acabe de votar la ley de «asientos», hace la friolera de siete años presentada al Senado, para que las empleadas en el comercio puedan sentarse durante su labor, y no contraigan enfermedades horribles; que las criadas tengan sus horas de descanso, como las obreras; que

las embarazadas descansen quince días antes y cuatro semanas después del parto, con salario y asistencia; que al enseñar historia, los profesores ensalcen más á los sabios que á los guerreros, esto es pueril; que los programas de enseñanza sean cíclicos; que se funden granjas-escuelas especiales de la mujer; que se autorice la coeducación; que (fijarse en esta petición tan racional) los Notarios, Abogados, Procuradores y demás jurisconsultos y funcionarios jurídicos, desechen las viejas fórmulas, y escriban y redacten claro, de modo que las entienda el más lego... y me paro aquí, porque es tanto lo pedido, que necesitaría llenar otra columna.

El tiempo y la realidad depurarán la obra del Congreso... No la juzguemos: es una aspiración, mejor dicho, un volcán, un hervidero, un horno eléctrico de aspiraciones. Tan largo tiempo se ha legislado y vivido contra la mujer ó haciendo caso omiso de ella, que esta erupción de lava había de producirse. El siglo XX, que unánimes pareceres consideran llamado á cambiar del todo la condición de la mujer, tiene la palabra.

XXIII

AL DUQUE

Si no creyésemos que París es una gran Ciudad—en el sentido más enfático de la palabra—saldríamos de dudas al visitar su Palacio en la Exposición, donde el organismo urbano de París y la red de sus funciones se descubre mostrando su complicada variedad. Este Municipio es más que un Ministerio; es un reino.

A la orilla del Sena, frente á la calle de las Naciones, y mirando al Palacio de Italia, se alza el vasto edificio de la villa de París. En él se puede estudiar á fondo la manera de sanear, regir, vigilar, hermosear y engrandecer una urbe. Nuestro Municipio madrileño debía costear el viaje á los ediles presentes y futuros, y el Duque de Santo Mauro, que vendrá según dicen á asistir al banquete monstruo de los *maires*, tiene con qué entretener los ojos y llenar de apuntes útiles la cartera.

Lo primero que debe ver el Duque, á quien dedico este artículo, no por lo de Duque, sino por lo de Alcalde, son las dos salas del pavimento. El piso de Madrid, aparte excepciones, es todavía según lo describió Teófilo Gautier: hecho de guijarritos cuidadosamente puestos cara arriba por su parte más cortante. Un andaluz, en esto no hiperbólico, decía que en Madrid vamos pisando bocas de perros que muerden. Con pavimentos tales, la gente se hace sedentaria y perezosa, y el rico no sale del coche. El admirable piso de París infunde actividad y aficiona al ejercicio.

Digo, pues, que el Alcalde matritense podrá examinar en el Palacio de la Villa los métodos de *pavage:* el empedrado á rollo, el empedrado sobre arenas, el empedrado sobre betún, el asfalto, ya pasado de moda, y el entarugado, que es el porvenir. Verá las aceras de betún y cemento. Se enterará de que la Villa compra la madera de los tarugos y la prepara en sus talleres y se ahorra gastos, aunque rabien los contratistas. Aquí se exponen las máquinas de preparar tarugo y las muestras de maderas. Hay hasta caoba.

Examinará en seguida los procedimientos del riego de las calles, y los de alumbrado, por gas y electricidad; la capitalísima cuestión del agua potable merecerá su solicitud, porque realmente los madrileños son demasiado resignados en esta materia, y pasan sed ó beben barro y cuecen la comida y se lavan ó bañan en barro la mitad del año sin sublevarse. Sublévese el Al-

calde por los madrileños. ¡Hermosa sublevación! Aquí encontrará los planos en relieve de los conductos de agua que surten á París; de los canales y obras de traída; y, en estanquitos, comparará la limpidez y las condiciones de las diversas aguas. La exposición de los laboratorios municipales le advertirá—aunque es muy ilustrado el Duque—de los peligros que á la salud pública origina el agua con inmundicia. Admirará los sistemas de limpieza y despejo de las cloacas, y los servicios ya establecidos aprovechando el París subterráneo; como que por las cloacas van los tubos neumáticos y los cables telefónicos, que ahí estropean los tejados. Conductos de agua y alcantarillas: los dos polos de la salubridad en la corte. Los romanos lo sabían y lo practicaban. Sin los recursos que brinda la ciencia moderna, aquel pueblo insigne consiguió que sus manantiales y sus cloacas sean todavía admiración del viajero.

El Sena era otra cloaca antaño. Ya los líquidos de París no se derraman en el Sena sino después de filtrarse por el terreno y soltar en él toda la impureza, fecundizándolo. Ruego al Alcalde que, sin obligarme á ahondar en cuestión tan *shocking*, adivine lo que no digo, y se entere de lo mucho que omito y se relaciona con lo más indispensable al saneamiento de una población. De lo pestífero vienen las pestes. Relea el Alcalde de Madrid los estudios interesantísimos de Serrano Fatigati sobre las causas de la excesiva mortalidad en la capital de España, llamada allí *capital de la muerte*. Para hacer

comprender á todos lo que en esto se ha adelantado, hay en el Palacio de París cuadros y figuras que tienen su lado ultracómico.

Supongo que el Duque cargará la consideración en la Beneficencia. Combatir la miseria es otra manera de desinfectar, higienizar y despejar letrinas. Aquí no se ven mendigos.

Los poquísimos que tienden la mano no molestan, ni porfían, ni van sucios, ni enseñan llagas. En el Palacio abundan los modelos de asilos, los frutos del trabajo de los asilados. Le gustará al Duque la inspección de salubridad y de desinfección general, las estadísticas, los modelos de las grandes estufas, las muestras de telas y muebles fumigados sin estropearlos en lo más mínimo. ¡Y qué servicios de ambulancias; y qué procedimientos de vacunación! No ha mucho, los periódicos españoles nos informaron de que en Madrid arreciaba la viruela y faltaba vacuna. Aquí, el ramo que se conoce por *puericultura*—cultivo del niño—ocupa el primer puesto. No sé si el cáncer denunciado por Zola en su novela *Fecundidad* es tan extenso como el novelista supone; no sé si deliberadamente se impide en Francia que nazcan tantos seres; pero cuando viene al mundo la criatura se piensa en ella, se la atiende como á una planta delicada y preciosa. Ahí es frecuente oir que no se paga á las nodrizas en las Casascunas, ó que una nodriza tiene que criar á cinco ó seis pequeñuelos, matándolos de hambre.

No hablemos de las enfermedades de los Hospicios: caquexia, escrófulas, oftalmías. ¡Qué

desvelo aquí para evitar esos males! No diré que se haya llegado á la perfección; pero se adelanta, se mejora sin cesar. Hay que fijarse en el cuartito de aislamiento, dependencia del Hospital de la infancia, que expone la Villa de París, y en las máquinas incubadoras de niños, y las precauciones adoptadas para el uso del biberón, y la ropa, y la ventilación, y la calefacción... Sin olvidar la enseñanza, en la cual, como sabemos, se gasta cantidades fabulosas el Municipio.

Siguiendo el método que rige en toda la Exposición, y que consiste en presentarnos el estado antiguo á fin de que lo comparemos al moderno, la Villa expone una sala del hospital del Hotel Dieu, donde cinco ó seis enfermos se apiñan en una sola cama, como sardina en banasta, cabeza con pies y pies con cabeza: medio seguro de que se pegasen unos á otros las infecciones, y cada cual adquiriese lo que no tenía. Así se explica el terror al hospital, persistente en las aldeas y entre la gente humilde. Es la tradición, que les recuerda las ignominias y las torturas de esos establecimientos mortíferos. También se ve, de bulto, el trato dado á los dementes en los buenos tiempos de antaño: el infeliz desnudo, encadenado, en una mazmorra. Si no entraba loco, loco saldría.

Sería necesario escribir una docena de artículos para reseñar sucintamente todo lo que le importa ver al Duque. Y sólo un médico, un químico y un higienista eminentes serían capaces de explicar como se debe este Palacio, una

de las instalaciones más completas y científicas de la Exposición. Ciencia por todos lados: meteorología, análisis micrográficos del agua, el aire, el suelo, los alimentos; trabajos complicados de laboratorio para evitar adulteraciones, contagios y fraudes; la ciencia en la vida diaria, en la cesta de la cocinera, en el regazo de la madre, en la carreta del labrador...

El Municipio examina los alimentos, y realmente en París se come sano y bien, y no se oye hablar de intoxicaciones por latas descompuestas, leche artificial y setas ponzoñosas. Y cuentan que en París es enorme el consumo diario de setas y hongos. Pero en los mercados centrales los examina el Municipio, y sólo se permite vender los inofensivos. La inspección sanitaria veterinaria presenta en el Palacio un divertido Museo patológico comparado: huesos y carne de los animales comestibles; tejidos normales, tejidos degenerados y enfermos. Aprendemos á evitar que nos den gato por liebre. Otro aspecto científico del Palacio es el laboratorio de toxicología. Muchos crímenes se han descubierto en estas oficinas; entre ellos recuerdo el de un farmacéutico envenenador de su mujer, y que había usado, como del oficio, un alcaloide dificilísimo de comprobar. Se comprobó, sin embargo, después de investigaciones minuciosas. La justicia salió del fondo de las retortas y tubos del químico.

Todo lo dicho no es sino parte de lo que recomiendo al Duque y asimismo al señor Gobernador de Madrid. Ni aun en estilo de in-

ventario me cabe aquí la policía—la policía, el misterio parisiense. En esta ciudad de millones de almas, donde confluyen delincuentes y viciosos para ocultarse ó para tener campo abierto; donde la concupiscencia se exaspera ante el lujo—, para que la criminalidad disminuya, como va disminuyendo, para que la seguridad no sea una irrisión, para que no se cometan diariamente centenares de atentados, ¡qué ruedas y qué agallas ha menester la policía! El prefecto de policía de París, siempre me ha parecido un gran general. Hoy se me figura un Napoleón.



XXIV

BELONA

Al aproximarse la clausura de la Exposición se siente pena; ¡cuánto edificio sentenciado á desaparecer! Uno de los más importantes y hermosos, el pabellón de los *Ejércitos de mar y tierra*, donde se expone el gran quebradero de cabeza de los Estados modernos. En medio de la serenidad de este pacífico certamen, del bullicio y la alegría estrepitosas de la Feria, el blanco Palacio de Belona y el rojo y sombrío torreón de Schneider, con su enorme cañón apuntado, profieren doble y siniestra amenaza. Nos recuerdan la Fuerza, ley terrible á que vive sometido el mundo, y de la cual seguramente, en una ó en otra forma, no logrará emanciparse.

Nunca se habrá visto reunido tan vasto Museo militar como aquí. Moderno y retrospectivo, tierra y mar, todo cabe en el palacio, y la

instalación aparte de Schneider, la manufactura del Creuzot, no es sino un rasgo de coquetería bélica de la nación francesa, emulada por el pabelloncito de Rusia. La arquitectura del Palacio corresponde á su objeto: tiene reminiscencias de fortaleza; la circuyen almenas y la guarnecen torreones. La portada, que da al río, es de imponente carácter, con su recia barbacana, sus cortas y robustas columnas, sus estatuas ecuestres de paladines, sus puertecillas laterales cuyo dintel soporta un león, su franja de escudos cercando el tímpano, y sus figuras de guardianes á pie, armados de punta en blanco. Las escalinatas, los pabellones al costado, ofrecen el mismo sello de nobleza. ¡Lástima grande que no estén labrados en granito! A la vuelta de dos meses, este edificio (que recuerda, en vastas proporciones y desarrollo, la encantadora torre militar de Belén en Lisboa), será un hacinamiento de ripio y cascote.

Dada la situación especialísima en que se encuentra Francia desde la guerra de 1870, se supone que no había de dormirse tratándose de ciencia militar. No tengo competencia para decidir si Francia aparece á mayor altura en este ramo que su natural enemigo, que ya casi va dejando de serlo, el Imperio germánico; y, por otra parte, del estado *actual* del armamento y aprestos de guerra alemanes poco averiguaríamos en la Exposición, pues Alemania ha tenido buen cuidado de no enviar sino lo ya conocido, reservándose celosamente, como el

sultán la odalisca predilecta, todo lo nuevo. En Francia, á pesar del forzoso retraimiento oficial, hay deseo de aparecer con el lucimiento posible.

Una de las iniciativas particulares de Francia es la Sociedad de Municiones de Caza, Tiro y Guerra. Esta Sociedad tiene su Museo retrospectivo, que empieza en el fusil de chispa, con objeto de que resalten los cartuchos de precisión que se fabrican ahora. No esconde ningún modelo la Sociedad: su carácter extraoficial le permite publicar las últimas novedades en cartuchos, petardos, mezclas detonantes y demás amenidades destructoras.

Francia, en efecto, se vale de un subterfugio: el Gobierno, ó mejor dicho, el Ministro de la Guerra, no es expositor; si lo fuese, no consideraría lícito presentar el nuevo material, y tendríamos (tendrían los aficionados, quiero decir) una Exposición militar anticuada. ¡Se hacen antiguas tan pronto esas formidables máquinas que cuestan á los pueblos toda la sangre de las venas! Recuérdese lo dicho de los automóviles; considérese la marcha acelerada de las ciencias, de la mecánica especialmente... y vendrá un desaliento profundo. ¡Inventar, fabricar, consumir millones de millones... y saltar otro invento que inutiliza el anterior! Ni en Guerra ni en Marina es posible hoy detenerse un segundo. Guerra y Marina realizan el mito del judío errante.

También en Guerra el automóvil está llamado á hacer una revolución. Como los globos,

como los reflectores eléctricos, inmensos ojos de negro cerco y lumínica pupila—ojos de buitre, en la Exposición apagados, pero que nos miran con glacial desdén, recordando á los españoles horas luctuosas—, el automóvil es una máquina militar. En el ejército alemán se practican actualmente reiterados ensayos de automovilismo. Inglaterra ha surtido de automóviles á sus tropas del Transvaal. Así se han ahorrado caballos y mulos. Aseguran que, merced al automóvil, queda resuelto un gran problema militar: el de los transportes. Habrá que verlo.

Los cañones siguen progresando. No se adivina dónde van á detenerse el tiro rápido y el alcance. Ya existe un modelo, no francés, sino yanqui—idea de aquel pueblo que, como creo recordarán mis lectores, no era sino un hato de tocineros y no sabía de cosas militares—que alcanza (el cañón) treinta y cinco kilómetros; de suerte que Inglaterra y Francia, con el tal modelito, podrán bombardearse de costa á costa muy á gusto sin necesidad de pasar el estrecho; aunque no falta quien considere de puro lujo este cañón, por la imposibilidad de apuntar y por la curvatura de la tierra.

Como los profanos en arte militar sólo en conjunto apreciamos la importancia de lo que cada nación expone, no entro en detalles. Rusia, la aliada de Francia, se ha presentado aquí armada hasta los dientes y con gran aparato bélico. En ingeniería militar, en sanidad, en alumbrado eléctrico de campaña, en material de artillería, en aerostación, en modelos de

buques de guerra, cruceros, acorazados y torpederos, Rusia trae mucho y muy bueno. No contenta con lo expuesto en el Palacio, tiene de añadidura un pabellón especial, donde exhibe los productos de sus fábricas de armas y de las escuelas militares rusas.

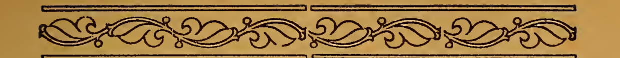
Alemania, aunque oculta el ojo del boticario —lo fresquito de la fábrica de Krupp, eterna rival de Schneider y de esos célebres hornos del Creuzot, memorables en la historia del socialismo—, presenta notables muestras de ingeniería naval. Inglaterra sostiene bien aquí su pabellón, bastante decaído en otras secciones, con los proyectiles y armamento de Birmingham. Si interpretamos lo que esconde y lo que luce cada nación, leeremos en sus intenciones como en un libro. Por ejemplo: Alemania cree hoy que su porvenir está en la Marina; desea convertirse en potencia colonial y se consagra á ello. No sólo construye para sí, sino que sus astilleros surten á varias potencias, y los periódicos se fijan en que, por curiosa coincidencia, del más bonito y rápido modelo del crucero torpedero que exhibe Alemania, construyó cuatro ejemplares para la China.

Horas después de mi visita al palacio de la Guerra, me decía un escritor de altísimo vuelo, patriota á su manera seria y ática, que las naciones de expansión subyugan países á fin de encontrar mercados para la industria y la producción nacionales, y lo primero que venden á los países subyugados son armas con que se emancipan ó se defienden. Los chinos ya

no pelean como en tiempo de Palikao, armados con dragones de cartón. Los boers sorprendieron á sus invasores, apuntándoles con los cañones de tiro rápido que he visto en el pabellón de Schneider. No hay nación, cualquiera que sea el enigma de su porvenir, que no trate de perfeccionar su ejército y marina. Ya que cuestan tanto esos dos organismos, que sean fuertes y pujantes. Aparte de las grandes naciones militares, Rusia, Alemania, Francia, Inglaterra, otras de menor importancia, como Turquía y Austria-Hungría, hacen en Guerra excelente papel. Hasta Portugal—que (después de tanto burlarnos de *O terror dos mares*), hoy posee una Marina superior á la nuestra—se presenta bien en el pabellón de los Ejércitos... Y ahora, un párrafo seco, lo menos adjetivado posible. Suponía yo que España habría expuesto, pero no encontraba la instalación por ninguna parte. Di dos vueltas á la manzana, y acerté. El envío de España es una cristalera como de tres metros de alto, y en sus tres estantes se acomodan tres roses, doce condecoraciones y quince ó veinte puños de espadas y sables de honor. A derecha é izquierda de la cristalera, dos mapas con los uniformes del ejército español, entre los cuales figuran todavía los que usaban nuestras fuerzas en la isla de Cuba.

...??

Nada más. ¡Ah! Se me olvidaba. Las condecoraciones y puños de espada que exponemos no son de fabricación española. Ni sombra de comentario.



XXV

NATURALEZA... CON ARTE

Llueve; los días de lluvia están tristes los demás Palacios, pero los de horticultura se esponjan y refrescan, desperezándose en el húmedo ambiente. Es día de concurso ó certamen de flores—uno de los doce que comprende la Exposición—y acaban de colocar en sus casillas millares de rosas, para disputarse el premio, los grandes *rosistas* de Francia.

He dicho que en esta Exposición están muy equilibrados los elementos de la cultura humana y de la civilización moderna; y como la vida campestre es uno de los ideales del siglo, y á cada paso nos ponemos más en contacto con la Naturaleza benéfica, dulce y reparadora, vamos influyendo en ella, como ella en nosotros. La exhibición de flores y frutos que admiro, es victoria del arte sobre la Naturaleza; es también, en su género, obra artística.

Tanto lugar ocupa en el recinto de la Exposición la jardinería propiamente dicha, que aparte del terreno reservado á las instalaciones y atracciones y el que necesita el público para circular con desahogo, la Exposición es toda ella un jardín, ó serie de jardines primorosamente cuidados, donde crecen las plantas más extrañas y nuevas. De estos jardines, muchos tienen trazas de parque inglés, y verdaderos parques son con sus *pelouses* de hierba avelludada y sus añosos árboles: á este tipo corresponden los del Trocadero, y naturalmente los espaciosos del anexo de Vincennes. Los del campo de Marte han sido diseñados con arreglo al gusto clásico de Francia, esa regularidad y esa grandiosidad que hizo célebres á Le Nôtre y Quintinie: estilo *versallesco*. Los que rodean los Palacios grande y chico y se extienden formando las secciones de Horticultura y Agricultura al aire libre, son mezcla de ambos géneros: el del paisaje natural y el del jardín geométrico y sometido á tijera.

Un dineral han debido de costar estos jardines, merced á los cuales la Exposición, que podía ser erial polvoriento, es un Edén, y á pesar de recibir diariamente en su seno de trescientas á quinientas mil personas, tiene rincones solitarios y apacibles, con sombra, perfumes y pájaros, que bajan alegres y confiados á picar las migajas del panecillo ó de la *brioche*. Todas las plantas son de primera, bien formadas, fuertes; los viveros de la Villa y los de los horticultores suministraron lo mejorcito de sus re-

servas. Se han trasplantado árboles centenarios, patriarcas ya; no temerían ellos que nadie se atreviese á andarles con las raíces. No son masas uniformes de verdor lo que se ha obtenido hacinando plantaciones: son habilísimos efectos de colorido, por medio de los tonos del follaje, amarillento, rojizo, de un verde manzana ó sombrío, casi negro. Las formas peregrinas de ciertos árboles, piramidales ó colgantes, se han aprovechado para realzar el conjunto. Tablares de flor, regados y renovados incesantemente, recaman, con sus colorines, el campo suave é igual como felpa. Estatuas, surtidores y bonitos estanques lo adornan. Con tanto como hay aquí que admirar, no se quedan atrás los jardines.

A pesar de que profeso antipatía á las construcciones de cristal y hierro, me gustan los palacios estufas de Horticultura y Arboricultura, por su forma, tan en armonía con el objeto que llenan. Cada uno de los inmensos invernaderos mide sesenta metros de longitud y veinticinco de anchura. Las hornacinas salientes que presentan las fachadas les quitan monotonía. Vistos desde la orilla de enfrente, donde se alzan los pabellones de las potencias extranjeras, á la hora en que se pone el sol y comienzan á encenderse las mil iluminaciones con que la Exposición se engalana á diario, reflejadas en el ancha y majestuosa corriente del Sena, surcado por los raudos vaporcillos, los palacios de vidrio centellean con transparencias acuáticas. Cuando los ilumina la electricidad,

interiormente, con mil globos, parecen grutas submarinas, morada de alguna deidad mitológica.

En el interior, de elevadísimo techo (lo que molesta en las estufas es que son ahogadas y bajas), se han formado platabandas donde sólo se ve flor, un tapiz de flor encendida y fresca. En las rotondas, palmeras gigantes. Las flores se renuevan incesantemente; cada estación ofrece las suyas, y como por magia, aparecen hoy los crisántemos, donde ayer deslumbraban con sus tonos vivos las reinas margaritas. El día de la fiesta de la Horticultura quedaron arrasados los Palacios de cristal. En veinticuatro horas volvieron á cubrirse de flores abiertas, simétricamente puestas; fué un *coup de theâtre.*

Uno de los Palacios, el que acabo de recorrer, el verdaderamente maravilloso, es el francés, donde exponen estos floricultores que cada día producen nuevas variedades y las bautizan y las difunden por el mundo, y estos horticultores de las cercanías de París que cultivan intensivamente, y cuando arriendan un huerto se llevan en carros la tierra, el *humus*, donde obtienen cosechas triples. Al otro lado, pasado el acuario, que no he visto aún (¡es tanto lo que hay que ver!), el palacio mellizo lo ocupan las naciones, el Japón, Austria, Inglaterra, los Estados Unidos, Alemania, Rusia, los Países Bajos, Italia, Hungría, Mónaco, Bélgica, Méjico. Nosotros en esta sección no estamos representados. ¡A no ser que considere-

mos representación nuestra las naranjas de Valencia... cultivadas y expuestas por los yanquis! Dos columnas altísimas, que revestidas de naranjas parecían dos estelas de oro, me recordaron aquellas de nuestro escudo, las del *Plus Ultra*...

Sin ir tan lejos, con sólo el Palacio de Francia, yo, campesina de afición y algo botánica ya por contagio, pues en la Granja de Meirás siempre se han cultivado esas flores raras que agradaron ahora á la joven Princesa de Asturias, cuando se las ofrecimos, tengo bastante para no saber hacia dónde mirar y para desear comprar lo todo... si eso pudiese llevarse en el baúl.

Pensando en los bosques primitivos, las desabridas frutillas que da la Naturaleza en nuestras regiones occidentales cuando no la beneficia el cultivo, me paro ante las frutas expuestas, no menos hermosas que las flores. Las uvas son un pasmo. Racimos gigantescos, semejantes á los de la tierra de promisión: sanos, limpios, tersos como si fuesen de cristal ó de cera, y con cada uvaza del tamaño de un huevo de gallina chiquito (no hay en esto exageración alguna, y apelo á todos los que los han contemplado). Colosales también las peras tempranas, las manzanas tempranísimas, las claudias y ciruelas verdes, amarillas y negras, del grueso de melocotones; las grosellas, las pavías, las fresas, los cascabelillos, las frambuesas perfumadas. Lástima no ser del Jurado para probar; porque, ¿qué se sabe de una fruta si no se prueba? ¿Quién las ve así, en platos, al alcance de

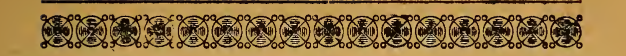
la mano, y no siente la tentación de cogerlas y saborearlas? Estoy segura de que, á pesar del orden, de la formalidad y del respeto con que aquí marcha todo, á la tentación habrán cedido muchos. Veo, en los platos, vacíos. Veo niños que devoran con los ojos esas golosinas naturales y deliciosas, y oigo sus frases suplicantes, sus grititos de admiración y codicia. No respondo de la probidad de las madres en caso tal.

¿Qué decir de las hortalizas, berengenas, pimientos, melones, sandías, remolachas, patatas, coliflores, judías y tomates? La enumeración parece asaz vulgar; se diría que estoy vaciando el cesto de la compra... Pero, ¡qué asombro de tamaño, color y lozanía! Las berengenas relucen como jaspe; las coles y coliflores están más rizaditas que el pellico de un San Juan; los tomates, coral puro; hay remolachas del color del granate; hay judías y tirabeques que brillan como raso. Es el cuerno de la abundancia derramando sus dones; es el canastillo de Pomona que encierra, además de las pomas, las producciones del huerto de Vertum no, sabrosas y saludables.

En días de concurso, son las rosas el talismán del Palacio. El aroma de tantas, mezclado y confundido en uno solo, hace de la galería vítrea enorme pomo de esencia. Estas exposiciones de rosas cortadas, que al segundo día presentan aspecto triste, lacias y marchitas, son el primero una magia. Y debe decirse, en tributo á la verdad, que á los rosistas franceses

les hacen temible competencia los del ducado de Luxemburgo.

Me entretengo en leer los nombres de las rosas. Cada año aparecen muchas variedades, y las bautizan los rosistas con nombres y apellidos de las notabilidades actuales. Con rosas está escrita la historia del arte, de la guerra, de la política, de la moda. Desde que las tristezas de la emperatriz Josefina se significaron en la pálida rosa, *recuerdo de la Malmaison*, ¡cuánto dramático destino y cuánto suceso expresado en una flor que dura horas! En las novedades de este año veo la *Alianza franco-rusa*, rosa amarilla; el heroico *Comandante Marchand*, rosa carmín y anaranjada; la *Condesa de Baidi*, amarillo canario; la *Princesa Troubetzkoi*; otra *Francia y Rusia*, rojo carmín; la *dulce reinecita de Holanda* (textual), amarillo narciso brillante; y otras de no tanta actualidad, como la que lleva por título *Estefanía y Rodolfo*... El rosista quiso unir esos dos nombres en una flor, fundir esas dos almas en un perfume... pero el destino se lo opuso, y sólo en el cáliz de la rosa té que estoy mirando se han enlazado tiernamente *Estefanía y Rodolfo*.



XXVI

ATRACCIONES

Estos días se habla mucho de ellas, porque han amenazado con declararse en huelga si no se atienden sus reclamaciones, dándoles satisfacción cumplida. Y declaradas en huelga las atracciones, cuentan con que la Exposición será un farolillo á la veneciana apagado; que la gente no acudirá por no encontrar dónde divertirse y pasar el tiempo, ni matar el hambre, pues los *bars* y restoranes se han asociado á la protesta.

¿Qué son las *atracciones?* Llámanse así los espectáculos de pago que en el recinto de la Exposición se encierran. Son, realmente, la *Feria*, mientras lo que se ve de balde constituye la *Universidad.* Los incautos y frívolos caen de patitas en las atracciones y no saben despegarse de ellas; los que se proponen aprovechar la

estancia en París y llevar al marcharse ideas y conocimientos que no traían, esos frecuentan las aulas y evitan los espectáculos. Nadie que haya sabido *mirar* la Exposición, ignora que el tuétano es sabroso y la corteza vana. Declárense en huelga las atracciones; sólo los papanatas perderán.

Sin embargo... No decidamos tan de plano la cuestión. Hay de todo como en botica en esto de las atracciones. Son muchas y muy diversas. Algunas, pura engañifa. A título de primer *castaña*, citaré el famoso *Castillo al revés*, construcción en que las chimeneas y la techumbre descansan en el suelo y los cimientos miran al cielo. El empresario de este edificio patas arriba, que puesto como Dios manda sería bonito, ha hecho el gran negocio. Dado que el espectáculo, llamémosle así, está al exterior, todo el que pasa por la *rue de París* lo ve sin soltar un céntimo, y ¡claro! es milagro que entre nadie.

Sigue el *Gran Guiñol,* palacito semichinesco, donde se representan farsas, se cantan cancioncillas y se hacen proyecciones con acompañamiento de fonógrafo. Después la *Gran Rueda*, donde (ya lo saben los lectores) se corren peligros que erizan el cabello; el *Acuario*, debajo de los palacios de arboricultura y horticultura, donde se ven buzos con su escafandra, sirenas de alquiler y de guardarropía, pulpos de muy mal humor y cangrejos nostálgicos; la *Casa de la Risa,* función para chicos (marionetas, sombras chinescas, *Pierrots*), y lo que hace más de catorce años era novedad

en el diabólico *Gato negro:* la epopeya de Napoleón, dibujada por el ingenioso Caran d'Ache.

Sección aparte, de *atracciones* españolas: la *Feria*, unas cuantas españolitas á quienes roban el sueño los laureles de la Otero (y el consiguiente estofado) y que bailan con mantones de Manila y claveles en el moño; una orquesta de guitarras y bandurrias; la *Andalucía en tiempo de los moros*, con su Giralda, sus patios y su mezquita, unos empleados de pésima educación, que para mayor color local molestan al público en vez de atraerle, y un circo con pretensiones de plaza de toros, donde, el día que yo visité la tal *Andalucía*, funcionaba un elefante sabio... (no procedente de ninguna Corporación científica de Madrid). Hay que decirlo: la reproducción de la *Giralda* es perfecta.

No olvidemos, ya que de atracciones exóticas se trata, el *Panorama transiberiano:* dentro de un tren de mucho lujo—parado por supuesto—cruzan decoraciones que representan las selvas y los ríos y las estepas del Asia rusa; no está mal hecho y causa cierta ilusión de viaje. Otro efecto de teatro es la *Aldea suiza*, en la cual, dejándose de panoramas, reprodujeron de relieve casas, torres, chalets, ventisqueros y valles. Esta atracción merece la visita. Hasta huele á Suiza: como que huele á establo. Los trajes de las aldeanitas son pintorescos. La hierba y los árboles, de verdad; y un salto de agua, cascada de más de veinte metros de altura, hace girar la rueda del molino. En

la aldea suiza trabajan, á vista del público, relojeros y escultores de objetitos de madera; venden leche, hacen queso, y allí se entretiene agradablemente una hora de la tarde. Lo único que no debe verse es el diorama, caro y sin mérito alguno. Para que la noche envuelva las montañas, han ideado una cosa sorprendente: apagar la luz. También Calino tiene su rinconcito en la Exposición.

No se me queden en el tintero los *Fantoches de Holden*, diversión propia de la feliz edad en que todo es color de rosa, menos los azotes y el ayuno á pan y agua; ni los *Bons hommes Guillaume*, poco mejores que los *Fantoches;* y no pase inadvertida la infinita serie de panoramas y dioramas, de los cuales está realmente inundada la Exposición. Bien mirado, el mayor número de estos panoramas cumple, aun sin pretenderlo, fines educadores y científicos, tendencia dominante en el conjunto de las atracciones que con fidelidad reproducen el aspecto de países lejanos y comarcas desconocidas, ó vulgarizan inventos y descubrimientos y familiarizan al público con las conquistas de la ciencia. Los recreos basados en el fonógrafo, el cinematógrafo y los juegos de la luz eléctrica, son entretenimientos de laboratorio, y se aplican muy á menudo á la enseñanza de nociones útiles. Con el cinematógrafo exhiben sus métodos escolares los Estados Unidos en la Sala de Fiestas, y con las proyecciones luminosas se ven los microbios del agua y la estructura de la luna, en el palacio de la Optica.

No desdeñemos, pues, indistintamente las atracciones.

No se puede dar un paso sin encontrar diorama ó panorama. El dė la *Vuelta al mundo* ofrece la novedad de que sobre el fondo del paisaje correspondiente á cada país, indígenas verdaderos, de carne y hueso, son figuras del cuadro. El *Estereorama movible* es digno de mención honorífica entre los espectáculos de su clase. Produce la ilusión perfecta de la realidad, sobre todo á segunda vista.

En el primer momento no parece nada; ¿qué nos enseñan? Un trozo de mar, unas montañas en el fondo, un barquito... A los cinco minutos nos damos cuenta de que esa misma sencillez de la impresión dimana de la intensa apariencia de verdad que el cuadro reviste. La luz cambia: vemos amanecer, brillar el sol y caer lentamente la tarde, tiñendo de violeta las olas. Y creemos hallarnos sobre el puente de un navío, y que el mar huye bajo nuestros pies, y se difuma en lontananza la costa.

Otros panoramas—tres lo menos—nos muestran al mundo antes de la aparición del hombre, y reconstruyen el período plutónico, en el que nuestro globo era una bola incandescente que empezaba á solidificarse, y la flora y fauna de los períodos carbonífero, jurásico y triásico; los reptiles de pesadilla, los monstruosos cuadrúpedos y la vejetación extraña de las primeras edades de la tierra.

En la atracción llamada *Mundo subterráneo*, donde se ven reproducciones de grutas céle-

bres, hallo bastante interesantes esas escenas á lo Julio Verne. No digo que sea rigurosamente exacto todo ello, por más que se funda en investigaciones científicas; pero digo que es enseñanza para la multitud, y sólo el hecho de que niños y mujeres comenten la estructura rarísima del plesiosauro y el ictiosauro, y se den cuenta de las evoluciones geológicas, algo significa. Así como en la Edad Media las catedrales, por medio de la imaginería y de la pintura, enseñaban al pueblo los rudimentos de la teología, hoy, con estos panoramas, la gente adquiere un baño científico, todo lo superficial que se quiera, nunca inútil.

He podido observar este beneficioso resultado de las *lecciones de cosas*, no sólo en los panoramas, sino en el *Hipogeo egipcio*, donde se exhiben las sepulturas y los procedimientos de momificación; en el *Palacio de la Optica*, en la *Exposición minera subterránea*, en la *Reconstrucción de Jerusalén*, que se encuentra en el pabellón de Turquía, en el *Diorama del Sahara*, el de la *Misión Marchand*, en los dioramas de las *Colonias francesas*, estos últimos gratuitos, como son gratuitos también los panoramas de las *Misiones* católicas, los de Suecia y Noruega y Rusia, el del Club alpinista francés... y no cito más, porque sería no acabar nunca.

Me siento indulgente hasta para el mareorama, donde la gracia consiste en sufrir náuseas, y para el cineorama, que causa la angustia peculiar de las ascensiones en globo. No juzgo tan severamente como suele ser juzgada la

vasta atracción, frustrada casi, porque siempre se ve solitaria, del *París antiguo*, ni desdeño el rutilante *Palacio de cristal* ó *luminoso*, hecho todo de pedazos de vidrio y conchas marinas de vidrio también, y que de noche es fantástico; y sólo he sufrido verdadera decepción en el que llaman *Palacio de la mujer*, que con tan sugestivo nombre no encierra nada que justifique la visita y el franco y medio que en la taquilla cobran. Esperaba yo de ese Palacio maravillas, y es, de seguro, lo más vacío, lo más insignificante de toda la Exposición, con su teatrillo donde se cantan canciones propias del último *beuglant*. ¿Cómo habrán permitido las feministas que á este chasco se le llame *Palacio de la mujer*?

Ahora me explico por qué, en vez de traernos á este Palacio, el Congreso de la mujer nos llevó al del *Traje*, por cierto interesantísimo. Resumiendo las verdaderas atracciones, diré que son cuatro: la *Casa Suiza*, el *Palacio de la Optica*, el del *Traje*, y el *Teatro Loie Fuller*, con la compañía japonesa. Lo demás, aunque algo puede enseñar, y otro poco entretener... como decía un viajero andaluz... pamplina para los canarios.



XXVII

ARTE ANTIGUO

En ese Palacio chico que se lleva la palma de la arquitectura, y que todos citan como modelo, está alojada la exposición de arte retrospectivo francés, la cual comprende todas las épocas, desde las primitivas hasta principios de nuestro siglo, deteniéndose con suprema coquetería en el mejor momento, el más nacional, el período dieciocheno, en que Francia expresó plenamente, por medio del arte, sus eminentes cualidades de buen gusto, de cultura y de elegancia.

Forman las colecciones del Palacio chico un Museo riquísimo y completo. En muchos años, Dios sabe cuántos, si es cierto que esta Exposición universal va á ser la última, no se verán ya reunidas las preciosidades que aquí se han juntado. Dispersas en arrinconados Museos de

provincia, ocultas en tesoros de catedrales ó de iglesias de villorrio, se necesitaría viajar largo, y por sitios poco atractivos, para admirar á costa de gastos y fatigas lo que aquí se puede ver en tres horas y por el precio del ticket de entrada, que estos días ha subido (no hay que asustarse) cinco céntimos. La inteligencia de los organizadores no perdonó detalle, y por la acertada disposición del edificio, la mucha luz y la hábil colocación de los objetos, es fácil su estudio; no se sufre ese género de mareo ocasionado por los Museos de salas demasiado extensas, con escaleras interminables, de pesadilla, que rinden el cuerpo y preparan mal el espíritu al goce de la belleza.

El Museo del Palacio chico es racional: todo á planta baja. Numerosos bancos permiten reposar de tiempo en tiempo. Es preciso fijarse en este sistema para no incurrir en construcciones molestas, que dejan al que las visita y recorre como si le hubiesen administrado una paliza. En los Museos, el que siente algo, el que percibe lo hermoso, gasta energía, pierde flúido, y á las dos horas está medio muerto. Doble necesidad de hacer Museos cómodos, rientes, sin tanta escalera y escalinata y pasillo y vestíbulo que no se acaban nunca, con asientos que permitan reposar y consultar el catálogo ó tomar notas, ó detenerse quince minutos frente á la obra predilecta.

En hueso y marfil, dípticos, trípticos, espejos, arquillas, estatuitas; en hierro, espadas, armaduras, llaves, cerraduras, cerrojos, facis-

toles, verjas; en bronce y cobre, ídolos y utensilios; en cerámica, cacharros, lozas, porcelanas; en talla, arcones, contadores, sillones, sillas de coro; en cuero repujado, cofrecillos y encuadernaciones primorosas; en orfebrería, las bárbaras joyas de la época de Carlomagno y Meroveo, los cálices y copones, incensarios y cruces procesionales, de arte más refinado ya; los relojes, estuches, cajitas y monerías del pasado siglo. En tapices, muestras de la fabricación francesa de Arras, los Gobelinos, la Savonnerie, Beauvais. En la especialidad nacional del esmalte relevado y plano, lo infinito, de Limosín, de Limoges, de otras marcas célebres. En monedas y medallas, un caudal. En miniaturas sobre vitela, códices iluminados y misales, algo muy hermoso, aunque no comparable á lo que he visto en el palacio de Chantilly, y que considero lo mejor de cuanto puede admirarse en su género.

Esta riqueza aparece perfectamente clasificada por orden cronológico y por materias; la Edad Media, el Renacimiento, los reinados de Enrique IV, Luis XIII, Luis XIV, la Regencia y los estilos característicos Luis XV y Luis XVI, se agrupan con armonía en salas especiales. Alguna de ella tiene el encanto de hacernos olvidar que estamos en un Museo y creer que nos hemos sentado á esperar que pase la corte en algún saloncito de Trianon.

A la entrada del Palacio, lo primero que vemos son las armaduras procedentes del Museo de Artillería y los tapices facilitados por el

opulento guardamuebles de París. Trineos y sillas de manos lucen sus dorados, sus tallas, sus forros de seda *capitonés* y sus alegorías mitológicas. De sala en sala, como no todo ha de citarse, noto lo que más me sorprende ó lo que despierta recuerdos históricos más vivos. Y en este número se cuentan las inestimables joyas de arte, expuestas por diferentes miembros de la familia Rothschild, que es una dinastía de coleccionistas, en quienes la inteligencia se eleva á impulsos de la palanca más poderosa: el dinero.

Los Rothschild no compran sino lo muy bueno, lo muy artístico, lo muy raro, y, por consecuencia, lo carísimo. No amontonan. Escogen, fundados en el seleccionismo del millón. De España se han llevado curiosidades únicas, por medio de Salcedo quizás.

Aquí descuellan, entre un sinnúmero de esmaltes, dos cofrecillos de Alfonso Rothschild. Son dos maravillas, una decorada con amorcillos, puro Renacimiento; otra de asunto religioso, gótico. Los remates de bronce de las dos cajas no desmerecen del esmalte. No llegan, sin embargo, estos cofrecillos al célebre esmalte conocido por «Godofredo el Plantageneto», y que es un retrato esmaltado de este paladín, pieza soberana, expuesta, creo, por primera vez. De la cerámica de Oyrón, de la cual se conocen en el mundo contadísimos ejemplares, los mejores—recompuesto alguno de ellos mañosamente—los Rothschild los apandaron. Por un cacharrito, una copa ó una jarra de esa loza

que no se encuentra, pagaron cientos de miles de francos sin regatear. Argumentos de tal naturaleza convencen siempre.

«La Baronesa James de Rothschild presenta, en una vitrina, sólo veinte cajitas de rapé. Pero ¡atención! esas veinte cajas no tienen rival. Son las mejores, con gran supremacía, de todas las cajas de rapé que existen. La Exposición está salpicada de cristaleritas atestadas de cajas de Luis XV y Luis XVI. Las hay en los Museos centenales, en gran número, y muy bonitas. Sin embargo, el que quiera saber qué es canela, mire las de la Baronesa Rothschild. No porque alguna esté toda incrustada de pedrería; por su valor artístico é histórico. Entre ellas se cuenta la famosa de Versalles, de esmalte translúcido. Las más interesantes fuentes de Bernardo de Palissy, el alfarero genial que trajo á Francia las corrientes italianas, de los Rothschild también. Es preciso apuntar en la cartera, á la inglesa y en estilo telegráfico: «Si vuelvo á París no omitir visitar colecciones Rothschild.»

Los retratos de damas en las salas de Luis XV, no me parecieron muy notables. Son bonitos y delicados, porque bonita y delicada es en general la época á que corresponden. A algunas de estas damas, y no las más hermosas por cierto, les colgó el pintor á la espalda las alitas de Cupido. De los muebles de Boule hay que decir que son exquisitos. La sala, con sus retratos de empolvado pelo y guirnaldas de rosa, con su mobiliario Pompadour, parece que sólo espera

á que se enciendan las bujías para el sarao. Y causa extraña impresión ver, en una vitrina, la cabecita de María Antonieta, un busto en mármol, cortado por el cuello. ¿Es casualidad? ¿Es que alguien, á propósito, no bastándole la guillotina, decapitó en efigie á la desdichada reina?

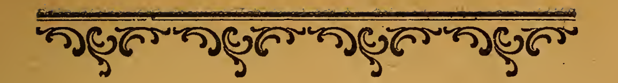
De las esculturas del siglo XVIII, me fijo en un busto de Houdon, el de su hija Sabina; en una estatuilla de Voltaire, parecido á un simio con peluca enorme de rizos y gorro ruso de piel (éste sería obsequio de su amiga la Semíramis del Norte); en una soberbia cabeza, de barro, muy realista, de Falconnet; en los deliciosos grupitos de Clodion; en la sorprendente y enérgica testa de Barnave, de Houdon también; y aun después de haber contemplado las veinte cajitas de la Baronesa, me atrae una cristalera que contiene cien *carnets* ó libretitas de baile del siglo XVIII. Cuando pienso en el carácter de vulgaridad que nosotros hemos impreso á ese objeto, tan poético por su destino, en el cual á veces, con el número de un vals, inscribe la mujer la ilusión de su vida entera, me admiro de la gracia y la riqueza de imaginación del siglo que creó esas cien fruslerías seductoras, todas diferentes, con emblemas, rótulos y dibujos alusivos al amor.

En abanicos no veo nada que me asombre, á pesar de que expone Enrique de Rothschild. Un reloj muy singular: es un órgano, y tiene al pie una orquesta de monitos y de muñecos de porcelana. Su caprichosa traza se explica al saber que perteneció á la Duquesa de Maine, la anto-

jadiza, la insaciable de distracciones, de cosas nunca vistas y con las cuales engañaba las ansias de la no satisfecha ambición.

Si me entretuviese en repasar los marfiles, no acabaría. Citemos uno, divino, el díptico gemado y dorado del Conde de Valencia de Don Juan.

Este marfil diminuto se come á todos los expuestos; al díptico consular romano, al celebrado *Bautizo de Clodoveo*, á la gran Virgen cromada y al sentidísimo grupo de la Anunciación, la Virgen y el Angel, divorciados ayer, existentes en Museos distintos y hoy reunidos—(á mi desautorizado parecer, lo primero no es verdad, y el Angel no corresponde á la Virgen). Y como sólo he de citar obras maestras, recomiendo el pie del candelabro de Saint Remy, la gran arca de reliquias de Evreux, el pie de un cáliz (la copa es nueva) y la colección de llaves de un señor Doisdeau, que debiera llamarse San Pedro, porque si el cielo tiene llaves, esas serán. No compite la exposición retrospectiva del Palacio chico con la nuestra de Madrid del centenario de Colón, porque aquélla reunió el tesoro de España, y en eso, como en el Museo de Pinturas, conservamos la primacía aún; pero... descontemos aquel conjunto de maravillas, que recordarán siempre los aficionados extranjeros como se recuerda un sueño desvanecido.



XXVIII

MUÑECOS FRANCESES

La única sección difícli de ver y de estudiar es la de los muñecos... ó, hablando con respeto, la escultura. Al pronto parece todo lo contrario. En el inmenso *Hall*, inundado de luz, hasta el extremo de que se diría que no tiene cubierta, las estatuas se destacan sin que perdamos detalle; la claridad las baña y envuelve, y desde cualquier parte se les encuentra el punto de vista. Pero es tal el número de estatuas, grupos y monumentos que allí se reunen; sus blancuras deslumbran de tal modo, que acaban por confundirse los contornos y las líneas, causando fatiga y mareo penoso. No están colocadas; están almacenadas las estatuas... No tienen fondo, no tienen campo en que resaltar. Se perjudican mutuamente. Mis reiteradas visitas á la sección de escultura siempre han

sido cortas. No puedo detenerme allí hora y media sin que los muñecos pierdan la hechura y se me figuren todos iguales.

Ahora, que con la memoria de los sentidos aislo y reconstruyo cada obra, es cuando mejor las entiendo, y reconozco que hay mucho y bueno en escultura, sobre todo en la francesa; que no en balde se alienta y retribuye á los escultores llenando de estatuas y monumentos los jardines, plazas y construcciones del vasto y hermoso París, y de las principales ciudades de provincia; no en balde se atiende tanto á recompensar, estimular, honrar.

Como novedad distintiva de esta Exposición noto la tendencia modernista (que verdaderamente es un regreso á los tiempos primitivos de la escultura helénica, á las Dianas y Minervas de varias materias y colores) hacia la escultura polícroma.

Uno de los ejemplares más bellos del nuevo estilo es la estatua de mujer conocida por *La Naturaleza alzando su velo*, de Ernesto Barrias. Este artista francés expone también el proyecto del monumento á Víctor Hugo, al pie del cual cuatro mujeres representan los cuatro vientos del Espíritu. Policromos ó bicromos y de varias materias, son también la *Juana de Arco*, de Alluard; el grupo de Boisseau, *Los hijos de Clodomiro,* hecho de mármol, bronce, onix, plata y pedrería, y su *Oysel*, y su *Musmé japonesa;* el grupo de *Santa Marta*, de Bouttée; el titulado *Obsesión*, de Cordonnier, de mármol y madera; la *Andrómeda*, de Delacour, de

marfil, bronce y onix; la *Sulamita*, la *Favorita*, la *Leda*, de Ferrari; el *Secreto*, de Fix Maseau; el *Crucificado*, de Loyseau Rousseau; el grupo de *Salambó y Mato*, y todo lo que expone Riviére, y casi todos los grupitos y estatuillas de reducido tamaño que no se han colocado en el *Hall*, sino en las secciones de pintura, para que se vean mejor.

La policromia es una dirección natural dentro de las corrientes modernistas; es una *herejía*, digámoslo así, que llega á su hora, y lo único que la contiene y la impide difundirse es la razón económica: la escultura polícroma sale muy cara: esas materias ricas, mármoles raros, ágatas, jaspe, marfil, son del dominio de la joyería artística, y no todos los escultores se atreven con ellas. De escultura polícroma existen ejemplares encantadores en las vitrinas de los joyeros, dentro y fuera de la Exposición. Ya no es rey absoluto el mármol, ni el bronce virrey. Acaso por este camino veremos restaurada la talla en madera, con pinturas y oro; los *santos de palo* españoles.

Sin salir de los muñecos de Francia, registro algunas tentativas de escultura en madera, como los bustos y estatuas de Aubé. Con todo, no abundan. Los escultores de nota, generalmente, se abstienen de novedades y se atrincheran en lo clásico. Dalou—el autor del célebre monumento *A la gloire de la République*—sólo expone varios bustos, magistrales, de bronce ó mármol, entre ellos el del político Floquet y el del cronista Wolf. Uno de mis artistas

predilectos, Frémiet, se manifiesta en la Exposición con su doble fisonomía mística y realista: delicada y soñadora la primera, de brutal energía la segunda. Su *San Miguel* y su *San Jorge* son la idealidad ya demostrada en la *Juana de Arco* tan conocida; la caballería andante, la altivez heroica del Bien y de la Luz. Defensores de una creencia que identifica el Mal con la vileza y el oprobio, los santos de Frémiet respiran una especie de orgullo celestial. El desquite de la animalidad por la materia y el instinto, lo representan esos grupos bárbaros, que recuerdan aquel famoso *Gorila*, de Frémiet igualmente, raptor de una mujer á quien estruja contra su velludo pecho, mientras se defiende á pedradas de los hombres que quieren rescatar la cautiva y que ya han clavado al antropomorfo una saeta. En este género, y sin conseguir eclipsar al *Gorila*, expone Frémiet dos grupos: *Orangután y salvaje*, *Oso y hombre de la edad de piedra*.

De Guillaume citaré el busto del centenario Chevreul; de Injalbert, el vaso de mármol, las *Bacantes* y los *Sátiros*, tema que, al parecer, debía estar agotado del todo y que aún da juego. De Maillard, una bella *Caída de Icaro*, que tiene el defecto, ó más bien la inexactitud, de que las alas no se derritieron, de suerte que, al pronto, yo confundí á Icaro con Satanás. De Loyseau Rousseau hay que alabar el *Esclavo de Cleopatra muriendo envenenado*.

El fragmento del *Monumento á los muertos*, de Bartholomé, es digno de mención especial.

Se podrían descubrir en su concepción reminiscencias de ciertos mausoleos de Canova; pero el modo de tratar las figuras está dentro del realismo y de la sinceridad moderna. El hombre y la mujer que, apoyados el uno en el otro, traspasan la puerta misteriosa, son verdad y tienen miedo, como tienen miedo las figuras que á ambos lados de la puerta se encaminan al sepulcro. El efecto es angustioso, solemne y de una tristeza infinita. No conozco el monumento entero, pero este fragmento canta el *de profundis*, y todos, al mirarlo, podemos sentir lo que aquel tronera de Sevilla: el estremecimiento hondo y sutil de quien ve pasar su propio entierro.

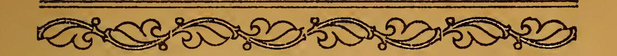
Para desimpresionarse de los terribles muñecos funerarios, hay que mirar á los muñecos amorosos, bastante bonitos y en gran número. Ahí está la *Ternura*, de Boucher; la *Madre joven*, de Peyrot, y otros grupos y figuritas que sonríen y se enlazan, y los incontables camafeos, medallas y piedras grabadas en que el asunto es mitología de amor. Entre las figuras de mujer descuella el *Sena*, de Puech, y la *Bañista*, de Sicard. La estatua yacente de Alejandro Dumas, hijo, de Saint Marceaux, es de las obras que con mayor unanimidad se han elogiado en esta sección. Colocado con gran sencillez, modelado con verdad y sentimiento, el cadáver yace desnudo bajo una sábana. En esta clase de estatuas se suele atender únicamente á la cabeza, á la semejanza de la mascarilla. Saint Marceaux atendió á todo. Los pies,

que no cubre la sábana, están estudiados con extraordinaria delicadeza.

No quiero olvidarme de los *animalistas*. Fremiet ocupa el primer puesto entre ellos; pero ¿son animales, en la acepción usual de la palabra, los monos antropomorfos que modela Fremiet? Aquel gorila raptor de una mujer, y este orangután luchando con un hombre, ¿no se parecen más bien á los genios en figura de monos del Mahabarata y otros poemas indios?

Gawet sí que no demuestra más intención que la de reproducir las actitudes y las hermosas formas de los animales. Sus panteras, sus leones, sus tigres, sus daneses, sus ciervos son de lo mejor que en esta sección se exhibe. Les hacen competencia los oseznos, la leona con sus cachorros, el majestuoso león de Peter y el grupo del elefante y el cocodrilo, de Navellier.

Con tener tan numerosa y brillante representación Francia en el gran *Hall*, todavía se oye decir que faltan, ó poco menos, bastantes artistas, una pléyade nueva y de tendencias revolucionarias. Hay claros en la escultura francesa. Siempre sucede así. Fuera del recinto de la Exposición he tenido que buscar el conjunto de lo que hoy se discute y empieza á hacer prosélitos en el extranjero, según observo en la escultura internacional. Me refiero á los muñecos insurrectos, del original Rodin.



XXIX

MUÑECOS INTERNACIONALES

Hay, por lo menos, tres ó cuatro modos de ver y juzgar la obra artística. La implacable severidad, y con ella nada vale un pitoche; el frío desdén, y con él todo es ridículo; la imposición de un criterio personal, y con ella el campo de la belleza se reduce á los límites de un jardín pequeño, el que puede cultivar un solo hombre; y aquel *panfilismo* indulgente que Valera me atribuye, y que permite disfrutar de cuanto es bueno, con bondad relativa.

No falta quien emita sobre la notable sección de escultura (francesa y extranjera), sobre toda la clase 9, en fin, el mismo despreciativo y duro fallo. ¡Fotografías y fotografías esculpidas! ¡Nada personal; ningún pedazo de alma cautivo en el barro, en el mármol ó en el bronce!

Sólo obtiene la benevolencia del crítico de arte que me hablaba así lo que expone un gran señor extranjero, el príncipe Troubetzkoi. Vengan los anteojos, y miremos despacio á este príncipe artista.

Los escultores rusos suelen hacerse nombre en París. Doce ó quince años ha, era Mark Antokolsky quien alborotaba el cotarro. Su *Ivan el Terrible* y su *Cristo en el pretorio*, se discutían mucho. Cuando me llevó á verlas el escritor ruso Isaac Paulowsky, eran tenidas por obras revolucionarias. Ahora, Antokolsky, en la cumbre de la fama, reconocido y respetado, ya no es el atrevido innovador, el que conocí luchando. Avisado y discreto, Antokolsky no expone en el *Hall*, sino en una salita contigua, en la sección de pintura rusa. Allí presenta veintitantas estatuas y bustos.—Los dos rusos se completan. Troubetzkoi retrata la vida moderna, Antokolsky la historia. Los viejos cronistas y los audaces paladines, los autócratas y los filósofos, Pedro el Grande con su cara de héroe insensato, Nestor con su ingenua cabeza de místico, Ermack, el conquistador de Siberia; Alejandro III sobre el trono, con el manto real; Satanás y Cristo; pero sobre todo, Benito de Espinosa, la estatua que más piensa de cuantas conozco, un pensamiento en mármol, una actividad cerebral sublime sorprendida por el cincel... he aquí la obra, sólida y firme, de Antokolsky. La de Troubetzkoi, hábilmente aislada por medio de unos biombos verdes, es lo contrario: la actualidad, lo contemporáneo;

fragmentos animadísimos de naturaleza y sociedad.

Parece que este gran señor no necesita del arte para vivir, y trabaja por honor y gusto. Sólo ha enviado una estatua grande, la del príncipe Galitzine, y de las dieciséis obras que componen su exposición, la mayor parte parecen juguetes. Pero ¡qué juguetes! Juguetes geniales, monerías encantadoras. Llenas de vida, de movimiento, de expresión, cautivan el ánimo. Los dos retratos del conde Tolstoi, busto el uno y el otro estatua ecuestre, tienen, á pesar del tamaño reducido, la grandiosidad del modelo. La estatuilla del anónimo *N. N.* es un *documento humano*. Ved á ese aristócrata elegante y anemiado, fatigado de la vida, gastado como una moneda que circuló mucho, sin gusto ni interés por cosa alguna, y os explicaréis perfectamente la discreta ironía de las dos iniciales que sustituyen al nombre.

Comparad esa efigie á la del otro aristócrata, Tolstoi. En ésta, el vigor y la energía y la inteligencia brotan á chorros, y se diría que hay chispas de lumbre y fósforo en el aborrascado pelo, en la barba hirsuta, en las rudas y mal delineadas facciones.

Entre lo que más atrae de la exposición de Troubetzkoi, citaré el grupo de *La madre y la niña*; el *Coche de alquiler en Moscou;* el *Esquimal en trineo*, y *Una yegua dando de mamar á su potrillo*. Los animales están modelados con suma verdad. Para hacer comprender el génèro á que pe rtenece la escultura del príncipe Trou

betzkoi, me serviré de una comparación. ¿Habéis visto esas estatuas italianas, en que la maña y la maestría de *oficio* del artista reproduce encajes, telas, ondulaciones del cabello y morbideces de la carne? Pues figuráos todo lo contrario. Ni pizca de *virtuosidad*. La ejecución rápida y sin trabas, la línea rota, y el plano indicado apenas.

Esto no será fotografía, pero es pintura esculpida. En vez de asir el pincel, el príncipe cogió los palillos. La confusión de los medios artísticos; la intrusión de un arte en otro—la pintura escultural, la literatura colorista, la música descriptiva, la escultura pictórica—, rasgo peculiar de nuestro siglo, que ha roto todas las fronteras.

Otro ruso, Ginzbourg, expone niños, y entre ellos un grupo muy lindo de bronce, *En el baño*. Wallgren, ruso igualmente, pertenece á la escuela del francés Rodin, como se advierte en las estatuillas caprichosas que llenan sus vitrinas. Algunas obritas de Wallgren (á quien no puede negarse la distinción y la gracia) son policromas.

En la sección de Alemania, donde habría bastante que alabar, encuentro también la escultura mixta. Geyger expone un *Toro* de mármol y marfil; Taschner, un *Bandido* de madera policromada; Schichtmeyer, una *Margarita* de mármol de colores. Observación que no carece de interés, á propósito de la sección alemana: mientras en las otras abundan los yesos, aquí creo que hay sólo uno. Todo es mármol y bron-

ce, bronce particularmente. De las setenta y dos esculturas que presentan los alemanes, cincuenta son bronces.

Ni Bélgica ni Austria sobresalen, aunque han traído obras dignas de estimación. Bosnia y Bulgaria apenas ocupan lugar en la clase 9, y esos pueblos jóvenes y no muy ricos pertenecen al yeso. En Dinamarca se lleva la palma una escultora, la señorita Ingeborg Plockross, autora de un bonito *Chiquillo* (de yeso) que juega con un erizo. También hallo curioso el *Cristo escarnecido por los judíos*, de Aksel Hansen. Este dinamarqués parece un discípulo del Bosco, y debe de contarse entre los antisemitas. Sus judíos son caricaturas feroces y sangrientas.

Otra observación. Los escultores ecuatorianos y mejicanos, de apellidos españoles, han enviado casi exclusivamente trabajos en madera. ¿Es atavismo?—Respecto á nuestros enemigos los yanquis, noto que en escultura aspiran ante todo al vigor, á la escultura atlética, á lo Miguel Angel, dentro de lo moderno. La tendencia se patentiza en los *Andarines*, de Flanagan; en los fornidos *Luchadores*, de Rondebust; en los *Jugadores de football*, de Tilden, y en los grupos, muy celebrados, del *Ejército* y la *Marina*, por Mac Monnies. El *sport* y la vida física inspiran á estos escultores.

Inglaterra, en cambio, viene soñadora y blandita, muy mitológica y algo simbolista (no podía menos). Italia, cuya decadencia es imposible desconocer, á pesar ó á causa de lo cuantioso

de su exposición, donde abundan las *terracottas*, presenta una amplia composición, la *Saturnal*, de Ernesto Biondi, que, sin duda, tiene el privilegio de atraer al gentío más que ninguna escultura de las que encierra el *Hall*.

Dueño de los secretos y triquiñuelas de su arte; habilísimo al agrupar sin aparente esfuerzo, naturalmente, y con unidad de acción ocho ó diez figuras de tamaño natural (problema de solución no tan fácil como se cree), Biondi ha conseguido causar profunda impresión. La orgía despierta recuerdos de Tácito y Petronio. Aquel gladiador, aquella risueña y escéptica matrona, aquella meretriz desgreñada y desceñida, aquellos pontífices ebrios y fraternizando con la plebe, son la hábil composición de *¿Quo vadis?*, el acierto para ofrecer al público en general lo que le atrae, sin perder la aureola artística. Si hubiese un premio mayor excepcional y lo otorgase el voto de la multitud, Biondi se lo gana.

El Japón merecería él solo un detenido estudio. No sólo en el gran Palacio ha expuesto esculturas sorprendentes. Presenta, en las colecciones del Mikado, mucho que admirar. Siento gran predilección por la escultura japonesa. El público la comparte sin duda, cuando tan subido precio han alcanzado las monerías japonesas, que por un diminuto grupo de marfil piden 500 y 600 francos.

En cambio, creo que nadie se ha fijado en la escultura más notable, *en su género*, de la Exposición: una estatua de hombre sentado, que

se expone en el pabellón de Siam. El realismo no puede llegar más allá; aquello es una figura humana; va á hablar, á moverse; nos mira con sus azules ojos de esmalte. El desconocido artista indochino, autor de esta obra magistral, no pensó en solicitar medallas y premios. Merecería el más alto, si la exacta reproducción de la Naturaleza fuese el criterio en que se inspirasen los jueces.

¿Y los muñecos españoles?... Ya se ha escrito ahí acerca de ellos recientemente, mucho y bien, ¿á qué insistir? Temo, además, juzgar á mis compatriotas. La pasión favorable podría influir en el juicio. Además, estos certámenes excitan hasta la hiperestesia el amor propio y las rivalidades. No movamos el rescoldo. Y quédense para otro día los muñecos insurrectos, que escasean en el *Hall* de la escultura.



XXX

LAS JOYAS

No será cosa que sorprenda si digo que no hay nada tan llamativo en la Exposición para el público, y sobre todo para las mujeres. Preferida hasta á las maravillas que exponen los modistos, la sección de joyería, en el Palacio de los Inválidos, está siempre atestada: hace más calor allí que en ninguna parte. La multitud, que seguramente no se compone de millonarios, demuestra preferencia apasionada por la contemplación de objetos de elevado precio, de los cuales sólo puede gozar con la vista. Es una manera espiritual de poseerlos. La estatua de oro de la actriz, en el Palacio de Optica; la gran pepita aurífera en la Exposición minera; el oro en lingotes, en la caverna del Trocadero; las joyas y el brillante boer, son objetos que, si los ojos realmente devorasen, ya no existirían.

Las joyas aturden por su magnificencia y por el valor que se les atribuye, y digo que se les atribuye, porque, en substancia, tiene mucho de arbitrario. Cuando una piedra ó una colección de piedras llega á cierta altura, ya no hay manera de justipreciar. Falta tipo de comparación. Así el brillante boer (*la gran Lágrima*, le llamaría yo si fuese su madrina) ha sido tasado en cinco millones de francos, y podía serlo en diez, y en doce, y en quince. Es el más gordo del mundo; ¿quién acierta á limitar el fabuloso capricho del archimillonario al cual se le antoje colgarlo del cuello ó clavarlo en el moño de la mujer amada? Hoy lo posee un sindicato minero, que se cansará de tener invertida esa respetable suma en una piedra y de perder el interés y el capital y acabará por venderla, naturalmente mucho más barata, sin que el coste influya en el valor *ideal* de ese diamante, no sin émulos, pero sin rivales en la joyería. La gran Lágrima ocupa una vitrina ella sola. Puesta en alto, en el aire, gira para que puedan admirarse sus facetas y sus luces y su talla perfecta, de frente, de costado y por detrás. A las seis en punto de la tarde y por medio de un mecanismo de relojería, se guarda á sí misma en una caja, donde pasa la noche.

¡Qué tesoro para que don Luis Mejía se crispase de gozo y realizase una fazaña como aquella de Gante! Los joyeros de París no han querido dejar sin escolta y corte á la gran Lágrima. La primer casa de joyería que encuentro al registrar vitrinas, es histórica. Hace un

siglo, esta antigua casa llevaba otro nombre, el de Böehmer y Bosange. ¿No evoca nada? Pues es el de los joyeros que vendieron á un Cardenal vanidoso y galante un collar que se creía destinado á María Antonieta, y acaso lo fuese. La casa del célebre «collar de la reina» no ha perdido esplendor con los años. Veo un lazo de brillantes deslumbrador, para broche; otro que forma diadema; y sobre todo, el brillante azul, de las dimensiones de un huevo de paloma—de esas piedras rarísimas, que no tienen igual—. No se llama azul porque presente ligero matiz azulado, sino porque ofrece la coloración celeste y delicadísima de los zafiros claros, más bonitos que los obscuros, aunque los últimos alcancen mayor precio. Este pedazo de firmamento es uno de los émulos de la gran Lágrima; otros dos, los colosales brillantes amarillos, uno de ellos casi cuadrado, que deslumbran, despidiendo intensas luces, más intensas que las piedras blancas.

Los brillantes en figura y tamaño de almendra abundan; esa manera de tallarlos está de moda. Observo, en la forma de las joyas, dos corrientes: una hacia la libertad y el capricho, otra hacia la tradición; y noto, en estos joyeros, los Vever, los Coulon, los Boucheron, los Chaumetz, que tienen á su servicio una legión de artistas, el conato de crear joyas inéditas, rompiendo los moldes ya conocidos de su arte. Así, por ejemplo, la corona egipcia de lotos simbólicos, el fleco de brillantes y perlas, el collar, cascada de brillantes, inspirado por la idea del

agua, corriendo en hilos menudos y desiguales sobre la blanca piel de alguna ninfa en el baño; el enorme lirio de brillantes para la cabeza, realzado por toques de oro obscuro; el collar de las dos esfinges; las cintas tejidas de brillantes y rubíes, que imitan una de seda; los collares formados sólo por dos perlas sin par, de forma única, de oriente incomparable; todo lo que se aparta de la joyería clásica y demuestra originalidad creadora. La influencia de los museos, enriquecidos por las excavaciones y dádivas de los misioneros científicos y coloniales, que recogen joyas arqueológicas; el conocimiento, ya muy completo, de la joyería en todas las épocas y pueblos del planeta, se revela en la sección donde tantas burguesas bonitas, tantas menestralas sin más dote que sus gracias parisienses sueñan el mito de Danae...

Y la joyería en la Exposición propende más á los estilos fastuosos ó simbólicos que á la coquetería del de Luis XV, del cual, en la sección retrospectiva, pueden verse encantadores ejemplares. La doble dirección que se revela en el llamado «estilo moderno»—el bizantinismo místico y la imitación de las formas de la Naturaleza—predomina en la joyería también. En todo tiempo se han labrado joyas que representen flores ó animales, pero eran seres fantásticos; ahora la reproducción de la mariposa, del escarabajo ó del lirio, es fiel en colores, en líneas, y al mismo tiempo es ligera: nada más contrario al arte moderno que la pesadez. Asombra que joyas tan ricas, propias del teso-

ro de una corona—cuando las coronas podían permitirse esos lujos y los reyes no preferían negociar con sus caudales—, no sean pesadas. La mayor parte no lo son. La elegancia del diseño, la perfección del trabajo, las salvan del mal gusto.

En cuanto á riqueza... hablen los números, los más elocuentes. Un solo zafiro, de los capitolinos ó «cabujones», ciento ochenta mil francos. Un collar con un rubí y un brillante, ambos de forma de almendra, quinientos mil. Tres brillantes en colgante, un millón. Un hilo de perlas como garbanzos cocidos, y de una limpidez é igualdad sorprendentes, un millón ochocientos mil. Collar y diadema de brillantes y rubíes, dos millones. Una rosa de plata negra con perfiles de brillantes, ciento ochenta mil. una quimera de esmalte, con perlas peraltadas, ciento cincuenta mil. El aderezo de enormes zafiros, un millón. Un solo rubí claro para el dedo, cien mil francos. Y por el estilo. La gigantesca esmeralda, la mayor que he visto, de un terciopelo magnífico, esa no tiene precio, ni lo tienen el collar de esmeraldas, ni la diadema compañera: son joyas que ya están vendidas (los joyeros no quieren revelar á quién) y como esas piedras únicas carecen de similares, sería inútil ponerles precio, dado que el artículo no existe.

Antes que las esmeraldas y zafiros, me han sorprendido los rubíes. Se dice que es la piedra más difícil de encontrar en desusado tamaño. Realmente no veo ningún rubí que iguale en

magnitud á los brillantes, pero sí hay uno como una almendra con cáscara. Es tan hermoso que parece falso. Y podría serlo, sin dejar de ser verdadero. Me explicaré. La ciencia ha conseguido realizar el sueño que inspiró novelas, cuentos y fantasías á la literatura, y al recorrer la sección de enseñanza, en el Campo de Marte, tuve ocasión de ver el nuevo horno eléctrico, que da las temperaturas infernales, las incandescencias horribles con que la Naturaleza, cambiando los estados de la materia, cristalizó las piedras preciosas. El horno fabrica «verdaderos» diamantes, «verdaderos» rubíes tallables, en bruto. El artículo no ha entrado en el comercio, porque la piedra fabricada así sale más cara que la natural. Si llega á abaratarse la fabricación, se producirán piedras del tamaño que se desee. Quedarán eclipsados el Regente, el Sarny, el Príncipe Negro, la gran Lágrima, y todos los brillantes y rubíes célebres y renombrados del orbe. Es la eterna amenaza de la ciencia á la tradición.

XXXI

LA AMÉRICA LATINA

Como interesan al hermano mayor que se quedó solo, sujeto en la casa paterna, los destinos del hermano aventurero y joven que cruzó el mar en busca de fortuna y gloria, nos interesa á nosotros el progreso de la América latina, en todo caso, y en este certamen. No sé si nos expresábamos con exactitud al llamar hijas nuestras á esas Repúblicas: hoy, en efecto, es hora de dejarse de paternidades é inaugurar la fraternidad.

Cuando escucho á los franceses designar con el nombre de *americanos* exclusivamente á los yanquis, y prescindir de la existencia de un mundo latino al otro lado del Océano, no pierdo ocasión de protestar. Hay dos Américas, les

digo, una que descubrimos y colonizamos, á la cual infundimos nuestra sangre, y otra que, gracias á nosotros, á nuestro auxilio, se hizo independiente, fuerte y rica, y nos quitó las últimas colonias. (Así paga el diablo á quien le sirve.) Y muchas de las cualidades y actividades que se reconocen y ensalzan en la América sajona las comprobamos también en las Repúblicas hispanoamericanas, que van acercándose á un período favorable de su evolución. Esos países, en cuyos orígenes históricos quedaron escritos los nombres españoles de Cortés, Almagro, Pizarro, Valdivia, Elcano y Ponce de León, son hoy naciones independientes, democráticamente constituídas, que reconocen á sus ciudadanos igualdad de derechos y deberes, y en que la raza, nuestra misma raza, modificada por lo que califica Gumplowickz de «proceso de amalgama» con otros elementos étnicos, ha ganado el brío juvenil y la fe en lo futuro, por nosotros perdida. Hay en la América española territorios capaces de producir lo que consume la humanidad entera, y una gente laboriosa y libre, cuya energía se demostró en funciones guerreras, no por desconocidas en Europa menos terribles, como la épica lucha del Paraguay. Mientras acá nos dormimos, la América latina prepara su emancipación económica, para bastarse á sí misma en el siglo XX.

A pesar de todo lo que voy diciendo, tengo que confesar que la América latina apenas ha concurrido á la Exposición. No se ha retraído

por indiferencia, sino por deliberado propósito. Causas políticas y económicas de carácter interno en cada país, y divergencias entre sus legaciones en Francia con la Dirección de la Exposición, por extensión del local (como sucedió con la Argentina) redujeron la representación de la América latina á los Estados de Méjico, Perú, Ecuador, Guatemala, San Salvador y Cuba... que hoy es una especie de anfibio, latino por la sangre y sajón en el yugo, á pesar de las apariencias de libertad que se le den.

El opulento Brasil, por la difícil consolidación de su nueva forma de Gobierno; la progresiva Argentina, por los ahogos de su Hacienda y los gastos y quebraderos de cabeza que le origina el pleito de sus límites occidentales, gastos mayores que los de una guerra, é infinitamente superiores al valor de los ventisqueros de los Andes que se litigan; el laborioso Chile, el de las sabias instituciones, porque aún no están cicatrizadas las heridas de la lucha civil de 1891, ni restablecida la normalidad monetaria; el fértil Uruguay, por el criterio de ahorro que á sus gobernantes inspira; el heroico Paraguay, el Transvaal de hace seis lustros, por las dificultades financieras que le crea su situación mediterránea; la sufrida Bolivia, por su reciente lucha entre federales y unitarios, que le impide tener capital fijo después de setenta años de independencia; Venezuela y Colombia, por razones de orden público; y Costa Rica y Nicaragua, por la nunca bastante la-

mentada ruptura de la federación de la América central—faltan en la Exposición, contentándose con recordar los lauros ganados en 1867, 1878 y 1889. Algo de lo que en esta última Exposición presentaron tuve ocasión de describirlo y elogiarlo entonces.

Están las instalaciones de las naciones americanas que han concurrido dispersas y muy distantes entre sí, por lo cual se hace doblemente difícil estudiarlas y sacar consecuencias de su comparación.

El Palacio del Perú se halla detrás del de Bosnia, entre Persia y Portugal, en esa *calle de làs Naciònes* que da tanta tela. La arquitectura del pabellón peruano es española, del Renacimiento, con dos torres laterales y una cúpula. Está construído de suerte que, al terminarse la Exposición, puedan desmontarlo y armarlo otra vez en Lima. Contiene el piso bajo las materias primas de producción, y el alto las industrias. La cantidad de metales preciosos, maderas de construcción y ebanistería, caucho, azúcar, café, petróleo, algodón, chocolate, tabaco, quina, kola, cáñamo y plantas textiles, indican en el Perú vivo deseo de mostrar las fuerzas de que dispone para levantarse de su catástrofe de 1879 á 1883. Al lado del pabellón se encuentra el quiosco peruano, donde se venden fruslerías.

A Méjico hay que buscarlo al costado del Puente del Alma, cerca del Palacio de la Prensa y del interminable edificio consagrado á los Ejércitos de tierra y mar. Es el de Méjico uno

de los pabellones que descuellan por su lujo. El *hall* y la escalera son grandiosos. El estilo de la construcción corresponde al período clásico ó neo-griego. Sobre la puerta de entrada campea el águila simbólica del escudo nacional, con la sierpe en el pico. Este pabellón me interesa doblemente que los restantes; porque Méjico es sin duda alguna la más española (involuntariamente, por imposición histórica) de las repúblicas hispano-americanas.

Como el Perú, Méjico ha colocado en el piso bajo las materias primas, y en el alto las industrias, en las cuales ha dado pasos de gigante, y llegará en breve á redimirse de la sujeción á otros países productores. Los tejidos me sorprendieron. Es la nota de actualidad, que asoma en el pais de más tradición, el que mejor ha conservado la huella del arte español en el período de la conquista. Señales de esta influencia, así como del carácter oriental del arte azteca, se ven en la sección mejicana. Hay notables ejemplares precolombianos, y á su lado cueros pespunteados y sillas y ropas y labores de pluma, que hablan de nosotros todavía. Merecen citarse, en Méjico, las muestras de mineralogía y de piedras preciosas.

Al amparo de Méjico, acogida á su mismo palacio, encontramos á la República de San Salvador, que ha remitido una interesante colección de sus productos. El Ecuador se ha constituído un palacete chiquito muy cuco, de estilo Luis XV, cerca de la torre Eiffel, y al frente figuran el busto de Olmedo y el del eminente

escritor, arcaico adrede, más castellano que Castilla, Juan Montalvo. Discretamente, el Ecuador piensa llevarse su pabelloncito y destinarlo á biblioteca en Guayaquil cuando la Exposición termine. Alabo también la idea de los bustos. No todo ha de ser reyes, ó legisladores como Wáshington, ó guerreros como Kolokotronis. Las letras y la poesía honran á un país y le hacen inmortal. De lo que el pabellón encierra, lo más característico, los famosos y caros sombreros de jipijapa.

Cuba, de triste recordación, ha instalado los productos de su edénico suelo (causa probable de su eterna sumisión á Norte América y de la gradual extinción de la gente cubana de origen latino para reemplazarla con otra sajona) en las coolonias extranjeras del Trocadero. Colonia fué y colonia aparece aquí. Es la sección de Cuba el imperio del tabaco. Entre las innumerables instalaciones tabaqueras que salpican la Exposición, descuella la de Cuba como el sol entre estrellas. El aroma de tanto veguero es delicioso, y hormiguean los compradores aficionados á fumar bien.

Justo es decir, para terminar esta reseña, que otras naciones hispanoamericanas, si no pudieron exponer, no por eso quisieron omitir el estudio de esta Exposición tan instructiva y tan completa, á fin de aplicar y aprovechar los adelantos que en ella se registran. Con tal objeto comisionaron delegados especiales, y si todos trabajan tan concienzudamente como mi amigo D. Matías Alonso Criado, enviado por el

Paraguay, saldrán de esta campaña informes muy útiles. Las comisiones son buenas, si no degeneran en *momio*, como suelen degenerar las que España prodiga. Hablo en general y respeto las honrosas excepciones.



XXXII

UN DRAMA JAPONÉS

Cuando preguntaba á los inteligentes qué espectáculo de los que ofrece la Exposición es digno del gasto del tiempo—aquí muccho más importante que el de dinero—invariablemente me respondían:

—Todo lo que en la Exposición se ve pagando es una filfa. No sé cómo han podido juntar tanta engañifa, ni cómo el público no reclama daños y perjuicios. Particularmente lo exótico corresponde al tipo genuino de barraca de feria: siempre viene á parar en danza del vientre. Unica excepción: la japonesa.

Y como yo siguiese averiguando de qué japonesa se trataba, añadían:

—Es una actriz sublime... No le llegan á la suela del chapín Sarah Bernhardt ni la Duse. Baila, canta, toca, ríe, llora, ama y muere, que

no cabe pedir mayor verdad y perfección. En cualquier postura que adopte, se la puede retratar. Vea usted eso... ¡Un *vrai bijou*!

¿A qué negarlo? Desconfiaba del panegírico. Uno de mis recuerdos de la Exposición de 1889 era el teatro anamita, especie de sábado en Zugarramundi: gritos roncos é inarticulados, máscaras horribles é infernales, y unas actitudes energúmenas, unos retorcimientos de brazos y piernas, que estaban pidiendo los exorcismos y el hisopo. Aunque el reino de Anam no es el imperio del Japón, yo sospechaba que su arte dramático podía ofrecer afinidades. Ya por último, asaz recelosa, entré en el teatrito Loïe Fuller, donde funciona la compañía japonesa.

Me predispuso favorablemente lo caro de las localidades. Cuesta triple que los otros espectáculos de la Exposición, y más que ninguno del mundo si se considera el tiempo que dura: por una hora se pagan seis ú ocho francos. La hora es suficiente para el desarrollo de los cuatro actos del drama *Kesa*, fecundo en peripecias, de trágico desenlace, y en el cual la primera actriz y el primer actor pueden dar la medida de sus facultades interpretando situaciones ultrafuertes de la mayor intensidad. Sépanlo nuestros dramaturgos, que encuentran árduo devanar la madeja en cuatro horas, y los franceses, que no perdonan uno solo de los cinco actos de reglamento. Sépanlo los aficionados á desleir. En una hora todas las fases de un conflicto pasional, todos los resortes dramáticos.

En su asunto, el drama recuerda á *Otelo,* á *Los amantes de Teruel* y á *Curro Vargas*. La vehemencia y la romántica protesta que en él laten, le prestan cierto colorido español. No es la primera vez que noto analogías de esta clase. Ya las observé con motivo de la novela japonesa *Los fieles Ronines*, monumento á la lealtad monárquica que deja tamaños á nuestra *Estrella de Sevilla* y al *Zapatero y el Rey*. En el drama *Kesa* hay un paladín, Morito, que después de salvar con el esfuerzo de su brazo y el denuedo de su corazón á la *musmé* que adora, libertándola de ciertos bandidos tártaros que la guardaban encerrada en una caverna, se separa de ella voluntariamente, la deja porque tiene que realizar otras hazañas y conquistar honor, sin el cual la vida es sueño vergonzoso. Cuando vuelve cubierto de gloria, se encuentra casada á la *musmé;* su madre la ha obligado á contraer matrimonio. Después de un acceso de furor, digno de Marsilla, el paladín resuelve matar al que le robó la ventura, y Kesa, enamorada y fascinada, promete abrirle la puerta y tapar la luz con su propio velo nupcial. Llega la hora del crimen, y Kesa, incapaz de felonía, pero también de renunciar al amor de Morito, persuadiendo á su marido le saca del lecho, le aleja de la alcoba conyugal, cubre la lámpara y se tiende á esperar la muerte. El agudo sable de Morito siega la garganta de Kesa. Al descubrirse la luz, al acudir la gente, al comprender el enamorado quién fué su víctima, se suicida loco de desesperación.

¿No os ha sucedido, lectores, lo que á mí? Cuando miráis las finas pinturas de una taza de porcelana ó los figurones de un *kakemonos;* cuando en un sarao veis pasar, seriecitos y correctos, á los diplomáticos amarillos ¿no sentís la impresión de que esa gente es distinta de nosotros por dentro como por fuera; de que, para nosotros, su alma es el libro de los siete sellos? Impresión penosa que nos aisla de la mitad del género humano. Pues bien, el drama *Kesa* la disipa. No importa que Morito, al correr á defender á Kesa, esgrima primero un abanico y después luche, armado, en vez de la heroica tizona, de un nudo corredizo para estrangular, y se abra el vientre en vez de darse una puñalada; no importa que Kesa se pinte las entradas con tinta china y rasguee la guitarra con uñas postizas, y que la escena trágica esté alumbrada por un farol de papel de colorines. En lo interno, Kesa y Morito son Isabel y Diego, Romeo y Julieta; Adán y Eva, en suma: la pareja eterna, testimonio de la unidad de la especie.

¿Y la actriz? ¿Es en efecto la incomparable artista que la prensa y el público aclaman? La actriz (que se llama Sada Yaco), me ha parecido realmente el *vrai bijou,* algo delicado y primoroso, más bien que algo grande y enérgico. Esa monería infantil que caracteriza á la mujer japonesa, brilla en Sada Yaco. Su cara oval y sus facciones menudas; sus oblicuos, luengos ojos, y su pelo de raso liso y negrísimo; su elegante y estrecho cuerpo; su aire de *bibelot* de

cristalera, de juguete de marfil, aristocrático y frágil, no se avienen con la amplitud del gesto y el desorden tempestuoso de los efectos en la tragedia. Representa, eso sí, con distinción suprema; no hay damisela de tapiz antiguo más exquisita y más ideal que Sada Yaco. Pero la pasión, la furia, el romanticismo hay que buscarlos en el primer galán, el Rafael Calvo japonés que hace el papel de Morito. A mi juicio, ese actor, eclipsado por la actriz, es lo mejor de la compañía y un artista verdadero.

Adviértase que, mientras á Sada Yaco la ayuda su encantadora silueta, su linda cara, su sonrisa dulce, al galán le estorba una fealdad de mico, un peinado estrambótico, al menos para nosotros, unos dientes negros, y la voz atiplada y gangosa de la raza. Los asiáticos, al representar ante europeos, luchan con la diferencia de la voz—y la voz es el camino por donde llegan al alma los insignes actores y los oradores; la voz es el vehículo del sentimiento. Pues con su vocecilla risible y su fisonomía burlesca, frases pronunció el galán japonés, que, adivinadas y no comprendidas, causaban estremecimiento. Verdad que los actores japoneses fían mucho á la mímica, al movimiento y á la actitud. Accionan tres veces más que los cómicos europeos y accionan con todo el cuerpo, con las piernas—semejantes en esto á los anamitas, de quienes dije que representaban á saltos. Sin embargo, no se descomponen; gesticulan justo, aunque fuerte, y mientras en los teatros de Madrid vemos dramas puramente *verbales*, en que

se *recita* la pasión sin *expresarla*—música en el vacío—en el teatro japonés, sin entender palotada del idioma, se nos comunican por la acción todos los sentimientos, el terror, el delirio. Así es que cerrando los ojos volvemos á ver el drama y sus escenas revisten un carácter pintoresco, plástico, debido á la acción. ¿Y por qué—se me ocurre ahora—dudar de las aptitudes dramáticas del pueblo japonés? Gran escultor, gran fundidor, muy literario, buen pintor, elegante y refinado decorador, ese pueblo es sensible y progresivo. En Tokío, los señores, cuando invitan á comer á sus amigos, les ofrecen de postre una representación teatral. «Allí—me decía un director de teatro parisiense—las Sadas Yaco abundan. Esta actriz no es la más famosa, ni acaso una de las más famosas de su país». Y yo pensaba en el extraño postre que será otro drama por el estilo de *Kesa*, con degüello y sección de vientre... ¡Vaya un proverbio de salón!



XXXIII

EL TRAJE

El primer número del programa recreativo del Congreso feminista fué una visita al Palacio del Traje, y una conferencia sobre el tema y sobre el terreno, para explicarnos lo que no requería explicación, pues ello se explica y hasta se alaba: tan bien presentado está.

He dicho que no se debe confundir este Palacio del Traje con las secciones de la Ropa; es un edificio aparte, monumental, y no pertenece á la Industria, sino á la Arqueología y á la Historia. En el Museo centenal de la Ropa aparecen los objetos sueltos, por decirlo así; clasificados, pero no armonizados. Interesa cada uno por lo que vale ó sugiere, no por su relación total con la cultura humana. Y en el Palacio del Traje, lo que domina es la importancia del traje mismo: la doble conquista artística y mo-

ral de la belleza y del pudor por la indumentaria.

Para construir este Palacio, cuya idea inició el modisto Félix, se formó una sociedad por acciones, con capital de dos millones de francos. No sé si habrá cubierto gastos esta suma, y de hecho, los fragmentos de telas antiguas, expuestos en el Palacio y encerrados en veinticinco vitrinas, valen tanto ó más; pero pertenecen á un aficionado que los facilita á la Sociedad. Un retal de tela antigua, auténtica y única, no tiene precio. Las telas antiguas del Palacio del Traje es lo que menos mira el público, y lo que más debe admirar el inteligente.

Sorprenden los conocimientos que supone una reconstrucción así. Los peluqueros, bordadores, pasamaneros, encajeros, adornistas, plumistas, sastres, mueblistas, tapiceros, sombrereros, tejedores, joyeros, cuya labor reunida constituye la exposición del traje, tienen que atesorar noticias en ramos muy importantes, para no cometer anacronismos y poder resucitar con viveza y verosimilitud los tiempos pasados. Respecto á los que modelaron las figuras de cera, no sería justo regatearles el dictado de artistas.

Ya he dicho que, al lado del cuadro plástico completo que representa un momento de la historia de la indumentaria, encontramos los tejidos y objetos correspondientes. Son telas extrañas de lino, lana, seda y brocado. Son camisas, zapatos, gorras, cinturones, broches, extraídos de los sepulcros, en necrópolis regis-

tradas ahora por primera vez, y *documentan* el cuadro, atestiguando la fidelidad escrupulosa de la reconstitución.

Nada de telones ni de dioramas: todo de realce y bulto, aspirando á producir ilusión perfecta. No falta más que la vida.

Son los cuadros representación de una costumbre, ceremonia ó hecho histórico que puede dar idea del espíritu dominante en una edad. El primer cuadro nos muestra los patricios romanos en la colonia de Arsinóe, en Egipto, viendo cómo un *psílo,* ó encantador de serpientes, hace bailar á una culebra. Los trajes, latinos, pero con ribetes asiáticos. En el segundo aparece un atrio de Roma, en la época de Trajano, y ropa y arquitectura son del más puro clasicismo. El magnífico *atrio* es el patio que aún hoy se conserva en ciertas comarcas españolas: tiene su fuente y su piscina, y la escena representa el momento en que los histriones, llamados para entretener una tarde de ocio, declaman ante tres elegantes patricias algún fragmento de tragedia, con acompañamiento de flauta doble. Las damas del atrio son ya *mujeres*, en el sentido de que conocen y practican los refinamientos del tocador, del baño, del traje: nadie ignora cómo se lavaban, perfumaban, rizaban, teñían, pintaban, adornaban y engalanaban las contemporáneas de Augusto. Contraste: el cuadro tercero muestra á las mujeres galas en la época de la invasión romana. Las antepasadas de la parisiense están medio desnudas, desgreñadas, descalzas de pie y pierna,

hechas una lástima; refugiadas en grosero barracón que más parece cueva, prestan oído, con terror, á los ruidos que revelan la aproximación de los soldados de César, y que les anuncian el cautiverio ó la muerte. Considero un rasgo de coquetería francesa el cuadro de esta barraca. Parece que dice: «¡Cuánto va de ayer á hoy! Mirad los orígenes de esta Francia actual, flor del refinamiento en las artes de la mujer.»

El más lujoso de los cuadros plásticos es el cuarto, titulado *Homenaje á la Emperatriz Teodora*. La cámara del trono, la figura de la Augusta, las vestiduras de los magnates y prelados que suben la escalinata de rodillas para prosternarse y besar los imperiales pies, son ascuas de oro y ríos de pedrería, y cataratas de esmalte, filigranas y gemas. El quinto reconstruye las *Termas de Juliano*, cuyas ruinas se conservan en París. En el siguiente alborea la Edad Media; corre el siglo VII; quedan atrás Roma y Bizancio, y los bárbaros galos empiezan á tomarse el desquite, por más que todavía, en el ropaje de Santa Clotilde, personaje principal de la escena, se adviertan reminiscencias romanas. La Santa, con túnica bordada, manto de cenefa y monjil, bajo un pórtico románico parecido á muchos que aún se ven en iglesias españolas, distribuye limosna á los mendigos. De esta edificante escena saltamos al siglo XII, en pleno período feudal, asistiendo á una velada en un castillo; vemos al castellano calentarse á la llama del mediano monte de leña que

arde en la vasta chimenea; á la castellana, con su corona de baronía y su amplio manto, agasajando á su niño, y semejante á las efigies románicas de Nuestra Señora, que acaso no eran sino copias de la realidad. Las sirvientes preparan la mesa; los mesnaderos guardan la entrada, lanza en puño; bárbaras pinturas decoran las paredes. Pasamos al siglo XIII, y sorprende lo que en cien años, con las Cruzadas, la poesía de los trovadores, el movimiento franciscano, los viajes á Oriente, la teología y la escolástica, la nueva arquitectura, ha cambiado y se ha afinado el aspecto de la vida, y el traje como signo. De la ruda vivienda feudal del siglo XII, á ese primoroso relicario flordelisado y calado, de elegancia suprema, en que se agrupan Blanca de Castilla, San Luis y Margarita de Provenza, hay un mundo: hay todo un florecimiento artístico, intelectual y político, la plenitud y la expansión de una civilización completa en su género.

Al llegar al siglo XV, un curioso cuadro, *Les Hennins*, nos enseña cómo nació el sombrero. Esos cucuruchos y esos cuernos de terciopelo, raso, brocado de oro y perlas, que sujetan un ligero velillo flotante, son los padres del tocado femenino actual, uno de los triunfos de Francia. La expresión misteriosa de candor y austeridad de las figuras de mujer en las tablas y tapices del siglo XV, proviene de la moda del *hennin*, que, obligando á rasurar ó epilar la frente y las sienes, prolongaba la parte superior de la fisonomía, y comunicaba al rostro un

misticismo semejante al que da la tonsura monástica. Esas frentes inmensas y puras de los cuadros y tallas del siglo XV, son artificiales. ¡Qué desencanto!

Desde los *hennins*, la corona heráldica, colocada sobre el pelo resguardado por la redecilla de perlas, desaparece, y el sombrero se anuncia, haciendo su aparición primera en el siglo XVI. La transformación del *hennin* en sombrero se ve en el cuadro que representa á dos patricias venecianas, que, magníficamente ataviadas, dignas del pincel de Veroneso, salen de su palacio y se disponen á saltar en la góndola, y en el siguiente, *Entrevista del campamento del Brocado de oro*, donde las damas que engalanadas con espléndidos atavíos se asoman á la ventana de la tienda real, ostentan ya sombreros de plumas que, sin variación alguna, servirían á una gomosa de hoy.

Deteniéndose en este siglo tan pintoresco y suntuoso, los cuadros nos hacen ver á Catalina de Médicis en el laboratorio de Rugiero; asistimos á una procesión bajo Enrique III, y vemos á Enrique IV recibiendo con transporte una flor que desde su balcón le arroja Gabriela de Estrées, vestida como un retrato de Moro. El recuerdo de Rubens y el siglo XVII lo evoca la imponente figura de María de Médicis, toda de terciopelo flordelisado de oro, guarnecidos y forrados de armiño la falda y el manto, con el inmenso cuello alto á que ha dado nombre, y esas enormes perlas cuyo reflejo nacarado se comunica á la tez. A mediados del XVII, el traje

de la mujer, y también el del hombre, tiene un momento encantador que debiera eternizarse; un momento estético, acaso nunca igualado: la moda Luis XIII. Y digo Luis XIII, porque en España, por ejemplo, el traje á mediados de ese siglo es lúgubre ó enfático; la melancolía y la falsa hinchazón de nuestra decadencia se reflejan en él. En Francia, al contrario: ¡qué sencillez tan ideal y qué distinción tan aristocrática en la moda femenina y masculina de ese cuadro, *Marion Delorme en 1640!* El cabello airosamente dispuesto encuadrando la cara; el ancho cuello de encaje, la artística manga; la faldamenta ni hueca ni angosta, en la mujer, hacían un conjunto señoril, decoroso, gracioso, y acaso por el traje no parezca Marion Delorme la hétera que fué, sino la más cumplida dama.

Pronto se echa á perder la moda: se infla el ropaje, se yergue como almenado torreón el tocado, y se borran los contornos entre caudalosos pliegues de tela. Esta evolución fatal nos la presenta el cuadro de *Las hijas de Luis XIV sorprendidas por el Gran Delfín fumando en pipa*, y el retrato plástico de María Lecsszinska, en traje de corte. De tan funesta dirección salieron las enormes pelucas, las faldas de tontillo y las caderas de mimbre y alambres llamadas *paniers*.

Al llegar al estilo Luis XV no se debe describir: todo el mundo se lo sabe de memoria. Es una época revivida y más conocida hoy que, por ejemplo, la de 1840. Así es que no se le ha consagrado en el Palacio del Traje sino un

cuadro, *Las visitas*. Dos recuerdan la época de María Antonieta: un paseo en bote por el lago de Trianon, escena mágica de tapiz de Goya, y un palco de la Opera. El titulado *Los dos besos*, pertenece ya á la Revolución, y es imposible idear nada más lindo que la figura de mujer en ese cuadro. Después, el taller de modista de sombreros bajo el Directorio; la prueba del manto nupcial á Josefina, á la cual asiste preocupado y grave el vencedor de Europa; la divertida escenita del *Novio*, en 1820, y el bautizo en la época romántica: otros tantos primores.

Las modas del segundo Imperio, últimas históricas, son incoherentes, desairadas y descocadas.

Sólo me gusta el peinado, largo y deshecho en abundantes rizos ó prolongado en zorongo. Pero los volantes en pabellón y escalera, el miriñaque, el polisón, las bertas, las sosas mangas, incómodas y fuera de su sitio, las colas infinitas, no tienen pizca de garbo. Faltaba á este segundo Imperio un ideal, siquiera fuese el secatón ideal greco-romano del primero; faltábale un estilo: nuestra compatriota Eugenia de Guzmán no supo imprimírselo, á pesar de la natural distinción de su figura de cisne.

Enumerando rápidamente los cuadros, no me queda tiempo para decir nada de los peinados, de las sesenta muñecas de peluquero que empiezan en Enrique II y acaban en 1900, y están lo que se dice bordadas en pelo, una serie de maravillas del arte capilar... Ni de los acceso-

rios, abanicos, pieles, ramilletes, pomos de esencia,— cuya historia puede estudiarse en las galerías y tiendecillas de los rincones del Palacio. Mi pensamiento está fijo en aquellas hembras galas trémulas y haraposas, y al ver los trajes de actualidad, los abrigos regios, los *deshabillés* incitadores, las bordadas y vaporosas túnicas de baile, me dije á mí misma:

—En estos diecinueve siglos ha sido creada la mujer.

XXXIV

EL PALACIO DE LA NATURALEZA

Con tanta máquina é industria, con tanto arte, quedarían relegados á segundo término los productos naturales si no los representasen dignamente, dentro de esta enciclopédica Exposición, además de los palacios de «Horticultura» y «Arboricultura» el vastísimo edificio dedicado á «Caza, pesca, selvicultura y cosechas». El contenido del edificio tiene la seducción y el encanto peculiarísimo de las cosas rústicas y marítimas, la sugestión de la vida libre y aventurera, lejos de las ciudades y fuera de la civilización refinada. El olor peculiar de este Palacio es á resina y brea, á travesía larga y á pinar.

Mientras las galerías de Exposición de máquinas—lo confieso—me aburren considerablemente, en este Palacio de la Naturaleza me encuentro como en mi casa. Las montañas y el

mar, grandes amigos de mi juventud, me acojen y me revelan los tesoros guardados en su vasto seno. La esencia de los pinos dilata mis pulmones. Estamos en el campo, que da salud y fuerza. Es la nodriza aldeana, de leche densa y pura.

En la sección francesa, se demuestra el interés con que mira Francia el cultivo forestal. Los celtas galos, venerables abuelos de los franceses, no se equivocaban al considerar sagrado el árbol. Uno de los males de España es haber sido decalvada y que no volvieses á retoñar la verde cabellera, sombra, poesía y salubridad á la vez.

En dioramas puede verse aquí el modo de proteger y fomentar el árbol, y al lado, la variada riqueza extraída de la madera: maderas de construcción; utensilios; juguetes; adornos; muebles; madera esculpida, decorada, torneada, curvada, rehendida, tejida, entrenzada; un museo de palo. Luego, la madera en bruto, y los carbones vegetales, para hornos, para chimenea, y hasta para hacer polvos dentífricos, y la industria corcho-taponera, y el corcho aplicado á todo, incluso á alfombras, y el mimbre en baúles, cestos, casas enteras, y las serrerías, tan perfectas, que consiguen serrar tablas del grueso de una hoja de papel.

La pesca no se queda atrás. Existen en Francia noventa mil pescadores, y el rendimiento de las costas pasa de cien millones de francos anuales; pero se quejan los que estudian este ramo de riqueza, de que los marineros no son

lo bastante instruídos, no saben servirse de mapas é instrumentos náuticos, y arriesgan su vida por poca cosa. Para remediar el daño se ha creado una Sociedad de enseñanza técnica de pescadores, que irradia en escuelas especiales á los puntos de pesquería. Aquí vemos el fruto de su labor, y aprendemos que el pescador rudo, semisalvaje, no es el ideal, y que en esta cuestión, como en todas, no estorban las nociones científicas.

En esta sección de pesca, entre rollos de cuerda y trajes embreados, encuentro algo que me retrotrae á la niñez. ¡Los trabajos de conchitas! ¡Qué cosa tan candorosa! Floreros, cajas, muñecos hechos de margaritas y caracolitos, en los pueblos de la ribera... ¡Y cómo entusiasmaban á la chiquillería! Pues esta puerilidad aparece aquí, donde lo hay todo; sólo que la laborcita francesa, sin dejar por eso de ser una niñería, es un primor.

Hallo tambien los elementos de la pesca de caña, entre los cuales me llama la atención un insecto creado por el hombre; la mosca de anzuelo ó sea la mosca artificial. Es bonitísima y tiene mil variedades. Dan ganas de poseer una colección de esos bichos monos.

Esponjas y corales sirven de tema á instalaciones de un carácter extremadamente pintoresco, con los indispensables dioramas, de los cuales tanto partido se ha sacado en esta Exposición. Las latas de conserva en pirámides plateadas y doradas y los peces enteros sumergidos en aguardiente, declaran la fecundidad de

las costas. Las cosechas, ó para mayor exactitud, las «cosechitas» francesas, al parecer un juego, son una mina. Como que abarcan los dos aderezos gastronómicos de lujo: consagración de la cocina francesa en el universo—setas y trufas—y los famosos «simples» ó hierbas aromáticas con que la Edad Media destilaba bálsamos y los Benedictinos sostienen su lucrativa industria de destilar licores. Al ver las hierbas secas de la «cosechita» de los Padres, yo pensaba en nuestros montes, tan ricos en plantas olorosas, y en que es preciso afinar nuestra industria licorera, y que no salga de España el importe de una gota de Chartreuse.

Entre los productos marítimos al nivel de la sardina y de la ostra, descubro la perla. Hay en el escaparate de las bivalvas perlíferas (que no son sólo ostras, pues aquí encuentro hasta perlas de agua dulce) algunos ejemplares que no desdeñarían los joyeros del Palacio de los Inválidos; perlas rosa, negras, azules, rojizas, lisas, barrocas; ya incrustadas en la madre perla, ya sueltas, luciendo su perfecto globo nacarado. Y el nácar, hermano menor de la perla, anda no muy lejos, brillante, sonriente como la dentadura de una boca bonita.

La nota cruel de este Palacio es la caza. A ella debemos las ricas pieles y las finas y suaves plumas; pero da lástima leer el rótulo que explica cómo las de avestruz fueron arrancadas á los animales vivos. Para los aficionados é inteligentes en armas de fuego existen aquí tentaciones y sorpresas. Las trampas, collares

de perros, jaulas de perdiz, mochilas, cinturones, los accesorios de la caza, en suma, nunca se acaban de ver. La concha y el asta constituyen un ramo importantísimo. En agricultura hallo un cañón... No hay que asombrarse. Un cañón de bombardear á las nubes para deshacer los nublados.

Son los más interesantes los productos de las cazas exóticas en países remotos, las hermosas pieles rusas, la industria de los chinos cazadores de almizcle y de los abisinios extrayendo, por medio de una cuchara curva, la glándula olorosa de la rata de algalia. Para rarezas, un retrato que se les ha ocurrido: un retrato de pieles, el retrato del Presidente de la República. ¿Y cómo se puede hacer un retrato de pieles? ¡Qué se yo! A pesar de haberlo visto, no me lo explico todavía. Es algo semejante á los cuadritos de conchas: obra de paciencia y de capricho. El fondo es nutria castaña; el pelo y la barba grises, chinchilla; la camisa y la corbata, armiño; el frac, nutria negra; el cordón de la Legión de Honor, una piel rojiza, llamada *breitschwarz;* y así... Retrato abrigado, de invierno riguroso. No sé si es abogado el Presidente, y si algún malicioso dirá de él que se ha retratado con tiras de piel de su clientela.

Rusia presenta su magnífica colección de peces, y las variedades del célebre «caviar»; el Japón le hace competencia con sus conservas alimenticias y las preparaciones de algas marinas «comestibles». ¡Ah! Por allí veo los colores nacionales... ¿Qué habrá enviado España?

Ni montañas ni costas nos faltan ciertamente, y si no abundan las selvas, es que seguimos siendo conspicuos taladores como en tiempo de las algaradas del Cid, y no aprendimos á plantar... El Océano y el Mediterráneo nos brindan dobles y distintas riquezas; y múltiple y varia es la flora de nuestros montes, valles y llanuras... Bien podremos en este Palacio de la Naturaleza—ya que en arte é industria flaqueamos—ocupar el puesto que Dios otorgó á la bella Península...

Una vitrina con armas de Eíbar y Orbea—en su mayor parte revólveres—; unas fotografías de féretros incorruptibles—como si, á semejanza de los egipcios, sólo la muerte estimulase nuestro genio inventor—; unos aros de cribas; algunas labores de esparto, no de las más delicadas; dos lágrimas de goma virgen; una inmensa rueda del tronco de un olivo; la Torre del Oro en corcho... y ahí tienen ustedes cuanto ha remitido España de lo que la Naturaleza cría en su suelo y en las costas que la cercan y estrechan en doble abrazo. Ni siquiera hemos tenido alma para remitir á este Palacio un toro, un toro disecado y natural: sería una humorada típica... A bien que de toros pintados... de eso enviamos una Muñoza.



XXXV

MUÑECOS INSURRECTOS

No está en la Exposición misma, sino en un pabellón contiguo, el conjunto de las obras de Rodin, caudillo de la nueva escuela en escultura. Voy á decir algo de ellas, pisando terreno candente donde se libra reñida batalla, y aspirando á evitar el apasionamiento. Porque Rodin es para muchos un semidiós, y para bastantes un guasón ó un loco. Importaría poner la balanza en el fiel.

Juzguemos como juzguemos á Rodin, hay que reconocer el alto puesto que ocupa entre los escultores contemporáneos, y lo que han preocupado á la opinión inteligente sus doctrinas y sus creaciones. Lo curioso es que, á la edad que hoy cuenta este maestro — sesenta años cumplidos—con su fama, con el trabajo realizado, con bastantes obras adquiridas por

el Gobierno, colocadas en el Museo del Luxemburgo, expuestas en la Centenal de escultura—clásicas ya—Rodin, en vez de sentarse apaciblemente en el Olimpo, permanece en actitud de protesta y rebeldía, de revolucionario y de innovador. En su larga carrera no ha llegado á ponerse de acuerdo con el sentido general del público, y sus obras más recientes son las que han arrancado mayores protestas y armado alboroto que dura, polvareda visible aún entre el inmenso remolino de la Exposición.

Dícese que Francia, tierra de grandes escultores, ha sido siempre madrastra para ellos y les ha desconocido ó perseguido. Tal fué la suerte de Juan Goujon, de Puget, de Barye, de Houdon, de Carpeaux. Si bien el viajero podría suponer que, al contrario, la escultura es un arte especialmente protegido en Francia, el aserto anterior, fundado en datos biográficos, no carece de exactitud, y nos explicaremos el hecho, añadiendo este comentario: Francia ha solido combatir á los escultores cuando no se sujetaron estrictamente al ideal del clasicismo académico reconocido y consagrado en las esferas oficiales. El realismo, la libertad, en escultura, han solido encontrar oposición. Recuérdese la botella de tinta arrojada al famoso grupo de Carpeaux *La danza*. ¿Querrán ustedes creer que casi envidio para España este modo de ser? El público será juez recusable; se equivocará de un modo burdo; no obstante, indicaría más bajo nivel de cultura que estas cuestiones le fuesen (como nos son por

ahí) indiferentes, con glacial y acorchada indiferencia.

Rodin tuvo por maestros á dos eminentes escultores, Barye y Carrier-Belleuse. Poco después de la caída del segundo imperio cemenzó á hablarse de Rodin y á discutirse su estilo á propósito de la estatua conocida por *La edad de bronce*. En aquellos primeros años su cincel produjo, además del expresivo *Bautista* del Luxemburgo, los bustos de Laurens, de Víctor Hugo, de Dalou. Trabaja Rodin mucho y aprisa, aunque siempre medita despacio la idea. El catálogo de sus obras sería interminable. Sólo en el pabelloncito de la Avenida de Alma figuran ciento cincuenta obras, algunas célebres, y entre ellas la discutidísima estatua de Balzac, cuya *fama infame* (para la mayoría) ha pasado la frontera y repercutido en España.

Ni he de fatigar al lector con listas, ni con largas disquisiciones sobre la estética peculiar de Rodin; pero no se entendería lo que escribo si omitiese exponer los principios fundamentales de esta estética.

Rodin no quiere ser jefe de escuela, y casi sufre al observar que los escultores franceses y extranjeros (como Wallgren) le siguen los pasos. Su aspiración se cifra en retroceder hacia las fuentes de la tradición escultórica—los griegos—y empaparse en la Naturaleza directamente. No es caso raro que el artista, al realizar la obra, desmienta su credo y eche abajo su propia doctrina. Nadie más diferente de los griegos que Rodin. Si no me ofusco, los griegos son los

adeptos de la escultura muscular, y Rodin el de la escultura nerviosa. Al exponerle respetuosamente esta objeción, contestóme Rodin algo que me hizo fuerza. Los griegos esculpían la vida tal cual la veían palpitar ante sus ojos. El *griego* de hoy debe hacer lo mismo. Si el resultado es diferente, será que es diferente nuestra vida, no que haya variado el ideal estético.

V*ida*, pero moderna, actual, anima á los muñecos de Rodin. Cuando se apartan de los arquetipos de belleza, es que reproducen las deformidades de la civilización. No son ya nuestros cuerpos aquellos cuerpos recios y sanos que crea la vida activa y el continuo beso del aire libre, como observaba acertadamente el descubridor portugués que escribía al Rey don Manuel encareciendo la robustez y hermosura corporal de los salvajes. Ningún griego (si los griegos eran cual nos los figuramos según sus estatuas, cosa que no afirmo) tendría esas manos desfiguradas, nudosas, reumáticas, que he observado en el grupo de Rodin, *El beso*, expuesto en el *Hall*.

¿Qué cualidades brillan en Rodin y le distinguen? Intentaré decirlo en pocas palabras, aunque el asunto merecería estudiarse detenidamente. Rodin es fino, sin debilidad, antes con arranques de vigor. Propende al ensueño y al idealismo: logra muchas veces producir una impresión de *inmaterialidad*, de algo musical, (por esto suelen compararle á Wagner) y de pronto la visión directa de la realidad se le im-

pone, y la fija en el barro ó en el mármol. Su originalidad se expresa por medio de las líneas; no trata de llamar la atención con nuevos procedimientos, ni apela á servirse de materias ricas ó desusadas, ni aun busca temas que causen extrañeza. Algo de lo que más impresiona en la exposición de Rodin está hecho con suma sencillez. Es muy expresivo, y no conozco escultor más movido, pero nunca exagera las actitudes al estilo dramático y convencional de los italianos. Hasta en los asuntos más escabrosos conserva el aticismo francés.

El carácter de su escultura es un esfuerzo intenso, casi doloroso, para emanciparse de la materia y someter á la idea el elemento plástico. Alguien ha dicho que Rodin no acaba; que expone una serie de bocetos. No es exacto. Rodin detesta el límite, prisión de la idea, pero sabe acabar, cuando quiere, con la delicadeza mayor. No aboceta por abocetar. Si se lo propone, pocos artistas le superan en perfección y maestría.

Atrevidísimos son, en su mayor parte, los asuntos que trata Rodin, y, sin embargo, la impresión que causan es el del orden poético, más arriba de los sentidos. Tantos y tan apasionados grupos (admiro el arte de agrupar de Rodin) no evocan bajezas ni miserias, sino anhelos del alma. Hasta lo más profano lo idealiza Rodin. Faunos y faunesas, driadas y bacantes pertenecen á nuestra edad; el espíritu los ha tocado con sus alas.

Y se necesita gran efusión de espíritu para

infundirlo á esas parejas que se estrechan «ferozmente», «encarnizadamente», «con desesperación», dice el catálogo. Ved la *Posesión*, el *Pecado*, el *Fauno raptor*, las nefandas *Sirenas*, el *Beso del fantasma á la virgen*, las impúdicas *Bacantes*, los dos grupos *Fugit amor* é *Idolo eterno*, el titulado *Eterna primavera*... y todos los que, por medio de la actitud, sugieren la alta melancolía del sentimiento insaciable, la honda nostalgia de lo infinito. *Fugit amor* es de los muy interesantes. Nunca Rodin alardeó con más gracia de esa cualidad enteramente suya: el profundo idealismo revelado por medio de la representación de las más osadas realidades.

Si otro que no fuese Rodin modela el número 15 (cuyo asunto no me atrevo á indicar) haría algo feo y grosero. Y es que en Rodin, si la concepción va hasta donde puede ir, la realización es un prodigio de castidad. La completa desnudez de sus grupos se diría que lleva velo. Cosa singular: lo enlazado, retorcido y excesivo de la actitud en las figuras, contribuye á salvar el decoro.

Para informar debidamente al lector de la Exposición privada de Rodin, convendría estudiar sus originales bustos (algunos magníficos, (sus obras de mayores dimensiones, como el *Monumento á Víctor Hugo* y *Los burgueses de Calais*, y recoger los ecos de la polémica sobre el raro muñeco, la estatua de Balzac, que á mí también me parece apuesta, reto y carcajada de artista, que se ríe de los filisteos

con risa luminosa... Pero la originalidad de Rodin para mí está completamente en sus grupos. Habría hecho bastante si no hubiese hecho otra cosa.



XXXVI

OTRO BUSTO

La fama de Pasteur, aunque tan grande, no guarda proporción con sus méritos, ni con los servicios que ha prestado á la humanidad. A Pasteur, Grecia le hubiese erigido templos, y sobre alguna colina del Atica, en bosquecillo frondoso de olivos, mirtos y laureles, se alzaría labrado en mármol el numen que aquí preside la sección de Higiene: el busto de Pasteur.

Este busto y el de Kruger... La Ciencia y el Derecho; la Independencia y la Verdad. ¡Hermosa pareja ambos bustos! Dignas eran esas dos cabezas del artista heleno que modeló las vigorosas testas de Solón y Licurgo.

Si me preguntasen quién es el hombre más insigne de este siglo que va á terminar, respondería: Pasteur. No por sus trabajos, sino por el camino que sus trabajos abren; no por descu-

brimientos capitales, ni siquiera por aplicaciones de descubrimientos, sino por algo de mayor transcendencia, de ilimitado alcance: por lo que pocos encuentran ya: una teoría, un principio.

La Exposición de Higiene se cobija en el mismo Palacio que la de Guerra. Caben holgadamente, y se completan y forman contraste. La muerte y la vida; la destrucción y la preservación. Y ved como no me engaño respecto á la talla de Pasteur. Quizás no estamos en época de caudillos. ¿Sabéis de alguno cuyo busto os atreviéseis á colocar presidiendo la Exposición de Guerra? ¿Cuál de estos soberanos de Europa que ni se atreven á jugar á los soldados, haría mediana figura, en su especialidad, frente á Pasteur? ¿Cuál de ellos, poseyendo ejércitos, haciendo que resuellen fuego noche y día las fábricas de armas, erizando sus fortalezas de cañones, oprimiendo los mares bajo el peso de los ingentes acorazados, cuál de ellos logra, victorias cruentas comparables á las incruentas de Pasteur?

Y los enemigos que Pasteur combate son invisibles, en tal número, que llenan por completo el espacio. Pensar en lidiar contra los organismos microscópicos, cuando parecen tener de su parte á la fatalidad material, y ser por ella invencibles, es la quijotada sublime que Pasteur convirtió en sublime realidad. Falta un Homero á la epopeya moderna, que se llama la *Micromaquia*. Pero, debido á Pasteur, en esta Exposición la ciencia presenta, atados á su carro de luz, los vencidos. Ahí están cautivos, encerrados en la cárcel de cristal de un frasco,

y para mayor triunfo, sus cuerpos escriben en letras luminosas el nombre diamantino de Pasteur y el guarismo del último año del siglo XIX: 1900.

Sumisos al pacífico Campeador, los microbios, semejantes á los prisioneros de guerra que amasaban el pan y labraban las heredades de sus vencedores, tendrán que servirnos, penetrando en nuestras venas y defendiéndonos del contagio. Las pestes, tan frecuentes antaño, incluso la bubónica, que en España conocíamos por *mala landre,* ya no nos dan cuidado, merced á la higiene y al suero:—una consecuencia, entre muchas, del principio de Pasteur.—Reciente está la alarma de Glasgow, y la petición hecha al Laboratorio parisiense del suero antipestoso, y la bella respuesta de Francia: «Ahí lo tenéis, y si necesitáis más avisad. El Laboratorio está preparado. Desde hace seis meses, en previsión de algún chispazo que pudiese turbar la alegría de la Exposición, acuden á París, relevándose, los médicos de partido de la nación entera, y estudian la producción del suero Yersin y sus aplicaciones. Ningún contagio se propagará en tierra francesa.»

Las que parecían misteriosas maldiciones del destino, se sabe que son infecciones, y miradlas embotelladas, cual los venenos del alquimista Rugiero... El doctor Roux presenta así los bacilos de la tisis, del carbunclo, de la bubónica, del cólera morbo, de la fiebre amarilla, de la lepra, de la pulmonía, de la angina,

de la rabia. Contra todos, y otros muchos males, hay ya recursos; hay *vacuna*, hay *suero*. Todavía se discute este sistema; no le faltan impugnadores; pero gana terreno sin cesar. La inoculación para la mordedura de las serpientes dicen que salva la vida á centenares de hombres en los países cálidos. Si no es la curación infalible, es la esperanza. Una fatalidad menos, otro eslabón de las cadenas de Pasteur que se hace añicos.

Elocuente comentario de la Exposición de Guerra, esas vidrieras donde se guardan los elementos de la cura antiséptica, gloria de Lister, fruto de la semilla arrojada por Pasteur. Las vendas, los algodones hidrófilos, las gasas fenicadas hablan de heridas, evocan la ambulancia, el cuadro cruento de la amputación. Pero más allá, las aguas minerales prometen alivio al veterano achacoso, al mozo anémico, y los aparatos protectores de ojos, nariz y garganta, para evitar el polvo, que asfixia, hacen pensar en caminatas por abrasadas llanuras.

El movimiento intenso á favor de la higiene se ha comunicado á toda Europa, desde el laboratorio en que el maestro trabajaba—y en la Exposición puede comprobarse cómo es de universal, de *católica*, la enseñanza de Pasteur. No reina sólo en el Palacio de la Guerra: la higiene se ha apoderado también del Palacio de Economía social y Congresos, y de la sección de Beneficencia, que al fin, en higiene se traduce... Todas estas grandes cosas que realiza nuestra edad, la Edad Media las había pre-

sentido, expresándolas por medio de leyendas. San Francisco y Santa Isabel de Hungría, ¿qué hacían? Lavar á los enfermos, á los apestados...

En la sección de higiene de Alemania noto que el gran imperio remite, como signo de la atención que presta á la higiene y á la democultura, las estadísticas (de bulto) del aumento de la población desde 1815 á 1895. Son torres Eiffel, de menor á mayor. Y esa serie de torres Eiffel (sutil ironía), revelan un incremento que llamaríamos alarmante, si no se pudiese atribuir á la bendición del Señor, concediendo á los germanos numerosa y masculina prole.

Austria, tan próxima á los países de Oriente, que envían los miasmas; Italia, la de las pestilentes *maremmas* y de las estancadas lagunas; Suiza, á pesar de la pureza de su aire de montaña; Holanda, que expone el microscopio más antiguo del mundo; Inglaterra, la de las viejas tradiciones de pulcritud; hasta Portugal, que en Oporto recibió tan terrible lección el año pasado por este tiempo, tienen sus Exposiciones de Higiene pública. Y Francia, en este caso de honra, echa el resto. No intento describir los múltiples y perfectos aparatos higiénicos que admiro. Baste nombrarlos. Primero, el aseo. Calderas, duchas, jofainas, bañaderas, lavabos de agua hervida, lavabos para antisépticos, fuentes, serpentinas, *tubs*... Un ramo entero de higiene lo omitiré.—Después, la temperatura: reguladores, aspiradores, filtros de aire, ventiladores eléctricos y mecánicos, estufas, irradiadores, hornillos, caloríferos—y la coci-

na, con sus hornos eléctricos, que evitarán, ya para siempre, el peligro de los asados quemados ó crudos...

La ciencia va como el rayo. Hace pocos años todo se desinfectaba con ácido fénico. Los estudiantes de medicina olían á dentista. Ahora cada día se descubre un desinfectante acabado en *ol* é inodoro, como el formol, ó de grata esencia, como el mentol. Vendrá á haber su desinfectante para cada infección... y no son pocas.

No lo ha hecho Pasteur todo, pero trajo las gallinas. Y observe usted—me decía el doctor portugués, casualmente conocido mío, á quien encontré, pienso que rezando ante el busto—que á Pasteur le debe tanto la medicina porque estudiaba la veterinaria...—Viendo mi asombro insistió: Sí: *minha senhora*, la veterinaria... ¡Supongo que á ella pertenecen los estudios de Pasteur sobre las enfermedades de los gusanos de seda y sobre los mismos microbios! ¿Qué son sino *bichinhos*...?

Y al oir que me reía de figurarme á Pasteur como un albeitar, añadió:

—Albeitar del caballo Pegaso... *Unha besta do ceo.*

XXXVII

RETRATISTAS

Quién ha dicho que decae el arte en nuestra edad? Quisiera yo darle á ese un chapuzón en el gran Palacio «erigido por la República á la gloria del arte francés» á ver si recordaba nada más que los asuntos de los cuadros muy buenos. De los días que consagré á la Exposición, una tercera parte se la llevaron las secciones artísticas; y juro, pesia á mí, que no las he visto sino por alto.

Así y todo, si hablo de cuanto fijó mi atención, hago un libro. Me reduciré, pues, á condensar, á extraer el jugo y servirlo en tabletas comprimidas. Ni aun prometo hablar de lo mejor—eso de discernir lo mejor quiere calma y maduro examen—, sino de lo que me haya causado impresión más honda. En este caso, mi crítica de arte tiene que ser subjetiva.

Para facilitar la tarea prescindo de la Exposición Centenal. Como el jándalo aquel que iba perdiendo pañuelos, dejo á un lado á David y su escuela épico-académico escultórica; á Gros, á Ingres, el maestro de la línea; á Delacroix, el romántico que rehabilitó el colorido; á Decamps, el luminista; á Scheffer, lazo de unión del romanticismo y el clasicismo: al retratista Dubufe, á Courbet que inicia el realismo ¡al famoso lienzo porta-estandarte del *Bonjour*!—á Isabey, á la pintura social de Daumier, á Raffet y Charlet, que evocan los recuerdos de gloria del Imperio; á la poderosa y rústica Rosa Bonheur; á Jacques y sus églogas pastoriles; á Daubigny, á los delicados pasteles de Millet, á Couture, á Fromentin, á los retratos de mi predilecto Regnault—autor de aquel asombroso *General Prim* que está en Francia porque no agradó á una familia española—; á Gustavo Moreau y su *Salomé* pintada con polvo de oro; á Falguiere, á Baudry, al revolucionario Manet—un mundo en un bodegón—, á la escuela impresionista, Renoir, Monnet, Degas, al *Asesinato* de Carolus Durán, al retrato de Bastien Lepage, al simbolismo de Puvis de Chavannes... y quédense ahí estos y otros maestros que desde 1800 han transformado y renovado la pintura francesa y la de Europa. Con más razón haré caso omiso de los dibujos de la Centenal, y cuenta que los hay tales como los treinta y dos de Ingres, los de Prudhon, y, á título de curiosidad, los asaz extraños del poeta Víctor Hugo.

Cuando después de la Centenal visitamos la

Decenal de Francia; cuando nos vemos obligados á reconocer su aplastante riqueza, asentimos también á la afirmación de que si en arte Roma es el pasado, lo actual es París. Así los Estados Unidos, que no se duermen, han solicitado autorización para fundar en París una escuela de pintura, sanción oficial de lo que extraoficialmente viene sucediendo. El número de artistas extranjeros que concurren á París, con fines de estudio, se calcula en diez mil, y muchos, como Stevens y Whistler, han llegado á ser parisienses, en el mejor sentido de esta prodigada y no siempre halagüeña denominación.

Viniendo á la Decenal francesa, en ella veo confirmada la teoría de un historiador de la pintura, según la cual, la obra de nuestro siglo es el tránsito de la tradición á la libertad. Añado por cuenta propia que la libertad autoriza el regreso á la tradición. Libertad y variedad, son las notas características de la Decenal, y con razón me escribe otro crítico y artista español, que sabe dónde le aprieta el zapato: «No hay tendencia ni matiz en las secciones extranjeras, no hay novedad ni arcaísmo, que en la escuela francesa no tengan su representación y quizás su origen. La Exposición Decenal, al lado de la Centenal, forma un conjunto asombroso por la exuberancia y el atrevimiento. Si se fuesen á citar los expositores dignos de mención, no se acabaría nunca; la selección ha sido tan esmerada, que gran parte de las obras expuestas, de maestras deben calificarse.»

Verdad patente. Apenas hay *crimen* en la Decenal francesa. Por eclecticismo, se admitieron en ella cosas que desorientan al público, como el famoso y enorme lienzo cuyo asunto no se ha podido averiguar; pero se ha preferido esta tolerancia, á expulsar escuelas ó direcciones nuevas, descabalando la serie del arte nanacional.

Entre los bienes que debo á esta Exposición, incluyo el haberme reconciliado con la pintura moderna. Estaba con ella muy á mal, no conociendo su movimiento y desarrollo, en estos últimos años, sino por los *Salones* de Madrid. Yo siento más el color que la línea; mis ojos son españoles, y el colorido agrio, crudo, claro, enyesado como la faz de un *clown*, me araña las pupilas. En la Decenal francesa, no sólo veo que los semidioses del retrato *españolizan* en el color, sino que encuentro una juventud, una pléyade que vuelve á los tonos calientes y sombríos, á los jugos y á las pastas, y hasta al proscritos, betún. Las desafinaciones y las cacofonías de color han pasado de moda. Así es que muchos cuadros de la Decenal francesa me gustan como si fuesen antiguos. No sé dedicarles mejor elogio.

Además de la reacción colorista, otras direcciones me interesan: el intelectualismo, la pintura cerebral, la literaria, la musical ó sugestiva y la que no sé si llame de historia, pero que revela un sentimiento profundo de lo pasado y lo hace revivir. Todo es lícito cuando se pinta bien, y á pesar de mis preferencias, no

niego el mérito de los *claristas* ó pintores de aire libre, ni de los *prismatistas*, y me atraen hasta los *neblinistas* de tanto talento como Eugenio Carriere y los *esmaltistas* exquisitos como Vibert, cuya *Vuelta de las reliquias,* pintada á la clara de huevo, es un asombro.

Si me preguntan qué genero sobresale en la Decenal, respondo: el retrato. El retrato es á la vez el estudio más real y más psicológico á que puede entregarse un artista. Es la pintura individual, y es al mismo tiempo el tuétano escondido de la historia. Dice más acerca de una época un retrato, que una crónica; y aun en cuadros tan significativos como, verbigracia, la *Santa Forma*, el arte del retratista sobrepuja á la composición.

Pues bien, la Decenal sería pasmosa, sin más que los retratos. Satisface mi amor propio de española ver en ellos rastros de nuestra gran tradición. Medio españoles son Carolus Duran y Bonnat, pero no son los únicos que aquí se han empapado en la contemplación de nuestros maestros retratistas, si bien no extreman el estudio de Velázquez como lo extrema el alemán Lehnbach.

Sólo cinco retratos expone Carolus Duran: verdad que en el número entran el magistral grupo de su hija y nietos, la *Dama vestida de negro*, y el bello busto del *Poeta que toca la mandolina* (por cierto con la mano izquierda), trozo de pintura que, en su intensa perfección, recuerda á Franz Hals. Tampoco es numeroso el envío de Bonnat—siete lienzos—pero hay

que presentarle las armas. Su *Renan* y su *Taine* son sobrado conocidos para que yo los describa. Al lado de los retratos expone Bonnat un paisaje sencillísimo, la revuelta de un camino en Guipúzcoa, que acaso no tiene rival, en su género, dentro de la Exposición.

Después de Carolus Duran y Bonnat, Benjamín Constant. Con menos solidez, Benjamín Constant seduce más; sabe buscar efectos. La gente se detiene admirada ante el prestigioso retrato de la Reina Victoria, perteneciente á la *Ilustración Inglesa*, obra de suma habilidad, de dificultades provocadas y vencidas, y no la cautiva menos el de Emma Calvé con su escala de tonos carminosos y la suntuosidad de su chaquetilla torera.

A Teobaldo Chartran se le discute. A mí me ha subyugado este meridional, paisano de Víctor Hugo. *León XIII en oración* es el *fantasma blanco* del Vaticano, la senilidad casi sobrenatural del Papa, un espíritu, una llama en un viejo y rugoso tronco. Y el extraño *San Francisco de Asís abriendo un surco*, el esfuerzo de la poderosa yunta sobre el árida tierra, el santo visto como en sueños, son otra demostración de que Chartran comprende la fuerza renovadora del misticismo, y es un gran artista místico, á su manera. (Así lo fueron todos, desde Angélico hasta Murillo.) La sacudida de la realidad la encuentro en otro lienzo de Chartran, de historia y de retratos. Se titula *Firma del protocolo de paz entre los Estados Unidos y España*. ¡Con qué impresión de dolor

y con qué reflexiva y concentrada calma me detuve ante ese cuadro!

He nombrado antes á Eugenio Carriere. Este neblinista genial es de los que dejan recuerdo. No cabe mayor sugestión que su retrato del poeta Verlaine. Más hondo todavía, un retrato de niño; y hasta el Crucifijo, del cual tanto se ha escrito, impresiona en su brumosa y trágica poesía.

No he de nombrar á muchos más, y sólo cito lo saliente. Llena está la Decenal de magníficos retratos. Una generación nueva, formada en los talleres de Bonnat, de Cabanel, de Gerôme—de Gerôme sobre todo—, aparece briosa y concienzuda. Entre los retratos que se destacan en primera línea, el del *Hermano José*, por Mathey. Los de Dagnan Bouveret, intachables en su dibujo; los de Foubert, el hermoso retrato de Lemaître, por Humbert; los de Lefebvre (el célebre autor de *Godiva*); los de mujer, tan elegantes, de Baschet; el de la *Dama de negro*, por Gilbert; los de Morot... ¿A qué continuar?

Los periódicos franceses han censurado á los organizadores de la Decenal porque admitieron en ella obras ya vistas en diversas Exposiciones, popularizadas por el grabado. Si tenemos voto los extranjeros, yo apruebo y agradezco lo que hicieron los organizadores. París cree que todos conocen lo que es para él conocido, y no comprende que hemos ido á la Exposición millones de personas que no lograríamos otra ocasión de oir la triunfal sinfonía del arte francés moderno. En particular los retra-

tos, tendríamos que ir buscándolos de casa en casa y viéndolos uno por uno. ¡Dios se lo pague á los organizadores, que encuadernaron aquí 1.700 páginas dispersas, casi todas dignas de asidua lectura!



XXXVIII

HISTORIA Y PAISAJE

Mucha prisa suele darse la crítica á expedir certificados de defunción á los géneros, y es el caso que los géneros tienen, como los gatos, siete vidas. Uno de los difuntos vivaces es la pintura de historia. En la Decenal aparece en corto número de obras, pero con alientos todavía.

Puede defenderse la tesis de que el verdadero pintor de historia es el que pinta sucesos y hasta costumbres y personajes contemporáneos, que serán históricos mañana; pero es innegable que pintores de acontecimientos pasados los *interpretan* (ya que no deba decirse que los *reproducen*) con tal persuasión, que los hacen suyos; y nadie arrojará de los Museos una obra de Rochegrosse, de Moreau ni de Detaille, á pretexto de que estos artistas no conocieron personalmente á Salomé y Andrómaca,

ni asistieron á la rendición de Hunningue. ¿Han asistido, por lo general, los historiadores á los hechos que narran? ¿Oscurece el mérito de Mommsen el no haber vivido en la Roma que estudia? Estoy por decir que en arte la distancia favorece.

Aunque sobresalga en la Decenal el retrato, corresponde lugar no despreciable á la historia. Confirmando lo dicho en el párrafo anterior, los cuadros históricos más flojos, aun cuando lleven firmas como la de Detaille, son los de actualidad, los *vistos* (inspirados muchos de ellos por la visita del Zar á París). Hay, sin embargo, un cuadro enteramente contemporáneo, de Detaille, «Las víctimas del deber» (que yo llamaría, no *de historia*, sino de *costumbres heroicas modernas*), á mi parecer admirable. El asunto, difícil é ingrato, con imposición de luces encontradas y de tonalidades grises y negruzcas, representa, en una escena de incendio, los cadáveres de dos bomberos muertos en el cumplimiento de su obligación, y saludados por un grupo de autoridades que rinden homenaje á aquellas oscuras víctimas. Sin abusar del sentimentalismo, con dignidad suma y verdad extraordinaria, el artista comunica el sentimiento. La impresión es sana y consoladora. Otro tanto puede decirse de la «Salida de la guarnición de Hunningue con los honores de la guerra»; un *cuadro de las Lanzas*, que no equiparo al de Velázquez, si bien contiene trozos de pintura magistrales, sobre todo la figura del tamborcillo.

España es un país tan histórico, que en la cantidad relativamente corta de cuadros de historia de la Decenal, hay varios de asunto español. El de Tattegrain, «San Quintín tomado por asalto», perteneciente á la villa de San Quintín, es propio para que allí se conserve de nosotros triste memoria. Por más que escenas de tal índole nunca suelen ser dulces, algo especial habría en esa, para que los mismos españoles, cuando queremos expresar trastornos formidables, digamos que «se armó la de San Quintín». El artista consigue vencer la dificultad de mover una compacta muchedumbre y destacar entre ella, con especial interés, cada episodio. El desquite del honor histórico de España, es el cuadro de Orange, «Los defensores de Zaragoza», homenaje á la célebre defensa, que por cierto pertenece al Estado.

Tattegrain se complace en lo cruel y horrible. Su cuadro «Las bocas inútiles» es una página de canibalismo en la Edad Media, que á fuerza de espantosa da en risible, y aunque bien pintada, compite en mal gusto con el «Gran cerco de Viena.» Rivaliza con Tattegrain, en el arte de agrupar numerosas figuras, el alabadísimo y habilísimo Roybet, que estudió á Rosales, que se empapó en Rubens y se apoderó de ciertas triquiñuelas velazquistas. La marca de Rosales se ve en el cuadro de «La matanza hecha por Carlos el Temerario en la iglesia de Nesles». Roybet es uno de los prestigios de la Decenal. Más que la «Matanza»—á pesar de ser muy dramática y de estar estudiada con el de-

tenimiento y el vigor que caracterizan á Roybet—me gusta la hechicera «Zarabanda» y los demás asuntos de género, tratados siempre con tino y maestría.

Es natural que el pintor de historia elija el momento dramático; pero el drama interior, la solemnidad moral (como por ejemplo la de la «Guarnición de Hunningue» ó «La firma del concordato» de Frappa) produce una emoción más elevada que la del drama material, cruento y truculento. Este abunda en la Decenal, fuerza es confesarlo, y acaso sea una de las causas de la inferioridad que en conjunto presenta el género, con relación al retrato y al paisaje. Muertes, asolamientos, fieros males, batallas, batallas; ahí tenéis los cuadros de historia; Boutigny reproduce la carnicería de Cholet, en que hace prodigios de valor el jefe vendeano Larochejaquelein; Dawant, la agonía de Couëdic, á bordo de la *Surveillante;* Delahache, la hazaña de Deroulede en Montbeliard; Rochegrose, el atroz asesinato de Geta; Scherrer y Robert Fleury, episodios de la Revolución y del Terror; Surand, la matanza de los bárbaros por los elefantes de Amílcar...

Guarda afinidad con la historia el género legendario y mítico, del cual son ejemplares las terribles «Danaides», de Demont, y el hermoso cuadro «Lady Godiva», de Lefebvre. La transición desde este género al que no sé si se llame «ejemplar», y del ejemplar al religioso, no me parece violenta. De ejemplares califico los cuadros pacificadores ó antibelicosos: si los pinto-

res de historia parecen respirar sangre y exterminio, los ejemplaristas hacen propaganda de amor y paz; y bien mirado, están contestes: la misma lección se desprende de las espeluznantes «Bocas inútiles», de Tattegrain, que del lienzo de Danger, «La transgresión del precepto» (perteneciente á un individuo de la Sociedad de arbitraje), y en el cual Jesús, desde lo alto de una colina, contempla tristemente el sangriento desfile de la guerra á través de la historia. En el de Debant Ponson, los dulces labios del Redentor parecen murmurar: «Yo os había dicho que os amáseis los unos á los otros.»

La pintura religiosa, no sólo no decae, sino que tiene en esta Decenal representación brillantísima. La fe habrá disminuído: no así el místico anhelo de sentir y amar, el ansia de que el arte nos lleve á lo infinito. Con esto basta para dar alas á la pintura religiosa. Hay bastantes más cuadros religiosos que de historia, y tal vez que de «género» ó anécdota.

No quiero omitir uno de Bouguereau, aunque este pintor concienzudo y algo relamido no esté en olor de santidad y sea menospreciado y ridiculizado por la generación joven. Su «Cristo crucificado abrazando á un trabajador», revela verdadero sentimiento. Como interpretación de la fe popular, deben citarse los cuadros de Buland, sobre todo el «Bretón rezando». Ya he recordado el misterioso «Crucifijo» de Carriere, y como estudio de claroscuro muy celebrado, debo mencionar el «Cristo envuelto en el sudario», de Henner. El San Francisco de Asís aran-

do», de Chartran, inolvidable. «La cena», de Dagnan Bouveret, ha sido un acontecimiento: hubo quien comparó al autor con Vinci. Rebajemos. No se nos pase el «Amigo de los humildes», de Lhermitte, ni «El viaje de la Virgen», de Toudouze, ni un tríptico muy bello de Flameng (está en moda el tríptico), «La huída á Egipto».

La original creación de Juan Pablo Laurens, titulada «Juan Crisóstomo», es mixta de religiosa é histórica. Sobre el púlpito aparece el vehemente tribuno y asceta «Boca de oro», concitando la ira celeste y popular sobre la cabeza de Eudoxia, y allá enfrente, en la tribuna imperial, pálida, altanera, interiormente trémula, aunque por fuera impasible, está la Augusta recibiendo en mitad de la frente el estigma, oyendo la irritada palabra del Patriarca de Constantinopla: «Ahí tenéis á Herodías, que pide la cabeza de Juan.» Por cierto que este cuadro me hizo notar lo poco versados que están en historia los críticos de arte, en Francia misma. De diez, nueve han dicho que la emperatriz á quien insulta el Crisóstomo, en el cuadro de Laurens, es Teodora.

No sé si llamar cuadro religioso ó página de libro de caballerías á la obra de Surand, «San Jorge y el dragón». Más dudoso es todavía para mí cómo he de clasificar los muy discutidos cuadros simbolistas de Beraud, «Magdalena en casa del fariseo» y «Descendimiento». El asunto de «Magdalena en casa del fariseo», á decir verdad, siempre ha contenido más sátira so-

cial que eficacia religiosa. El hecho en sí es una protesta contra la hipocresía y la mentira del mundo. La única novedad del cuadro de Beraud es que sus fariseos y su pecadora visten á la moda de nuestra época, lo cual parece significar que desde Augusto y Tiberio acá poco hemos progresado en sinceridad y rectitud. Ni aun es nuevo el propósito de envolver una lección ó una censura á la vida contemporánea en un pasaje de la de Cristo. El Bosco ya había retratado en traje de sayones judíos á sus implacables usureros.

La malicia da nombre á cada figura del cuadro de la «Magdalena». Son histriones políticos, son reyes del oro y de la banca. En cambio, los personajes del «Descendimiento» (donde encuentro mayor misticismo é intención) son anónimos, proletarios y obreros, que bajan de la cruz el cuerpo del Redentor, con actitudes de profunda ternura y de ingenua piedad. Allá á lo lejos, en vez de los torreones de Jerusalén, blanquean los edificios de una ciudad moderna, fabril, con chimeneas y penachos de humo; y un obrero, cerrando el puño, la amenaza, como si la hiciese responsable de la gran iniquidad de la muerte del Justo que están desenclavando...

Mientras miraba despacio, para reseñarla después, la pintura histórica y religiosa en la Decenal, me entretenía en apuntar los asuntos españoles que interesan á los artistas franceses. Triste será decirlo, pero la verdad es que aquí el corifeo de nuestra estética es el toro, y

por consecuencia, el flamenquismo. Si alguien (como la pintora catalana, muy digna de elogio, señora Beaury Saurel), evoca el recuerdo de «Juana la loca en Tordesillas», Bergés expone «Unas flamencas»; Bernard, «Un baile español» (que viene á ser lo mismo); Enrique Zo, «Un incidente» (torero herido entrando en la enfermería); Richon Brunet, la «Llegada de los toreros á la plaza de Sevilla»; Guillaume, «Bravo toro...», y cosas por el estilo, siempre violentas de color, inspiradas en un romanticismo del tiempo de Merimée. Con varias procesiones, interiores de convento y de ventas, posadas y herrerías, puedo cerrar la lista de los asuntos españoles. Rastros de la escuela de Fortuny, un tiempo tan influyente en París, se notan todavía en algunos de estos hispanizantes.

La relativa escasez de cuadros de historia y el número restringido—aunque muy superior—de cuadros religiosos, contrastan con la invasión del paisaje. No los he contado, pero sospecho que más de la mitad de la Decenal, casi las dos terceras partes, son paisajes (incluyendo el paisaje con figuras, y las marinas ó paisaje marítimo). Este género, hijo de la edad moderna, que expresa la íntima comunión con la Naturaleza, llena, inunda la Exposición.

Por eso sólo citaré los que se hayan quedado fijos en mi memoria. Uno es el de Bonnat, ya elogiado en anterior artículo; otros, los admirables de Vayson (con figuras) en que se descubre á un discípulo de Goya: «el Camino del

mercado» y el delicioso «Engasado», los toros de la Camargue vadeando á nado el Ródano. Y claro es que en primera línea, y entre el cuadro de género y el paisaje, coloco los delicados y sentidos y frescos idilios de Julio Bretón, que huelen al heno de las praderías y al humo de las cabañas, y que, sin embargo, en medio de su sinceridad campesina, son tan ideales, tan místicos, de poesía tan inefable. El predominio y la apoteosis del paisaje es un hecho significativo. La corriente más honda de nuestro sentir se revela en ese fenómeno artístico que en la Decenal salta á los ojos, y sobre el cual mucho podría escribirse.

XXXIX

BALANCE

Al cerrarse el certamen y terminar estas reseñas, en que he procurado condensar y abreviar, por ser la tela mucho más larga que las hechuras, quisiera emitir juicio sobre el conjunto de la Exposición; juicio en que irá envuelto otro acerca de nuestra gran hermana latina, esa Francia que en nosotros tanto influye, y que más debiera influir en distinto terreno que en el de la moda variable, porque Francia no es sólo una tienda de modas literarias ó femeniles.

Se han apagado las brillantes iluminaciones; han dado fin las fiestas fluviales y terrestres; la piqueta va á convertir en escombros los palacios de caprichosa, recargada arquitectura; fardos y cajas de embalaje ocupan las avenidas antes tapizadas de césped y salpicadas de plan-

tas raras y flores exquisitas; cada nación, cada establecimiento industrial, cada particular, antecoge sus pertenencias, y la fabulosa riqueza junta en espacio relativamente tan corto, se desparramará otra vez por el universo. La Exposición no existe. ¿Ha sido fracaso ó triunfo?

Cuando empecé á remitir estas crónicas á *El Imparcial*, creo que la opinión se inclinaba al fracaso. Había contra la Exposición una impaciencia sorda, una saña de apretados dientes, una instintiva repulsión, chispeantes enla prensa y en las conversaciones. El coro zumbaba con irritación de avispero. Yo misma, al entrar en el vagón que había de llevarme á Francia, dentro de ese *sudexprés*, ahora trágicamente descarrilado y cuyas molestias describí por el aspecto cómico, sentía desfavorable impresión, algo que no se define y que prepara la desilusión completa. Desde el primer día, en mi espíritu se inició la reacción favorable; y aunque por la autoridad de mi pluma no pueda lisongearme de haberla determinado en mis lectores españoles, séame lícito creer que he contribuído á ello, auxiliada eficazmente por la enorme publicidad y circulación del gran diario madrileño en que mis crónicas se imprimían.

¿Por qué iba á ser la Exposición ese fracaso que pregonaban? ¿De qué manera puede fracasar una Exposición envolviendo en el fracaso á la nación que la patrocina? ¿En qué consiste el fracaso ó el triunfo de una Exposición universal?

Fracasa una Exposición cuando lo expuesto

es poco, vulgar, sin interés; cuando se retraen los expositores. En la que acaba de cerrarse, el material expuesto era en tal cantidad y de tal calidad, que para ver separado lo que allí se ha visto junto, habría que pasearse años enteros en todas direcciones al través del planeta, «desde el ardiente hasta el helado polo». Naturaleza y arte, industria y ciencia, á porfía se esmeraron en prodigar sus tesoros y revelar sus secretos. No sé de ninguna manifestación de la actividad humana, no sé de ninguna forma del sentimiento ó de la inteligencia que no se encontrase representada allí, en el recinto de lo que muchos españoles—con el fácil desdén que caracteriza á la frivolidad, á la irreflexión y á la incultura—llamaban la Feria... con aditamento de adjetivos aflamencados.

Fracasa una Exposición cuando, aunque exponga mucho y bueno, el público no se decide á contemplarlo y á admirarlo. De este género de fracaso estuvo amenazada la Exposición. Estados enteros—verbigracia, Inglaterra—se retrajeron. Apenas se ha oído hablar inglés; apenas se ha visto la silueta humorísticamente exagerada del eterno turista de patillas azafrán, colosales gemelos y terno á cuadros, ni de la secatona *miss*. El Transvaal les escocía á estos insulares. En otras naciones, la benevolencia hacia la Exposición no se extremó tampoco. Todo empuje, toda victoria, hace amarillear algunos rostros. ¡Francia cerraba el siglo con tal brillantez! Era preciso cobrárselo.

Pues bien; á pesar de abstenciones, desvíos,

frialdades y tácitas conjuras; á pesar de desaciertos administrativos, de innegables deficiencias en la organización—al fin era la obra de Picard y del Gobierno francés obra humana—, la hermosura, la grandeza del conjunto venció, y acudió la muchedumbre que racionalmente cabía esperar. El término medio de entrada diaria en la Exposición ha sido de doscientas á trescientas mil almas. Los días festivos y extraordinarios ha oscilado entre cuatrocientas y quinientas mil. En ocasiones extraordinarias ascendió á la formidable cifra de setecientas mil—casi vez y media la población de Madrid... ¡que es un bonito río de gente!

Y recordando estos números, ¿quién no comprende que no hubo tal fracaso económico? ¿A quién pudo arruinar la Exposición? ¿A algún empresario de café exótico ó de danza cochinchina, que no acertó á dar gusto á los señores?—La afluencia de viajeros á Francia y á París tuvo que constituir un ingreso colosal, manantiales de oro fluyendo siete meses seguidos. Empresas de ferrocarriles y de toda clase de transportes y medios de comunicación; fondistas, hosteleros, industriales de toda especie; modistas y modistos; hasta médicos y cirujanos, y boticarios y empresarios de pompas fúnebres—pues la enfermedad y la muerte sorprenden en viaje sin esperar al regreso—han debido de realizar pingües ganancias. Se ha calculado que los forasteros y extranjeros que constituían en este período la población flotante de París, gastaban, por término medio, *un*

millón de duros diario. ¿Qué les parece á ustedes del *fracaso* para el comercio parisiense?

Pero—objetan—al Estado no le resarce de sus gastos la ganancia de los particulares. La teoría es curiosa, y además genuinamente española, de este país donde batallan la Hacienda y el contribuyente, entidades en guerra, dispuestas á no cejar hasta que sucumba el adversario. En Europa, lo que aprovecha al país aprovecha á la Hacienda pública. El contribuyente en buen estado, nutrido y robusto, hace el tributo fácil y pingüe. Aunque el Estado francés hubiese enterrado en la Exposición unos cuantos millones, los daría por bien empleados ante la prosperidad pública.

Y es el caso que yo no creo en tal entierro de millones. Los mayores dispendios de la Exposición, los dos Palacios, grande y chico, y el puente de Alejandro, son obras que perduran y enriquecen la serie de los grandes monumentos de la metrópoli francesa, centro, foco, Meca de la vida artística en el mundo. París es lo bastante opulento para derrochar con garbo en palacios y puentes. Deducidos esos gastos, los restantes acaso los cubra el rendimiento de las concesiones de instalación. Y si hay algún déficit, que no lo sé, ni importa, bien compensado quedará por la nombradía y la gloria y la satisfacción de haber cincelado esta llave de oro con que cierra Francia el siglo XIX, en medio de la paz, del júbilo, del himno triunfal del progreso y la energía humana.

Francia es rica. La economía y el trabajo han

reparado las pérdidas de la derrota, la invasión y la indemnización que sangró sus venas y que Alemania guarda en una torre misteriosa y sombría como una amenaza. He leído poco ha que las reservas de oro del Banco, en París, son las mayores del mundo, y ascienden á sumas que causan vértigo. No he pretendido, ni pretendo, que sea Francia la nación idealmente constituída. ¿Hay alguna? ¿En cuál no existen hondos problemas? Francia los tiene gravísimos, y el porvenir es obscuro. Lo que he dicho reiteradamente á mis amigos franceses, es que, ante nuestra postración, casi envidio para España esos problemas y hasta esas disensiones, esas luchas, y se las envidio más cuanto más encarnizadas... Son oxígeno vital. Les envidio su asunto Dreyfus; les envidio sus nacionalistas, sus militaristas, sus antimilitaristas, sus clericales y sus laicos, sus intelectuales y sus *accionistas*. Desde lejos y aun desde cerca, para el que no es francés, el cuadro de batalla es atractivo como un Vernet ó como un Neuville. Lo único triste y feo y sin horizontes, el marasmo, la indiferencia, la parálisis, la lucha enana por egoísmos individuales, locales, profesionales ó corporativos. Combatir por corrientes de ideas, aunque sea entre polvareda asfixiante é impura, y suspender el combate para ofrecer á la humanidad un espectáculo como el de la Exposición... eso es ser una nación magnánima, y si la decadencia latina avanza, no será por culpa de Francia, que no deserta de su puesto avanzado y de honor. He aquí lo que deduzco de mi balance francés.

El balance español... ¡Ah! Este, no tengo valor para formalizarlo. Yo esperaba de España un arranque viril ó una abstención cauta y prudente, fundada en nuestro luto. Los que quieran saber á qué atenerse después de mis reiteradas indicaciones, consulten la serie de artículos titulados «Nuestro fracaso» insertos en el periódico el *Heraldo de Madrid*, si no leen el libro que prepara César Silió sobre igual asunto. En los artículos del *Heraldo*, allí, con guarismos, datos estadísticos y comprobantes, verán nuestros desastres en la paz. Y esta vez, como antes, no serán los soldados rasos, no será la masa anónima la que nos haya perdido. La masa se compone de buena harina de trigo sano y sin tizón, de agua que brota en la peña, bajo las hayas y los carrascales bravíos del monte. Falta la levadura. ¡Dios la envíe!

ÍNDICE

Páginas.



